



Inti Peredo

**Mi
campaña
con el Che**

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

COLECCIÓN
alfredo maneiro





Mi campañã con el Che

INTI PEREDO

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2013
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)
© Inti Peredo

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Página web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada

Yeibert Vivas

Edición al cuidado de

Alfredo Canale
Inti Clark
German Ramírez
Yeibert Vivas
Carlos Zambrano

Hecho el depósito de Ley
Depósito legal DC2017002376
ISBN 978-980-14-3938-7

**Mi
campañã
con el Che**

INTI PEREDO

Nota editorial

En las montañas bolivianas quedó escrita una de las proezas libertarias más impresionantes de nuestro continente, la entrega de un grupo guerrillero que decidió iniciar el proceso de liberación nacional y comenzar a definir un rumbo socialista para la sociedad de este país hermano.

Inti Peredo es uno de los guerrilleros que venció el cerco militar en la Quebrada del Yuro, caminando durante un mes y protegido por los campesinos, hasta que vuelve a La Paz clandestinamente. Fue asesinado el 9 de septiembre de 1969 por las fuerzas represivas del ejército boliviano cuando pretendía reagrupar el movimiento.



CANTATA PARA EL CHE GUEVARA

*Andaba suelta la amarilla muerte de ciegos ojos,
de ciegos ojos la amarilla muerte andaba suelta.
Agrios pasos azules en medio del follaje y el fango.
Agria y espesa muerte buscadora, mortalmente buscona.
Gran muerte, grande y maldita muerte, feroz perseguidora.
Andaba suelta aquella muerte tuya, aquella dentellada,
aquellas balas, aquel verde-gusano de las boinas verdes.
Suelta andaba la muerte aquel día de las balas
y tus pies lastimados y tus cabellos ultrajados
y tu reseca voz de follajes malditamente mutilados.
Si dijiste "Déjenme vivir. Para ustedes
valgo más vivo que muerto", te respondieron las blasfemias
y las hojas más altas de los pinares volaron al cielo,
porque siempre te cuidaba una parvada de palomas
y tus palabras de amor eran orquídeas y mariposas
para la sintaxis impecable de nuestro claro porvenir.
Andaba suelta como una jauría aquella muerte tuya,
Che Guevara. Suelta andaba con sus pasos de plomo.
Con sus pasos de plomo suelta andaba la muerte, Che Guevara.
Había plomo en la boca del delator y del traidor,
y barranca arriba subía un río de plomo y de miedo.
La boina verde andaba a la caza de la orquídea salvaje
y el helicóptero buscaba con furia a la mariposa.
Aquella muerte verdinegra te asediaba en la escaramuza
y en los hombres tuyos prisioneros y torturados.
Por el hocico del gorila salía la negra muerte*

*y era tu muerte lo que sudaban los mercenarios.
Los ríos llevaban en su lomo la espuma de tu muerte
y había sangre tuya en la heladas cresterías.
Ya te teníamos muerto en nuestras venas de agonizantes
y una noche la guillotina nos cortó el habla y el sueño.
Te sabíamos rodeado, aislado, enfurecido y triste
como el último capitán de nuestra esperanza,
Che Guevara. De aquella esperanza de dulces verdes
bolivarianos, de verdes mexicanos y de verdes hermanos.
Las pequeñas y grandes patrias se estremecieron
con los irremediables disparos que te dieron la muerte,
y luego, dicen, te cercenaron los dedos,
y después, asegura el sanguinario mayor, te llevaron
a lo desconocido para quemar tu cuerpo
y convertirlo en las cenizas infinitas de nuestro amor,
Che Guevara cargado de la muerte de los siglos,
Che Guevara padre e hijo de la independencia,
nieta de todas las libertades de todo el mundo,
forjador de poemas, hacedor de futuros.
Así que aquella muerte te encontró, la encontraste,
y así las balas te lastimaron de muerte
y una selvática oscuridad recorrió cordilleras, colinas,
pampas, llanuras, desiertos, bosques, mares, ríos...
Oh, comandante herido y muerto, oh, comandante llorado
hasta no sabemos, sí sabemos cuándo y a qué hora.
En la precisa hora de tu muerte sonó la hora de nuestra
libertad.*

EFRAÍN HUERTA

18 DE NOVIEMBRE DE 1967,

ENTRE LAS 7 Y LAS 8 DE LA NOCHE.

Presentación

Cuando el 9 de septiembre de 1969 Inti cayó en manos de las fuerzas de represión y luego fue brutalmente asesinado, aún no cumplía treinta y dos años de edad, pero su figura había adquirido dimensiones continentales y, en Bolivia, tenía características de leyenda; la leyenda de la que quedó impregnado como combatiente del ejército guerrillero creado por el Comandante Che Guevara. Su muerte era el resultado de una delación cuyas características han sido perfectamente establecidas, así como identificados los actores que se movieron en la trama de esos hechos. El submundo de la CIA, empero, no logró detener el movimiento revolucionario en Bolivia: en julio pasado estallaba nuevamente la lucha armada contra el imperialismo, y el régimen militar de Ovando — tenuemente velado por un manto de “nacionalismo de izquierda”— desnudaba su carácter entreguista y reaccionario. Poco después se iniciaba una seguidilla de golpes y contragolpes militares que se resumieron en la aparición de una nueva cabeza visible de un aparato estatal definitivamente carcomido.

La epopeya de Ñancahuazú¹ ha marcado, tan a lo vivo, la iniciación de una nueva etapa en el movimiento revolucionario de Bolivia y de Latinoamérica, que ha provocado la aparición de una vasta literatura que, con su sola existencia, muestra la importancia histórica de esta experiencia. Sus protagonistas, desbrozando el camino de la liberación latinoamericana, necesariamente fueron pocos en el relato de sus vivencias, como lo muestra el *Diario del Che en Bolivia*. Inti, acicateado sin descanso por la necesidad de

reorganizar el Ejército de Liberación Nacional y entregado absolutamente a esta tarea que coronó con éxito, aunque al precio de su vida, vio la importancia que tenía la redacción de un documento en el que, no tanto inscribiera los hechos de esa gesta, sino plasmara el espíritu que animó a los hombres que lucharon junto al Che y la visión del ELN sobre el futuro de la revolución latinoamericana. El resultado de ese propósito es este libro.

Escrito en la vida de clandestinidad, interrumpido constantemente por otras tareas que reclamaban su atención con mayor urgencia, motivado tanto por la lucha en Ñancahuazú como por los enfrentamientos de la ardua labor que se impuso en los casi dos años siguientes a la muerte del Comandante Guevara, esta obra tiene, a la vez, carácter de relato, de planteamiento político enmarcado en las necesidades de la lucha inmediata, de proclama dirigida a un pueblo abierto ya a la comprensión de los derroteros revolucionarios y de apreciación —apasionada y vibrante, por supuesto— de las posiciones internacionales que se han ido modelando alrededor de la Revolución Cubana —abanderada de la Revolución Latinoamericana— y en torno al movimiento de liberación de nuestro continente, cuya concreción, en tesis y en la experiencia, es obra del Che.

Pero si bien este manuscrito muestra a Inti en su pensamiento, en su pasión y en su sentimiento, no lo muestra en sus acciones. A través del relato no hay ninguna referencia que nos permita deducir las circunstancias que lo convirtieron en uno de los jefes de la columna guerrillera y, finalmente, en el Comandante del ELN, a no ser la claridad de los conceptos que desarrolla a lo largo de este documento y la autoridad que emana naturalmente de aquéllos.

Junto a Coco va desarrollando una personalidad madura que hace decir al Che: “Hay que considerar que despuntan cada vez más firmemente como cuadros revolucionarios y militares Inti y Coco”, frase que por sí sola avala la convicción del Comandante de que ambos estaban escalando hacia la cima del hombre nuevo. Y es necesario señalar que no había detrimento alguno para los otros combatientes, con quienes el Che había combatido durante tantos años, sino que inscribía una apreciación que, necesariamente, era reciente.

Cuando Inti se dispone a iniciar la reorganización del ELN ya es un dirigente con las mejores características. Partiendo de un reducido grupo de personas va formando ese ejército que, en poco tiempo, será capaz de plantearse la continuación de la lucha armada en Bolivia. Es cierto que debe enfrentar la deformación que se expande como una epidemia, creando la sensación de que la experiencia de Ñancahuazú sella el fracaso definitivo de la guerra de guerrillas, como método de la revolución latinoamericana. Se enfrenta al ataque concentrado de todos los que se titulan izquierdistas, y triunfa: el Ejército de Liberación Nacional, con paso seguro, va organizándose y su nombre vuelve a catalizar el sentimiento popular.

En julio de 1968, nueve meses después de la tragedia del Yuro, el grito de guerra del ELN resuena en todo el país: “Volveremos a las montañas”. En esa frase sintetiza el programa de acción “eleno” y presenta el desafío renovado al imperialismo yanqui, al que las acciones de Ñancahuazú hicieron perder todo asomo de recato, desenmascarándolo como el amo colonial que ni siquiera confía en sus capataces cuando enfrenta la insurgencia revolucionaria. El primer documento del ELN reorganizado es un análisis profundo y claro del contexto político nacional y de las condiciones en que debe desarrollarse la lucha en el futuro próximo. El impacto que causa en el círculo donde se mueve la política palaciega tiene características de espanto; de la tranquila y casi confiada actitud en que se preparaba el escenario de una mascarada electoral, se pasa rápidamente al desbaratamiento de todas las ilusiones imperialistas de “pax romana” en Bolivia. La inmensa maquinaria represiva que maneja la CIA en Bolivia trata de impedir el rápido avance de la acción revolucionaria y, con sucesivos golpes, logra capturar gran parte de su aprovisionamiento y asesina a combatientes tan esclarecidos como Maya.

Está claro que la organización ha sido infiltrada por el enemigo. Su crecimiento fue una difícil operación en la que, a no dudar, se cometieron errores. Y hasta podríamos decir que fueron errores necesarios, porque la cautela excesiva habría provocado un

estancamiento dañino, pernicioso. En esa febril actividad que supone la organización de un aparato ilegal, en el mismo terreno del enemigo, que sabe a ciencia cierta de estos preparativos, no podía esperarse que las fuerzas represivas se mantuvieran indolentes. Por otra parte, la debilidad ideológica y moral que se desliza a través de la más pequeña fisura, es otro de los riesgos evidentes que enfrentan los revolucionarios; evidente, porque es consecuencia del largo proceso degradante a que el imperialismo somete a los pueblos, para esclavizarlos. Esa degradación es uno de los tentáculos más pringosos que el imperio utiliza.

Pese a todo, la decisión del núcleo dirigente comandado por Inti es inquebrantable. En los primeros días de septiembre de 1969 una nueva proclama estremece al país: el ELN anuncia la reiniciación de las operaciones guerrilleras. Pero la traición ha dado mayores resultados que los previstos ya sufridos: en una operación cuidadosamente coordinada, con un despliegue espectacular de hombres y armas, Inti es cercado y, en una prolongada refriega, herido y capturado. Los autores de la delación y del brutal asesinato de Inti algún día tendrán que comparecer ante la justicia popular.

Septiembre de 1969 marca, pues, una nueva etapa de duros reveses. Poco después, el endeble "presidente constitucional" es sustituido; pero el militarismo se siente acorralado por la acción revolucionaria y tiene que intentar un nuevo "pas de deux": el nacionalismo de izquierda, que tiene su punto culminante en la nacionalización de la Bolivian Gula Oil Co. Aunque el poder militar dicta otras medidas secundarias, sin valor real, en busca de un apoyo popular que nunca consigue, tiene que contentarse con los medrosos y vergonzantes halagos de las direcciones políticas que han perdido influencia en el pueblo, que ya ve claramente el camino de la revolución. Así, cuando se realizan las reuniones nacionales, primero de los mineros, y luego de toda la clase obrera, se proclama masivamente la decisión popular de lucha por los objetivos revolucionarios. El hombre de las minas reclama su participación en la lucha armada por la instauración, en Bolivia, del socialismo; en estos mismos conceptos se ratifica la voluntad

de todo el proletariado. Ha sido dura, larga y sacrificada la labor cumplida por el ELN; pero los resultados ya se muestran nítidamente, cuando las organizaciones obreras toman en sus manos las banderas revolucionarias y abandonan definitivamente la demagogia del populismo y la izquierda tradicional.

Pero junto a ese desarrollo vibrante de la conciencia nacional, el ELN tiene que afrontar una difícilísima situación: la falta de un líder reconocido por el pueblo y la acción combinada de toda esa capa seudorrevolucionaria que trata de impedir el desarrollo de la lucha nacional y propicia el apoyo al poder militar. No es un momento de confusión el que sigue a la muerte de Inti, sino un largo período de lucha metódica, de esclarecimiento político en lo externo y cuidadosa reestructuración interna. Así, el desconcierto que creó la mascarada del “nacionalismo de izquierda” —sometida a la dura prueba que le impone el movimiento revolucionario— va desapareciendo rápidamente, y cuando en julio de 1970 se inicia otra vez la lucha armada, ha desaparecido la falsa ilusión creada por el militarismo que, para entonces, se confunde a sí mismo en luchas intestinas. La reiniciación de la lucha en el campo precipita una situación que se mantenía insoluble desde meses antes; así, el general Ovando es sustituido por el general Torres —pero esto deja tras sí la evidencia de una ruptura interna en el ejército— con el propósito de dar una “mano de pintura” al izquierdismo del Gobierno.

El Ejército de Liberación Nacional, desarrollando nuevamente la lucha en las montañas, es el resultado de la incansable labor de Inti en los dos años que mediaron entre la muerte del Comandante Che Guevara y la suya. La derrota parcial que posteriormente se produce es una consecuencia de errores y fallas que no es el caso analizar, pero que vuelven a capitalizar, para la revolución, a grandes sectores del proletariado ya desengañados de las prédicas populistas de los militares que hacen turno en el Palacio de Gobierno. La Central Obrera de La Paz y el universitariado nacional declaran públicamente que la única vía para llegar al socialismo es la lucha armada emprendida y continuada, pese a todos los quebrantos, por el ELN.

Mi Campaña con el Che es la concreción de la voluntad de Inti, firme y clara en el momento en que la escribió —mediados de 1968— para desarrollar cada vez más el movimiento revolucionario; los resultados que hoy se tienen, no son sino la consecuencia de la acción del ELN. Inti, aquí, no tiene la intención de hacer un relato circunstanciado que, si bien habría tenido interés histórico, era insuficiente como aporte al desarrollo de la lucha armada, indiscutible premisa para la consecución de los objetivos populares. Por el contrario, tiene las características de un manifiesto, de una proclama en la que se destaca nítidamente, con trazos de admiración y de cariño, la figura del Che; en la que además se esboza el fondo grandioso de la Revolución Cubana, que hizo tanto por el Che como él hizo por aquella Revolución.

Aunque éste es el único escrito que Inti dejó para ser editado, no puede presentarse sin la ligazón natural que tiene con el desarrollo de la lucha revolucionaria en Bolivia. Su palabra, a través de los manifiestos que conocen Bolivia y el mundo, es clara en ese sentido y lo es también en este escrito. Con sus ideas, el ELN hará una realidad permanente la consigna de la revolución boliviana:

¡LA GUERRA CONTINÚA!
¡VICTORIA O MUERTE!

ESTADO MAYOR DEL ELN

El Che en Ñancahuazú

El Che² estaba sentado en un tronco.

Fumaba deleitándose con la fragancia del humo. Tenía la gorra puesta. Cuando nuestro grupo llegó, sus ojos relampaguearon de alegría.

El hombre más buscado por el imperialismo, el guerrillero legendario, estratega y teórico de proyecciones mundiales, bandera de lucha y esperanza, estaba allí, metido tranquilamente en el corazón de uno de los países más oprimidos y explotados del continente.

Era la noche del 27 de noviembre de 1966.

Su viaje a Bolivia había sido uno de los secretos más fascinantes de la historia.

Pronto sus enemigos y el mundo entero serían testigos de su “resurrección”. Esta imagen se me ocurrió al recordar que los cables de las agencias imperialistas habían extendido su certificación de defunción “victimado por el paredón castrista”.

Me golpearon varias reacciones: turbación por el respeto (y mantendré siempre), emoción profunda, orgullo de echarle la mano, y una satisfacción difícil de describir al saber con absoluta seguridad que en ese momento me convertía en uno de los soldados del ejército que dirigiría el más famoso Comandante guerrillero.

El Che, o Ramón, como lo presentaban a la tropa, saludó con afecto al grupo.

Indicando con la mano, me dijo:

—Tú eres Inti³.

Me sentí más cohibido.

Algunos compañeros le habían dado antecedentes míos y sabía que yo llegaba en ese grupo. Por mi parte también tenía conocimiento que el Che estaba en el monte, esperándonos. Aun así no logré dominar mis sentimientos.

Nos sentamos en unos troncos.

Al poco rato Pombo⁴ me entregó una carabina M-2 (mi primer arma) y el equipo de combatiente.

Todo sucedió en forma increíblemente sencilla. Sin embargo, esa noche comenzó mi vida de revolucionario.

La conversación brotó fácil, animada en torno a temas generales. Yo hablé poco porque aún estaba impactado por ese encuentro. Momentos más tarde el grupo brindó por el éxito de la lucha guerrillera y por la confianza que existía en la victoria final.

Avanzada la noche, Tuma⁵, uno de los hombres que se convirtió con el transcurso del tiempo en uno de los seres más queridos por nosotros, me ayudó a armar la hamaca.

No tuvimos tiempo para dormir.

Cerca de las dos de la mañana, los que aún permanecíamos despiertos debutamos con la “góndola”, término que se haría popular mundialmente con el desarrollo de la guerra. La “góndola” consistía simplemente en ir desde nuestro campamento hasta la Casa de Calamina⁶ a cargar víveres, armas, municiones. Era una tarea dura, pero Tuma, con ese carácter alegre que dinamizaba a nuestras columnas, bautizó este trabajo con el nombre de “góndola”, comparándolo irónicamente con los autobuses destartados que recorren las ciudades bolivianas y llevan ese nombre.

La noche estaba muy oscura.

En la casa de Calamina el Che nos dio su primera lección práctica de lo que debía ser un jefe sencillo y capaz: eligió el saco más pesado y lo colocó en su espalda, iniciando el camino de regreso. En el trayecto se tropezó y se cayó porque se veía muy poco. Recogió nuevamente su carga y continuó al campamento.

Nosotros seguimos su ejemplo.

El ejército guerrillero empezaba a desarrollarse.

Bolivia: país de vanguardia

El último día que estuve en La Paz fue el 25 de noviembre de 1966. Cerca de la media noche salimos en un jeep con Joaquín⁷, Braulio⁸ y Ricardo⁹. En otro vehículo más adelante iban Urbano¹⁰, Miguel¹¹, Maemura¹² y Coco¹³. Doce horas después estábamos en Cochabamba. Allí me despedí de mi compañera que estaba viviendo en casa de mi suegro. La conversación fue tranquila, desprovista de dramatismo. Ella ya estaba informada de que partía definitivamente al monte. Antes de salir besé a mis hijos.

Mi decisión de ingresar en el proceso de la lucha armada fue producto de una serie de consideraciones que estaba madurando desde hacía tiempo. Militante del Partido Comunista de Bolivia junto con Coco desde 1951, conocía la estrategia, táctica y mecánica de este partido. También, por haber convivido con ellos, sabía perfectamente cuál era la mentalidad de la dirigencia.

Pero también es justo dejar establecido que mientras no hubo perspectivas reales de lucha armada en Bolivia, nosotros participamos y estuvimos plenamente de acuerdo con las decisiones de esa dirección. Ésta es una experiencia que, estimamos, puede ser recogida por otros militantes de partidos comunistas en alguna parte del continente que confunden la “incondicionalidad” con la fidelidad a los principios. Para nosotros sólo los principios tienen valor permanente.

La política de la mayoría de los PC [partidos comunistas] latinoamericanos es llegar “al borde de la lucha armada”. Es una especie de juego peligroso en el que han adquirido gran maestría;

en ese límite se detienen y vuelven a sus posiciones originales para reiniciar la conciliación y sumergirse en la institucionalidad. Cuando han llegado al “borde de la guerra” comercian los principios, se olvidan de sus muertos y adecúan la teoría de su conducta reformista o traidora.

El PCB [partido comunista boliviano] no era ni es una excepción. Comprometido con muchos meses de anticipación en la preparación y participación en la lucha guerrillera en nuestro país, había escogido a un grupo de compañeros para este trabajo. Pero la dirección, manteniendo una conducta dual que nosotros captábamos sin esfuerzo, siempre estaba indecisa, a la expectativa.

Nosotros perdimos la confianza en esos dirigentes y personalmente, no creía que el PC [partido comunista] fuera a ingresar a la guerra como partido, o que prestara toda su colaboración, esforzándose al máximo con lealtad.

El grupo asignado para el trabajo preparatorio entre los que se encontraban El Ñato¹⁴, El Loro¹⁵, Rodolfo¹⁶, Coco, etc; estaba claro, sin embargo, de cuál era nuestra única e irrenunciable estrategia y nuestra decisión de luchar hasta el final, que se mantuvo siempre firme.

Esto es natural y ha sucedido también en otros países. Muchos militantes situados “al borde de la guerra”, lejos de retroceder con sus direcciones conciliadoras, dan el paso decisivo y se sitúan en la vanguardia. Se alza una nueva fuerza, dinámica, agresiva y valiente: es la guerrilla. Incluso remontándonos a antecedentes históricos, estábamos conscientes de que nos encontrábamos al borde de una oportunidad que podía marcar una nueva etapa en el destino de Bolivia.

Para nosotros la separación del Alto Perú¹⁷ del imperio español fue un proceso de emancipación interrumpido. Las bases sociales no se alteraron. El poder político y económico fue transferido a la aristocracia criolla y a los españoles ricos asentados en el país.

El pueblo, principal actor de esa gesta del siglo pasado, no disfrutó ni siquiera de las migajas del poder, aunque a lo largo de casi siglo y medio de lucha ha pugnado por romper sus cadenas.

La oportunidad histórica de obtener la verdadera y definitiva independencia se presentaba ahora, con el desarrollo de la guerrilla, cuyo embrión estaba germinando en plena selva boliviana.

Por lo demás, esta forma de lucha está enraizada en la tradición del pueblo. Durante quince años —desde 1810 a 1825— guerrilleros como Padilla, Moto Méndez, el cura Muñecas, Warnes, Juana Azurduy¹⁸ y otros, combatieron heroicamente contra colonialistas españoles enarbolando las banderas de emancipación continental de Bolívar y Sucre.

Naturalmente, entendíamos y estamos plenamente conscientes de que las condiciones eran y son completamente diferentes. Los patriotas del siglo pasado enfrentaron a un imperialismo decadente, acosado por otras potencias imperialistas que surgían con ambiciones de dominación mundial. Ahora nos enfrentamos al imperialismo norteamericano hegemónico, la potencia industrial-militar más poderosa del mundo, que ejerce su dominio con crueldad, sin escrúpulos, brutalizado, rapaz y genocida. Por otra parte, también las motivaciones son distintas: ahora luchamos como vanguardia del pueblo por la conquista del poder, para construir el socialismo y formar el hombre nuevo, eliminando al imperialismo y sus lacayos.

Es necesario advertir, además, que en el pueblo latinoamericano se ha desarrollado un gran sentimiento chauvinista, estimulado, fundamentalmente, por el imperialismo. Este nacionalismo deformado se ha empleado como instrumento para dividir a los pueblos y desatar entre ellos guerras fratricidas. Los partidos tradicionales de izquierda, lejos de combatir esta tendencia, la han fomentado e incluso defendido como principio elemental, contribuyendo con la táctica impuesta por el enemigo. Y Bolivia, en esta etapa de lucha guerrillera, no fue una excepción.

Este planteamiento nos rondaba por la mente al conocer, cada vez con mayor certeza, que el PCB no se integraría a la guerrilla.

De todas maneras, nosotros estábamos dispuestos a combatir hasta las últimas consecuencias, independientemente de la actitud que asumiera el PC. Cuando supimos que el Che dirigía la lucha,

tuvimos la absoluta seguridad de que el proceso revolucionario sería verdadero, sin claudicaciones. Por eso al ver esa noche de noviembre a Ramón, la emoción del encuentro fue tremenda.

Al día siguiente el Che nos llamó a Coco, al Loro y a mí para conversar sobre el carácter de la lucha. Fue la primera conversación política, interesante y profunda como todas las que tuvimos durante la guerra. El primer concepto que fluyó en forma categórica fue el de la “continentalidad”. El Che nos explicó, con su franqueza habitual, que la lucha tendría estas características claras, duras, largas y crueles. Por lo tanto nadie debía acomodar su mentalidad a situaciones “cortoplacistas”. Enseguida expuso por qué se había escogido a Bolivia como escenario de la guerra.

Su elección, afirmó, no es arbitraria. Está ubicada en el corazón del cono sur de nuestro continente, limitada con cinco países que tienen una situación político-económica cada vez más crítica, y su misma posición geográfica la convierte en una región estratégica para irradiar la lucha revolucionaria a naciones vecinas.

Hay que tener presente que Bolivia no puede liberarse sola, o por lo menos es extremadamente difícil que ello ocurra. Aun derrotando al ejército y al poder, el triunfo de la revolución no está asegurado, puesto que los gobiernos lacayos dirigidos por el imperialismo, o directamente el imperialismo con la colaboración de los gobiernos lacayos, tratarán de aplastarnos. Sin embargo, si en el desarrollo de la lucha se nos presenta la alternativa de tomar el poder, no vacilaremos en asumir esta responsabilidad histórica. Claro que ello encierra una gran cuota de sacrificio de los revolucionarios bolivianos.

El Che nos explicó luego lo que él entendía por “cuota de sacrificio” de los revolucionarios bolivianos. Nos dijo que había un documento para la reunión tricontinental de los pueblos que se realizaría en La Habana, en julio de 1967. En ese documento, recalcó, expone lo siguiente:

Solamente podremos triunfar sobre ese ejército en la medida que logremos minar su moral. Y ésta se mina infligiéndole derrotas y ocasionándole sufrimientos repetidos.

Pero este pequeño esquema de victorias encierra dentro de sí sacrificios inmensos de los pueblos, sacrificios que deben exigir desde hoy, a la luz del día, y quizás sean menos dolorosos de los que debieran soportar si rehuyéramos constantemente el combate, para tratar de que otros sean los que nos saquen las castañas del fuego. Claro que, el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de la guerra tan larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrarán a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha y sus efectos, en una contienda de carácter mundial y se sufrirá igual o más aún. No podemos predecir el futuro, pero jamás debemos ceder a la tentación claudicante de ser los abanderados de un pueblo que anhela su libertad, pero reniega de la lucha que ésta conlleva, y la espera como un mendrugo de victoria.

Para el Che la cuota de sacrificio significaba la participación del pueblo boliviano como abanderado de la lucha guerrillera, y de ninguna manera la postergación de la toma del poder.

En otros términos, nosotros nos convertíamos en un pueblo de vanguardia que obtendría la liberación combatiendo y no como un “mendrugo de victoria”.



Hacia un nuevo Vietnam

El Che fue certero también al definirnos la relación que existe entre la lucha del heroico pueblo de Vietnam contra el imperialismo norteamericano y la guerra de guerrillas en nuestro continente. La guerra de Vietnam, afirmó, es una parte, pero la más importante, de la lucha mundial contra el imperialismo. La guerra de Vietnam es nuestra propia guerra. Ese heroico país ha sido convertido en un laboratorio de experimentación imperialista para aplicar después las desarrolladas técnicas guerrilleras de destrucción contra el pueblo de todo nuestro continente. Allí se ha visto claramente cómo el imperialismo no solamente viola las fronteras, sino que las borra, reivindicando su “derecho” de perseguir a los patriotas de las FAPLN¹⁹ a través de Camboya o Laos, bombardea las aldeas de esos países y extiende impunemente su brutal genocidio.

Lo mismo pasará en América Latina, explicó el Che. Las fronteras son conceptos artificiales impuestos por el imperialismo para separar a los pueblos. Los pueblos que reconocen fronteras están condenados al aislamiento y su liberación será más lenta y dolorosa. El concepto de frontera será roto por la acción. Cuando nuestra guerrilla se desarrolle los gobiernos vecinos enviarán primero armas, asesores, aprovisionamientos. Tratarán de acercarnos. Luego su lucha será coordinada. Los ejércitos se unirán en acción antiguerrillera. Cuando sean incapaces de vencernos intervendrán los *marines*, y el imperialismo desencadenará todo su poder mortífero. Entonces nuestra lucha será idéntica a la que libra el pueblo vietnamita. Los revolucionarios comprenderán, si

es que todavía no sienten esa necesidad, que es preciso unirse para enfrentar coordinadamente y como una sola fuerza, a los opresores.

Muchas de las frases previstas por el Che se cumplieron.

Indudablemente las restantes también se habrían puesto en práctica, ya que el imperialismo, en esa época, había concentrado sus estudios de inteligencia y análisis en los escritos de nuestro Comandante y, con mucha agudeza, había captado la dirección de su estrategia. El Che también estaba consciente de este problema, como lo veremos más adelante.

Por desgracia, las fuerzas “progresistas” o las que se autodenominan “vanguardia” eran extremadamente miopes o cobardes. Por eso eludían, distorsionaban o no entendían el sentido de la lucha.

Durante el desarrollo de la guerra los norteamericanos enviaron a Bolivia gran cantidad de armamentos modernos, de inmenso poder mortífero, que ya había sido experimentado en Vietnam, y “asesores” con larga experiencia en contraguerrillas. Estos últimos estaban encargados de convertir a los soldados en autómatas, con una mentalidad sádica, en seres inhumanos e inescrupulosos, como lo demostraron más tarde.

Por otra parte, la CIA instaló su cuartel general en el Palacio Quemado²⁰, en forma grosera, mostrando a Barrientos²¹ como lo que era: una simple figura decorativa; luego ordenó a los gobiernos limítrofes que cerraran sus fronteras a los revolucionarios e impidieron cualquier colaboración.

Las huellas digitales del imperialismo aparecían grotescas cuando, después de cada batalla, capturábamos fusiles SIG (una variación del FAL belga), granadas norteamericanas con inscripciones de la NATO²² o latas de alimentos enviadas como “fraternal” contribución por los ejércitos de Argentina, Brasil, Paraguay o Perú, transportadas impunemente por territorios de esos países.

La desertión del PC

El Che era hombre de una sola palabra y con un sentido de lealtad extraordinariamente desarrollado. Si se examina su Diario en la fecha correspondiente al 27 de noviembre de 1966, aparecen dos problemas que a simple vista no tienen mayor importancia, pero que con el transcurso de los días cobrarían gran relieve. Dice: "Ricardo trajo una noticia incómoda: el Chino²³ está en Bolivia y quiere mandar veinte hombres y verme. Esto trae inconvenientes porque internacionalizaremos la lucha antes de contar con Estanislao²⁴".

Luego anota: "En conversación preliminar con Inti, éste opina que Estanislao no se alzaría, pero parece decidido a cortar amarras".

Estos breves apuntes del Che, consignados sólo para su uso personal, tienen antecedentes más sólidos de los que pude conocer y apreciar porque me dieron una amplia información y luego porque fui testigo de muchos acontecimientos.

Ramón tenía esperanzas de que el Partido Comunista [boliviano] cumpliera fielmente su compromiso.

"Los Partidos Comunistas latinoamericanos — nos explicó al día siguiente de nuestra llegada— tienen una estructura institucional inadecuada para las condiciones de la lucha actual. Tal como están constituidos son incapaces de tomar el poder y derrotar al imperia-lismo. Incluso muchos de sus dirigentes, como Jesús Farías, Vittorio Codovilla, etc., se han anquilosado, son arcaicos".

Luego de hacer este análisis hizo resaltar su fe de que en alguna parte de este continente algunos de estos partidos podrían asumir una conducta revolucionaria. El Che pensaba que ese papel lo podría jugar el PCB.

Me da esa impresión, afirmó, porque el Partido es nuevo, sus dirigentes son jóvenes y, especialmente por el inmenso peso moral de los compromisos que han adquirido, desde hace bastante tiempo, con la revolución continental.

Este planteamiento refleja la pureza moral del Che, su acendrada lealtad y firmeza para respetar los compromisos.

Pero el partido y sus dirigentes, especialmente Monje, cuyo nombre clandestino era Estanislao, no tenía esa escala depurada de valores morales. Acostumbrados a pactar con partidos corrompidos, dirigentes traidores y oportunistas, con políticos venales que comerciaban sus principios, habían adquirido esas mismas taras. Por eso le dije a Ramón que estaba seguro de que el Partido no se alzaría y mucho menos lo haría Monje, a quien ya consideraba un cobarde.

Este juicio no era arbitrario. Monje había recibido entrenamiento militar junto con otros compañeros que más tarde murieron con el Che. En esa oportunidad, por propia iniciativa, propuso un "pacto de sangre" que los ataba. Defendiendo la lucha armada hasta la muerte.

Esta conducta había impresionado a muchos. Pero tal imagen se borraría pronto. Monje estaba informado de la preparación del foco, y nueve meses antes del primer combate, en julio de 1966, ya estaba en contacto directo en La Paz con Ricardo y Pombo. En esa época se había comprometido a designar a veinte hombres del PCB para que se incorporaran a la lucha armada. Un mes más tarde, cuando los compañeros le preguntaron por esos veinte guerrilleros en potencia, contestó: ¿Qué veinte hombres?

Días después Monje amenazó con retirar a los cuatro compañeros bolivianos que trabajaban con los compañeros cubanos en

la preparación del foco desde hacía meses. Tal conducta era no sólo la de un hombre vacilante, sino también la de un político extorsionador que quiere sacar el mejor provecho posible a situaciones conflictivas creadas por él mismo.

El 28 de septiembre, en una reunión que tuvo con Ricardo y Pombo en La Paz, sugirió que se asignaran tareas a diversos núcleos del partido para garantizar una “mejor organización” de la lucha.

En esa oportunidad fue desleal incluso con su organización, porque planteó “despistar al Secretariado del PCB” ya que hablan mucho. Incluso que en el Congreso del Partido Comunista de Uruguay, Kolle había dado cuenta de los planes que existían sobre Bolivia, y Arismendi exigía que todos los Secretarios Generales del PC conocieran el problema. Según Monje, el Secretario General del PC uruguayo había amenazado con informar personalmente si los bolivianos no se decidían a hacerlo.

A principios de octubre Monje se reunió nuevamente con los compañeros anunciando que el CC [comité central] del PCB “había dado un paso positivo al aceptar unánimemente la línea de la lucha armada como la vía correcta para llegar al poder”. Agregó despectivamente: “Muchos apoyan la lucha armada sólo verbalmente porque son físicamente incapaces de participar en ella”.

Pero días más tarde volvió a crear problemas exigiendo dinero para financiar los sueldos de los funcionarios del Partido, a lo que los compañeros accedieron.

En esas condiciones llegamos al monte. Mi desconfianza en la dirección del PCB se había ahondado por otra serie de conversaciones que había sostenido con él.

Sin vacilaciones saltaba de un extremo al otro.

Sus dudas políticas las justificaba con el amor a la familia.

Querer a la familia es un acto natural de un guerrillero, porque la lucha, si bien es cierto es dura, está motivada por un profundo sentimiento de amor. Por eso le dije en alguna oportunidad:

Creo que amo a mi familia tanto o más que tú. Pero mi mundo no es sólo mi familia, es todo el pueblo. Porque yo no quiero que mis hijos

vivan en una sociedad canibalesca, donde el más fuerte devora al más débil y el más débil es siempre el hijo del pueblo. Debemos mejorar esta sociedad, y ella no se mejora si tenemos actitudes escapistas o cobardes. Es necesario combatir.

De allí que en la primera conversación que tuve con el Che le manifesté con franqueza mi desconfianza en la acción del Partido y en la conducta de Monje. Incluso le propuse que, dado el cargo que aún ocupaba en el Comité Regional de La Paz, podía reclutar a la mejor gente para ingresarla a nuestro núcleo guerrillero.

El Che me respondió que esta actitud era equivocada pues con el Partido las relaciones debían desarrollarse en un plano de mutua lealtad. En la misma oportunidad recalcó con firmeza: "Estoy siempre dispuesto a entregar toda mi experiencia guerrillera al PCB e incluso darles la dirección política de la guerra".

Por eso en el Diario aparece como una frase en clave la referencia al Chino y a Estanislao, aunque como dos cuestiones separadas. Pero es evidente que tienen relación.

El Che no quería que se incorporaran combatientes de otros países sin definir la situación con Estanislao, a pesar de que la conducta de éste no había sido honesta. De todas maneras, Monje conocía con anterioridad cuál iba a ser el alcance de la guerra y estaba de acuerdo. Pero el Che quería reiterárselo personalmente.

Así llegamos a la víspera del año nuevo. El 31 de diciembre llegaron a la casa de Calamina: Monje, Coco, Tania²⁵ y Ricardo, que desde ese día se quedaría definitivamente con nosotros.

Con el Che nos trasladamos al primer campamento. Monje estaba muy nervioso. En el trayecto de la ciudad a la finca, Coco le había dicho que Ramón estaba dispuesto a darle la dirección política guerrillera del Partido, pero que no le entregaría la dirección militar, lo que Coco consideraba justo. Luego presionó a Monje para que se decidiera a incorporarse pronto a nuestro núcleo.

Monje nos dio la mano muy fríamente. Mientras el Che saludaba a los otros compañeros, Monje me preguntó:

— ¿Y cómo está aquí la cosa?

Le repliqué:

—Está muy bien, ya lo verás. Además, llegas oportunamente porque la guerra hay que empezarla pronto. Decídate a luchar con nosotros.

Monje contestó:

—Ya lo veremos, ya lo veremos...

Che y Monje partieron solos y conversaron unas horas.

Tarde regresamos al campamento base.

Cuando llegó vio a una nueva gente, la saludó y empezó a conversar con todos. Luego examinó la disposición del campamento y entonces hizo el siguiente comentario:

—Este es un verdadero campamento. Cómo se nota que aquí hay dirección efectiva, que sabe lo que quiere, que tiene experiencia.

Luego alabó la defensa que el Che había planificado y la división de nuestra columna en vanguardia, centro y retaguardia.

Dijo otra frase que recuerdo bastante bien:

—Todo esto demuestra una preparación combativa eficaz.

Al poco rato Monje me pidió conversar con los compañeros bolivianos. Inmediatamente consulté con el Che, contestó afirmativamente.

Se inició entonces una reunión dramática, tensa a veces, persuasiva en otros momentos, dura en otros pasajes.

Monje relató a rasgos generales su conversación con Ramón, y luego centró el problema en tres puntos fundamentales, que son los que aparecen en el Diario:

1. Renunciaré a la Dirección del Partido porque creo que el Partido como tal no entrará en la lucha, pero por lo menos trataré de lograr su neutralidad. También trataré de sacar de la organización algunos cuadros para la lucha.
2. Le exigí al Che que la dirección político-militar de la lucha debía corresponderme en forma exclusiva a mí por lo menos mientras ésta se desarrolle en Bolivia. Cuando se continentalice podemos hacer una reunión con todos los grupos guerrilleros y en esa oportunidad yo haré entrega del mando al Che, delante de todos.

3. Le propuse al Che manejar las relaciones con otros partidos comunistas latinoamericanos y tratar de convencerlos para que apoyen a los movimientos de liberación.

Enseguida explicó con más detalles estas cuestiones y agregó con firmeza:

—No hemos llegado a ningún acuerdo.

Las palabras de Monje no nos sorprendieron, pero causaron un impacto doloroso, sobre todo en compañeros que aún tenían esperanzas en él y el Partido.

Surgieron preguntas exigiendo mayores antecedentes.

Monje desarrolló de la siguiente manera sus planteamientos:

—Esta guerrilla debe dirigirla el Partido. Por eso como Primer Secretario debo tener la dirección total en lo militar y en lo político. Yo no puedo quedarme en un lugar secundario porque donde quiera que esté represento al Partido. El mando militar es una cuestión de principios para nosotros, tan de principios que el Che no me lo quiere entregar. Por eso nuestro desacuerdo es absoluto aun cuando en otros aspectos coincidamos o él acceda a nuestras peticiones.

Sentenciosamente agregó:

—Cuando el pueblo sepa que esta guerrilla está dirigida por un extranjero le volverá la espalda, le negará su apoyo. Estoy seguro que fracasará porque no la dirige un boliviano, sino un extranjero. Ustedes morirán muy heroicamente por su calidad de revolucionarios continentales.

Pero su desvergüenza llegó a extremos cuando nos propuso desertar.

—Ustedes, dijo, tienen libertad y garantías para abandonar la lucha. Váyanse ahora conmigo. Nosotros sólo tenemos un compromiso: aportar cuatro compañeros para trabajar con el Che en cualquier parte. El resto debe partir. El que quiera quedarse puede hacerlo. El Partido no tomará ninguna medida represiva. Pero como Primer Secretario les aconsejo que se vayan conmigo.

El solo hecho de que nos pidieran abandonar al Che en el monte era una actitud traidora. Tal vez pensó que alguno iba a aceptar su miserable proposición.

Todos le replicamos con firmeza que no nos íbamos, que él se quedara, que era un falso orgullo revolucionario negarse a estar bajo las órdenes de otro, sobre todo cuando ese "otro" era nada menos que el Che, el revolucionario más completo y más querido, el hombre junto al cual querrían luchar miles de latinoamericanos.

Algunos compañeros, el Ñato Méndez entre ellos, le rogaron que se quedara. El Ñato, que quería mucho al Partido, pero que amaba más profundamente la Revolución, le dijo con palabras que denotaban emoción:

—Quédate, Mario. Tu permanencia con nosotros significa levantar el prestigio del PCB y de todos los partidos comunistas latinoamericanos que han perdido toda autoridad por falta de acción, por su conciliación con el enemigo. Salva el prestigio de los comunistas y quédate.

Luego intervino Carlos, tres o cuatro veces insistiendo:

—Mario, no te vayas. Tú no debes asumir una posición tan claudicante. Es increíble que el Partido se comporte en forma tan vacilante. Nosotros estamos seguros de que triunfaremos. Jamás hemos pensado en un fracaso. Estamos seguros de la victoria. Sin el partido nos costará un poco más, pero tenemos al Che. En él tenemos confianza y sabemos que nos llevará a la victoria. Nuestra revolución triunfará porque el pueblo comprenderá tarde o temprano que nuestro jefe no es un "extranjero" como tú dices, sino un revolucionario, el mejor de todos, y la tarea tuya y la del Partido es, precisamente, esclarecer en el pueblo que el Che es un revolucionario continental y no un extraño.

Otros compañeros le dijimos a Monje que el internacionalismo proletario no debe aprisionarse en un marco tan estrecho. La presencia del Che entre nosotros, le recalcamos, es una verdadera muestra de internacionalismo proletario.

Más adelante nos aseguró que renunciaría a la Dirección del Partido, porque ya nada tenía que hacer dentro de la organización.

—Para mí, afirmó, es evidente que el único camino es la lucha armada, pero no ésta, sino una forma de sublevación general. Como este planteamiento no es posible hacerlo dentro del Partido, mi cargo no tiene mayor validez. Quedaré como un pobre diablo. Por eso es mejor que me vaya.

Le preguntamos:

—¿Qué vas a hacer? ¿Te dedicarás a tu profesión de maestro o a otra actividad?

Respondió:

—Posiblemente me tengan a su lado como un combatiente más. Yo no tengo otra salida que la revolución.

Más tarde, conversando con otros compañeros bolivianos, les manifestó que él no quería convertirse en un traidor al Partido (sin embargo, ya había traicionado a la revolución). Como broche de oro colocó a la conversación el siguiente final:

—Yo no estoy para convertirme en un Van Troi.

Con ello quería significar que Van Troi, el héroe vietnamita asesinado por los norteamericanos, joven que es ejemplo para todos los revolucionarios del mundo, se había convertido en un “mártir inútil”.

Basta esa frase para sentir por Monje un profundo desprecio. Pero el tiempo lo mostraría enfangando aún más su conducta y la de su Partido. La reunión fue penosa en sí, no tanto por el impacto emocional que había provocado entre los compañeros bolivianos, sino más bien por su actitud y sus conceptos que lo retrataron como cobarde, traidor y chauvinista.

Esa noche se hizo un brindis.

Yo no estuve, porque en esa hora, cuando en la ciudad estaba anunciando con cohetes y campanas al vuelo el advenimiento del año 1967, me tocaba hacer posta. Los compañeros me contaban que Monje, alzando su copa afirmó que allí, en Ñancahuazú, se iniciaba una nueva gesta libertaria y deseó éxito a nuestra guerrilla.

El Che respondió que efectivamente se iniciaba una nueva gesta libertaria y que este grito de independencia era similar al que había iniciado Pedro Domingo Murillo²⁶. Tal vez muchos, dijo

Ramón, no lleguen a ver el triunfo final. Pero para triunfar hay que dar la primera batalla. Y ese momento ha llegado. Agregó:

—Este es un grupo decidido a combatir, no como soldados suicidas, sino como hombres que saben que obtendrán la victoria. Pero aun suponiendo que en esta etapa no se logre el triunfo definitivo, estamos seguros de que este grito de rebeldía llegará al pueblo.

A la mañana siguiente Monje se despidió abruptamente.

El Che lo invitó a quedarse hasta la tarde, hora en que regresaba el jeep a la ciudad.

—¿Qué vas hacer solo en el primer campamento? —le preguntó.

—Prefiero estar solo allá —respondió Monje.

Era evidente que estaba nervioso y no se atrevía a quedarse con nosotros porque se sentía incómodo.

En la tarde el Che nos reunió a todos y nos explicó la actitud de Monje, sus exigencias, y la forma en que había forzado la ruptura. Dirigiéndose a los combatientes bolivianos anunció:

—Especialmente para ustedes vendrán días difíciles, momentos de angustia moral, conflictos emocionales. Puede ser que en algún momento de la lucha recuerden este episodio, la falta de apoyo del Partido y piensen que a lo mejor el PC tiene razón. Mediten mucho. Todavía es tiempo. Más tarde será imposible. A los que tengan problemas trataremos de solucionárselos mediante la discusión colectiva o a través de los comisarios.

En esa misma oportunidad nos comunicó que contactaría con todas las fuerzas que quisieran incorporarse a la Revolución.

Le informé ampliamente a Ramón la conversación que Monje había tenido con nosotros y las objeciones que hacía.

—Son las mismas que me hizo a mí —contestó.

Luego me dio a conocer otros detalles que no aparecen consignados en su Diario:

MONJE: Mientras la guerrilla se desarrolle en Bolivia exijo la dirección total. Si la lucha se efectuara en Argentina estoy dispuesto a ir contigo aunque no más fuera para cargarte la mochila. Pero mientras estemos aquí en Bolivia el mando absoluto lo debo tener yo.

CHE: Este es un criterio estrecho y absurdo respecto al internacionalismo proletario. El tipo de lucha que estamos planteando sobrepasa los marcos nacionales. Aun cuando estuviera dentro de ese esquema ¿crees tú que es una posición marxista exigir el mando como un derecho de nacionalidad? Tú estás equivocado. Eso no es internacionalismo proletario. Te voy a poner el siguiente ejemplo: si Fidel fuera a Argentina a iniciar la guerra, yo me pondría de nuevo incondicionalmente a las órdenes de Fidel, por la posición histórica que él tiene, y porque tú bien sabes que lo considero mi maestro. Por ese mismo cariño y respeto que yo le tengo a Fidel aceptaría gustoso su mando. ¿O crees que sería cuestión de nacionalidad? Esa misma relación existe entre tú y yo. Las circunstancias históricas me han situado en determinado lugar. Tengo una experiencia militar que tú no tienes. Tú no has participado en ninguna acción. Ahora te pregunto: ¿tendrías la misma posición si en este momento no estuviera yo contigo aquí en Ñancahuazú sino Malinovski?²⁷

MONJE: Ni aun cuando viniera Lenin. Mi conducta sería la misma.

Irónicamente el Che replicó:

—Si estuviera Malinovski aquí estarías hablando en otros términos.

En otro momento de la conversación, Ramón le dijo con firmeza:

—Yo ya estoy aquí, y de aquí sólo me sacan muerto; este es nuestro territorio.

Cada vez que se determinaban los argumentos, Monje volvía al círculo vicioso del mando total y a la categoría de “extranjero” de Ramón y enredando sus propias contradicciones e inseguridades que se aprecian claramente en sus diálogos. Más adelante la conversación continuó así:

CHE: Bien, el problema es de mando efectivo. Imagínate que tú seas el jefe de la guerrilla. ¿Pero qué pasará cuando se sepa que aquí están el Che Guevara y Mario Monje? Nadie va a creer que Mario Monje está dirigiendo la guerrilla y que el Che Guevara está a las órdenes de Monje. Independientemente de que eso fuera así, todo el mundo sabe que yo tengo más capacidad que tú para dirigir

esta columna. La falsa modestia no nos conduce a nada. Tú puedes aparecer como jefe, firmar todos los comunicados en nombre de nosotros, pero la dirección real y efectiva la tengo yo.

MONJE: La dirección tiene que ser real y desde el principio debe estar en mis manos. Por mi falta de experiencia te pediré consejo y asesoramiento hasta que yo adquiera capacidad de dirección y pueda hacerme cargo solo de la guerrilla. Tú puedes ser mi asesor más importante.

CHE: Aquí no soy asesor de nadie. No soy partidario de eludir las responsabilidades, y un asesoramiento significa eso: eludir responsabilidades. Nunca me consideré asesor.

MONJE: Pero es ridículo que yo aparente ser jefe. Tú sabes que la CIA puede infiltrar esta guerrilla y el agente de la CIA se dará cuenta inmediatamente de que yo no soy jefe efectivo. Esa noticia saldrá fuera y todo el mundo pensará que soy un "monigote".

CHE: Si de eso se trata estoy dispuesto a levantarme todas las mañanas, cuadrarme delante de ti en presencia de la tropa y pedirte las instrucciones para dejar satisfecho al agente de la CIA.

A pesar de la actitud a veces agresiva de Monje, el Che mantuvo siempre gran serenidad. Cuando Monje le planteó que renunciaría al Partido, Che le contestó que ese sería un problema personal, pero lo consideraba un error porque protegía el nombre de quienes debían ser condenados históricamente por su posición claudicante. También aceptó que Monje solicitara ayuda a otros partidos comunistas latinoamericanos para la lucha guerrillera, aunque le advirtió que era una gestión inútil, condenada al fracaso, le dijo:

— Pedirles a esos partidos que colaboren con la lucha armada es exigirles que renuncien a su razón de existir; solicitarle a Codovilla que apoye a Douglas Bravo es igual que exigirle que perdone un alzamiento dentro de su partido.

Otro aspecto conflictivo tratado en esa oportunidad fue la contactación con el grupo de Moisés Guevara²⁸. Monje se oponía tenazmente, pero sólo daba razones de tipo sectario sin consistencia. Calificaba a Moisés como un "prochino". Eso bastaba para estigmatizarlo. Che le planteó a Monje:

—¿Por qué tienes esa posición tan sectaria? Nuestra guerrilla debe abrirles las puertas a todos los que quieran participar. Tenemos una concepción de la toma del poder revolucionario y si hay gente honesta que coincide con nosotros no debemos rechazarlas. Es absurdo asustarnos, porque el poder para el pueblo lo tome, en determinado momento, un grupo que se llame tal o cual cosa. Del seno de la lucha armada surgirán los nuevos dirigentes y no es justo tener prejuicios al respecto, pues la dirección la asumirán siempre los más consecuentes.

—La convivencia diaria, las batallas que se dan juntos, el permanente jugarse la vida, va desarrollando una hermandad de sangre, mejora a los hombres, los convierte en seres más honestos, más puros. Así como hay gente buena y mala dentro de los que tú llamas “prochinos”, también hay gente buena y mala dentro del PC.

El tiempo daría la razón al Che y reivindicaría a Moisés Guevara. En cambio, condenaría como traidores y cobardes a Monje y los otros dirigentes claudicantes.

Moisés Guevara era un hombre honesto. Dirigente minero combativo, querido por sus bases, amaba la revolución. Se incorporó al Partido Comunista Prochino convencido de que Zamora y su dirección sinceramente se incorporarían a la lucha armada, con su contingente proletario numeroso. Pronto se dio cuenta de que Zamora era tan oportunista y falso como otros autodenominados “vanguardistas”. Sin embargo, dentro del Partido peleó por el cumplimiento de las promesas que se le hacían al pueblo: iniciar la lucha armada. En una conferencia partidaria realizada en Huanuni²⁹, precisamente la zona donde Moisés tenía mayor influencia, el PC prochino lo expulsó, acusándolo de estar en “contubernio con la camarilla de Monje” para ingresar a la guerrilla.

Aunque la incorporación de Guevara y otros compañeros de ese grupo se produce mientras nosotros realizábamos la marcha de exploración con el Che, es necesario examinar este problema en el presente capítulo.

La gente que trabajaba con nosotros en la ciudad había contactado a Moisés a mediados de 1966. Él se había comprometido a entrar

al monte con veinte hombres. Después del regreso de Monje desde Ñancahuazú, Moisés decide hablar directamente con Guevara, y exigirle que su incorporación debe ser incondicional, incluyendo la disolución de su grupo. Existía un leve temor de que en algún instante pudieran producirse roces entre estos compañeros y los que ya estábamos dentro, por la discrepancia chino-soviéticas.

Moisés llegó a nuestro campamento y conversó con el Che. Con una modestia y sinceridad extraordinarias, planteó: "Yo no vengo aquí a poner condiciones, sino a solicitar mi ingreso como un soldado más. Para mí es un honor combatir al lado del Che, el revolucionario que más admiro".

La conducta de Moisés fue magnífica. Nunca hubo problemas con él, y ese temor de que afloraran discrepancias políticas se disipó inmediatamente. Se produjo lo que el Che había previsto: la lucha hermana a los hombres, desarrolla los sentimientos solidarios y fortalece la ideología. Murió meses más tarde, combatiendo heroicamente junto al grupo de Joaquín.

Distinto fue el destino de Zamora. El hombre que aparecía como ultrarrevolucionario condenó a los que ingresaban a la guerrilla.

El Che también tenía un juicio sobre Zamora: en La Habana, cuando aún desempeñaba su cargo de Ministro de Industrias, había conversado durante un tiempo con él; Zamora, militante del PC, le contó al Che que volvería a La Paz a dividir el partido y que formaría otro, porque el PCB era incapaz de hacer la revolución.

Ramón le manifestó: "La división del Partido para formar otro no tiene objeto, es inútil, no contribuye en nada al desarrollo de la lucha armada. Muchas veces esos grupos son los más sectarios o los más obcecados enemigos de la guerrilla o de cualquier otro tipo de lucha que no se ajuste exactamente al pensamiento de Mao. Yo estoy de acuerdo con que un grupo se separe del Partido si evidentemente va a ingresar a la lucha armada. Porque el Partido mantiene una posición claudicante. Pero la división porque sí se llama simplemente politiquería.

Zamora obtuvo el ofrecimiento de valiosa ayuda para desarrollar la lucha armada. Incluso, si empezaba los trabajos se le

asignaría, como colaborador importante, a un hombre que más tarde continuaría jugando un gran papel en el trabajo de preparación del foco guerrillero: Ricardo. Che pensaba que las condiciones objetivas y subjetivas más ricas para iniciar la lucha de liberación en el cono Sur del continente estaban en Bolivia. Hacia allí iba a partir a mediados de 1965, luego de finalizar su gira por Asia y África.

Pero a pesar de tener gente de experiencia a su lado, Zamora se preocupó más de dividir al PCB y desatar rencillas de tipo personal, que dedicarse honestamente a la preparación de un trabajo tan importante y delicado. Desaprovechó esta oportunidad histórica, postergó la apertura del foco y esterilizó la acción. Más tarde tuvo la osadía de condenar a los militantes de su fracción, que, convirtiéndose en realidad los planteamientos que formulaban, se incorporaron con nosotros a la guerrilla.

La vergonzosa desertión del Partido Comunista nos provocó graves problemas. En la ciudad nos quedamos prácticamente sin organización. El trabajo de Coco, Loyola³⁰, Rodolfo y Tania era insuficiente para atender nuestras necesidades, cada vez más crecientes.

Estábamos en los umbrales de la guerra y era necesario armar una red clandestina que funcionara en La Paz, se ramificara a otras ciudades y pueblos hasta desembocar en nuestro centro militar. Éstas eran las tareas asignadas al PCB. Todavía teníamos que trasladar hasta al monte gran cantidad de provisiones, armas y hombres que se integrarían a nuestra columna. El trabajo de Coco y Rodolfo fue abrumador. Una serie de acontecimientos que ocurren más tarde, aparecen como “errores tácticos”. La verdad es que no los hubo. Si tal situación se produjo fue por efecto de la traición de Monje que agravó su cobardía saboteando la labor de los compañeros que no acataron sus órdenes y se integraron lealmente a la lucha guerrillera.

Un ejemplo:

La finca donde está la Casa de Calamina debía protegerse con una buena “fachada legal”. Che era partidario de que allí se llevara un ingeniero agrónomo para que hiciera producir, ya que era sospechoso que tan extensa propiedad sola estuviera cultivada por cinco hectáreas de maíz. En cada viaje que venían compañeros de la ciudad, Ramón insistía en el ingeniero agrónomo. La finca no era para nosotros una zona de operaciones. Pero los compañeros no pudieron conseguir al agrónomo —problema que tenía que solucionar el Partido—, porque se dedicaron a atender las necesidades más urgentes de la guerra.

El Che decía: “La finca se ‘quema’, que no sea por culpa de nosotros. Que la descubra el ejército, pero nosotros no se la entregaremos porque sí”.

Por razones explicadas, nunca se pudo dar a esa propiedad una fachada legal.

Por otra parte, cuando Coco regresa a la ciudad, después de dejar a Monje, nos informa de los primeros aprestos del Partido contra la guerrilla. El famoso Estanislao, hombre que en entrenamiento militar había hecho un “pacto de sangre” jurando no abandonar jamás la lucha armada, alertaba al Comité Central diciendo que en Ñancahuazú había un grupo armado que iniciaría la lucha guerrillera, formado por muchos extranjeros y un núcleo de bolivianos.

Algunos miembros del Comité Central decidieron apoyar activamente nuestra lucha, pero entonces Monje, esgrimiendo sus mejores recursos de politiquero corrompido, tocó las fibras sectarias de los dirigentes del PCB y nos acusó de ser “prochinos”, fraccionalistas y enemigos del Partido que “se han aliado con la camarilla de Zamora”. Zamora, por su parte, condenó a los guerrilleros por “fraccionalistas”, revisionistas, enemigos del Partido que “se alían con la camarilla de Monje”.

¡Los enemigos irreconciliables unidos por su odio a la lucha armada de liberación de Bolivia!

Pero la traición no tuvo límites. Monje y el PCB se movilizaron por todo el país alertando a las bases contra el “grupo fraccional”, impidiendo con engaño que algunos militantes honrados se incorporasen al trabajo en la ciudad, e interceptaron a los hombres que regresaban al país con entrenamiento militar y los convencieron de que no ingresasen a la guerrilla. La conducta de los que estaban preparados para luchar y no lo hicieron por presión del Partido no debe calificarse de debilidad ideológica, realmente fue cobardía.

El monte: escuela para el hombre nuevo

Los problemas provocados por la deserción del Partido en el instante que más precisábamos de él no fue obstáculo para que nuestro grupo guerrillero elevara su moral y realizara trabajos preparatorios que tenían carácter educativo.

El Che estimaba que el hombre, cuando está metido en el monte, proscribía los hábitos de la ciudad, no sólo por la dureza con que se desarrolla la lucha y la falta de contacto con algunas formas culturales o de "civilización". La vestimenta andrajosa, la falta de higiene personal, la comida escasa y a veces primitiva, muchas veces la carencia de utensilios domésticos, obligan al guerrillero a adoptar ciertas actitudes semisalvajes.

El Che combatía con energía esta conducta y orientaba el trabajo para estimular un espíritu constructivo y creador del guerrillero: la preocupación por la ropa, las mochilas, los libros y todo lo que constituía nuestros "bienes materiales". Por eso dirigió con cariño las "obras públicas" del segundo campamento, ubicado a unos ocho kilómetros de la casa de Calamina. Rápidamente se construyeron bancos, un horno para el pan, que estaba a cargo de Apolinar, y otro tipo de "comodidades". Regularmente ordenaba lo que él bautizó como "guardia vieja": una limpieza a fondo de todo el campamento.

Algunos periodistas y críticos de nuestra guerra han considerado que ese campamento era la base de operaciones estables. Es una apreciación falsa. Ramón nunca pensó quedarse ahí definitivamente. Todo el trabajo realizado, con excepción de las cuevas

estratégicas, tuvo el carácter ya descrito: para que el hombre estuviera en permanente actividad y no perdiera sus costumbres adquiridas.

Allí surgió también lo que podría denominarse la primera “escuela de cuadros”. Todos los días de 4 a 6 de la tarde los compañeros más instruidos, encabezados por el Che, daban clase de gramática y aritmética en tres niveles, historia y geografía de Bolivia y temas de cultura general, además de clases de lengua quechua. En la noche, a los que deseaban asistir voluntariamente (las clases de la tarde eran obligatorias) el Che les enseñaba francés. Otro tema al que le daba primerísima importancia era al estudio de la economía política.

Frecuentemente nos señalaba el papel de “vanguardia de la vanguardia” que tiene el guerrillero. Pero para hacer honor a esa denominación, afirmaba, “es necesario que ustedes se conviertan en cuadros dirigentes”.

—El guerrillero, recalcaba Ramón, no es un simple “tira tiros”. Es el gobernante en potencia, el hombre que en algún momento se convertirá en el conductor de su pueblo. Por eso debe estar preparado para cuando llegue ese momento.

Siempre buscaba la oportunidad para ponernos de ejemplo a Fidel y la Revolución Cubana, especialmente cuando se refería a la necesidad urgente de consolidar y desarrollar la revolución después de la victoria.

—Cuando nosotros triunfamos y tomamos el poder en Cuba, nos decía, nos encontramos con un problema más difícil que el de la guerra: no teníamos gente capacitada para asumir responsabilidades. En un principio los cargos burocráticos se designaron prácticamente “a dedo”. La rápida ruptura con el imperialismo nos mostró la dramática realidad: nos faltaban expertos para dirigir la economía, las industrias, la agricultura. Especialmente doloroso resultó comprender que no teníamos gente preparada en niveles intermedios, para orientar y dirigir a la masa que en contacto con la revolución había adquirido una sensibilidad extraordinaria y estaba ansiosa de aprender. Nos faltaban cuadros, es decir, hombres

con un adecuado desarrollo político para interpretar las directivas que emanaban del poder central, convertirlas en realidad transmitiéndolas sin distorsiones a ese conglomerado de hombres y mujeres que tenían fe en nosotros, y a la vez poseer la suficiente sensibilidad como para percibir las manifestaciones más íntimas de ese núcleo humano, y a su vez darlas a conocer al poder central.

Para el Che, el cuadro debía reunir, entre otras, las siguientes cualidades: gran valor físico y moral, desarrollo ideológico que le permita defender con su vida los principios revolucionarios, capacidad de análisis para tomar decisiones rápidas y adecuadas, sentido de la creación, disciplina y fidelidad.

El Che quería que nosotros nos desarrolláramos no tan sólo como cuadros, sino también como *hombres nuevos* dentro del proceso de la lucha guerrillera. Constantemente nos repetía que teníamos que ser los mejores, el núcleo que debía convertirse en maestros de los nuevos combatientes que se fueran incorporando.

Pero esa formación del "hombre del futuro", la toma definitiva de conciencia de clase que nos debía convertir en agente catalizador de las aspiraciones e inquietudes de la masa, teníamos que adquirirla en el transcurso de la guerra.

El Che consideraba que el hombre es un ser fácilmente moldeable. Esta verdad la había descubierto la sociedad capitalista, por eso nos había educado en el respeto hacia el sistema. En las frecuentes conversaciones que teníamos durante las caminatas o en las exploraciones, nos instaba a eliminar las taras de la vieja sociedad decadente, "tomar conciencia". La conciencia era para él un valor fundamental. Su definición era breve y certera:

No puede verse el comunismo meramente como un resultado de contradicciones de clase en una sociedad de alto desarrollo, que fueran a resolverse en una etapa de transición para alcanzar la cumbre; el hombre es un actor consciente de la historia. Sin esta *conciencia*, que engloba la de su ser social, no puede hacer comunismo.

La toma de conciencia que significa romper las cadenas que atan al hombre con la sociedad decadente, equivale a su realización plena como criatura humana.

Otro de los rasgos que estimulaban era el amor hacia sus semejantes. A mi juicio uno de los trabajos que retratan mejor al Che como hombre, como político revolucionario, como el hermano más generoso de los pueblos oprimidos, es el *Socialismo y el Hombre en Cuba* en el que plantea:

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esa cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente, éste debe reunir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común los ejercita.

Che fue generoso siempre. Fuimos testigos de cómo trató sin rencor a los soldados enemigos, curó sus heridas aun restando medicamentos a nuestras propias gentes, les dio trato digno y justo. Más tarde ellos, animalizados por el imperialismo, responderían a este gesto asesinándolo cobardemente.

Las lecciones del Che están vigentes y creemos que se plasmarán en los hombres del ELN, el ejército que él fundó.

El nacimiento del ELN

En víspera de la caminata que se inició el 1° de febrero, cuya duración estaba programada para aproximadamente 20 días, ya se podía hablar de un núcleo guerrillero vertebrado que se dividía en vanguardia, centro y retaguardia. A mediados de diciembre Che había hecho los primeros nombramientos que recayeron en Joaquín como segundo jefe militar y jefe de la retaguardia, Marcos³¹, jefe de la vanguardia, Alejandro³² como jefe de operaciones; Pombo, de servicios; Ñato, de abastecimiento y armamentos, Rolando³³ y yo, como comisarios políticos. Además, me encargaron las tareas de finanzas. Moro fue designado jefe de los servicios médicos.

De esta manera, al iniciar nuestra larga exploración, la columna ya estaba estructurada para rendir su primera prueba de fuego. Los objetivos que el Che había planteado para esta maniobra militar eran los siguientes:

- Dar un fuerte entrenamiento al núcleo guerrillero para que adquiriera experiencia, se endureciera, aprendiera a sobrevivir en las condiciones más difíciles, conociendo lo que es el hambre, la sed, falta de sueño, las caminatas agotadoras del día y de noche, y al mismo tiempo aprender en el terreno nociones tácticas más profundas.
- Examinar las posibilidades de formación de núcleos campesinos, contactándolos para explicarles el objetivo de nuestra lucha. Ramón estaba plenamente consciente de que en el primer momento el campesinado tiene más bien una actitud de desconfianza, que en

la segunda etapa mantiene una posición de neutralidad, y en la tercera, cuando la guerrilla se desarrolla, está francamente de parte de las fuerzas liberadoras. Por lo tanto debíamos pasar por la experiencia de la primera etapa y tratar de formar bases de apoyo en el campo, aun cuando fueran débiles. Estamos seguros que de sobrepasar ese período, los campesinos habrían estado de parte nuestra, como indudablemente ocurrirá en el futuro.

- Por último, conocer en detalle el terreno en el cual íbamos a operar. Desde el momento en que el Che ingresó al monte con otros dos compañeros, las perspectivas de combatir eran inmediatas. En ningún instante se planteó la disyuntiva de que nos fueran a apresar mansamente, sin oponer resistencia.

Por eso destinó cuatro compañeros para la defensa del campamento principal, a pesar de que esto no tenía características de “base de operaciones”. Ellos fueron Arturo³⁴, Ñato, Camba³⁵ y Antonio³⁶. Coco se quedó en la casa de Calamina, esperando a Moisés Guevara y sus hombres. Previendo la posibilidad de una sorpresa dejó un plan de emergencia, una forma de alarma para advertirnos, si había ocurrido algún ataque, instrucciones para la retirada, un esquema del recorrido que nosotros haríamos, y por último, recomendó que cada uno de los hombres llevara siempre dinero de reserva consigo.

Desde el principio la exploración fue durísima, un adelanto de lo que vendría mas tarde. En los primeros días muchos compañeros quedaron prácticamente sin zapatos y la ropa se fue destrozando lentamente. La zona estaba prácticamente deshabitada, a pesar de que en los mapas oficiales estaban marcadas varias casas. El día 10 de febrero establecimos contacto con el primer campesino. Resultó ser Honorato Rojas³⁷, un hombre al que Ramón calificó inmediatamente de “potencialmente peligroso”. Más tarde Honorato Rojas se convertiría en un delator y principal colaborador del ejército en la emboscada en la que perdieran la vida Joaquín y el grupo de la retaguardia. Yo me presenté a Rojas como “cazador” y el Che asistió en carácter de “ayudante” mío. Moro³⁸, nuestro médico, curó a los hijos del campesino que tenían gusanos en distintas partes del

cuerpo. Incluso uno de ellos tenía varios hematomas, producto de una patada que le había dado una yegua. Después de pedirle datos sobre una casa por la cercanía, ubicación de otros campesinos, posibilidades de comprar alimentos, etc., nos despedimos, comprometiéndose él a laborar con nosotros.

La idea del Che era llegar hasta el río Masicurí, para que viéramos a los soldados, decisión psicológica importante, aunque no debiéramos entablar combate con ellos en esos momentos.

Casi al terminar el mes ocurren dos hechos dolorosos: el primero de carácter conflictivo y el segundo, la pérdida de uno de nuestros hombres antes de combatir.

Dos compañeros, Marcos y Pacho³⁹, tuvieron un incidente de proporciones, motivado no solamente por el carácter de ambos, sino por las condiciones en que íbamos marchando, con alguna gente enferma, sin comida, en condiciones que durante algunos días fueron infernales. Me tocó conocer el problema, pues en mi carácter de comisario político junto con Rolando debía intervenir en la solución de ellos. Un mes más tarde el Che conocería de otras actitudes de Marcos y lo amenazó con expulsarlo deshonestamente de la guerrilla. Marcos contestó que antes preferiría morir fusilado.

Por desgracia el Diario del Che es sólo la recopilación de apuntes para uso personal, donde consignaba fundamentalmente los errores que debían corregirse. Por eso no colocó algunos hechos que demuestran la firmeza ideológica y el coraje de los compañeros.

Después de estos incidentes en que Marcos fue sustituido de la vanguardia, mantuvo una conducta de absoluta disciplina, y se empeñó por ser el mejor de todos. Incluso se destacaba por cargar, en condiciones cada vez más difíciles, la mochila más pesada, y además de su fusil Garand una ametralladora 30. Marcos y Pacho murieron combatiendo heroicamente, convirtiéndose en hombres ejemplares y queridos.

El otro hecho penoso fue la muerte de Benjamín⁴⁰, un joven boliviano de físico muy débil; sin embargo tenía un carácter fuerte, una posición ideológica muy desarrollada y una decisión inquebrantable de defender con su vida nuestros ideales. Che quería mucho

a Benjamín, y en los meses que permaneció con nosotros, siempre lo estimuló a seguir adelante. En el Río Grande Benjamín caminaba muy agotado y tenía dificultades con su mochila. Cuando marchábamos por un farallón hizo un movimiento brusco y cayó al río que iba muy crecido y con fuertes corrientes. No tuvo fuerza para dar unas cuantas brazadas, corrimos a salvarlo e incluso Rolando se tiró al agua y buceó tratando de rescatarlo. No lo pudimos ubicar.

Estos problemas hicieron impacto entre nosotros. Fue allí cuando afloró nuevamente el genio del Che quien nos dio lecciones de solidaridad, disciplina y moral.

En los momentos más angustiosos nos decía:

Las principales armas de un ejército revolucionario son su moral y disciplina. La moral tiene dos sentidos: uno ético y otro heroico. En nuestros guerrilleros deben reunirse las dos condiciones. Ustedes, por ejemplo, no pueden saquear una población si ésta cae en poder de nosotros, ni maltratar a sus habitantes, ni faltarles el respeto a las mujeres. Esto es lo ético, el sentido heroico es la decisión que debe tener cada uno de ustedes para vencer, para combatir hasta la muerte en defensa de la revolución. Esta es la fuerza que nos llevará a realizar las más extraordinarias hazañas. A estas dos condiciones hay que agregar la disciplina, que no es la tradicional, la que ustedes han podido apreciar en los ejércitos represivos. Disciplina para nosotros no es cuadrarse ante un superior jerárquico. Ésta es una actitud externa, formal, automática. Nuestra disciplina es consciente, motorizada por una ideología. Ustedes saben por qué luchan, por qué aspiran a tomar el Poder. Los soldados de los ejércitos represivos son entes fríos, mecánicos, vacíos por dentro. Ésta es la diferencia entre ellos y nosotros. Y esa diferencia radica en que ellos no tienen conciencia de lucha. Nosotros sí la tenemos.

También estimulaba el desarrollo de la solidaridad entre nosotros. En una oportunidad nos dijo:

Es nuestro deber rescatar a los guerrilleros muertos y darles sepultura. Si por esa acción se va a perder otra vida, nadie debe correr ese riesgo. Con nuestros heridos la sensibilidad debe ser mayor. Debemos jugarlos por rescatarlos. El esfuerzo por salvarlos debe ser real. La solidaridad entre los combatientes es una muestra acabada de humanismo.

Estas conversaciones se realizaban cada vez que hacíamos un alto en la marcha o cuando nos reuníamos en torno de una fogata a comer, una alimentación pobre en proteínas.

Durante la exploración el Che se enfermó. Sin embargo, nos estimulaba con su ejemplo. Nosotros sabíamos que iba mal, pero él continuaba sin ceder un instante, con una voluntad férrea. Incluso se enojaba cuando tratábamos de atenderlo o aliviarlo o si el cocinero trataba de darle preferencia en la comida, o si veía que recambiaban las postas⁴¹ por horarios más cómodos.

Hombre sensible, la muerte de Benjamín también lo golpeó. Por eso hablé nuevamente de la necesidad de recibir estos hechos con estoicismo, como un riesgo de la guerra:

No deben desmoralizarse —recalcó—. Hay ocasiones en que parece que las energías hubieran llegado al límite de nuestras fuerzas. Es entonces cuando ustedes deben apelar con energías a su voluntad y dar un paso más. Después de ése, otro y otro, sin detenerse nunca.

Una anécdota de la que fui testigo muestra otra de las ricas facetas de su personalidad. Por desgracia, ella tampoco aparece reflejada en su Diario. El 5 de febrero la vanguardia encontró dos animales: una yegua y un potrillo. Como no había casa a muchos kilómetros de distancia, entendimos que esos animales no tenían dueños. Seguramente algún arriero pasó por allí con su tropilla y los animales se extraviaron, quedándose en el monte. El hambre que pasamos en el período subsiguiente fue tan grande que muchos hicimos comentarios de que, cuando regresáramos, los mataríamos para comerlos. Ese comentario se convirtió luego en

una actitud mental, una especie de obsesión que nos intranquilizaba. Che había dicho que a esos animales los llevaríamos a la finca para emplearlos en labores agrícolas, ya que veía los acontecimientos con perspectivas futuras. Faltando tres días para volver al campamento, hinchados por la carencia de proteínas, de grasas, hambrientos, cansados, el problema de los animales recrudesció. Hubo un instante en que el Che amenazó a dos compañeros con dejarlos sin comer si volvían a insistir en el tema, sobre todo porque ya estábamos cerca de nuestro destino. Él deseaba que nos forjáramos un carácter tal que nos permitiera vencer todos los obstáculos, especialmente éste que podría presentarse más adelante.

Algunos compañeros salieron a cazar pero sólo mataron unos pocos pajaritos. En estas circunstancias Che cambió de actitud y ordenó matar al potrillo para que toda nuestra gente repusiera sus energías. ¿Qué significa esto? Simplemente que el Che era un hombre de buen criterio, que sabía analizar con serenidad todas las circunstancias y resolver con justicia los problemas. No era un hombre obcecado que defendiera porque sí las decisiones. Sabía cambiarlas si a su vez las circunstancias se modificaban.

La pérdida de otro hombre —Carlos⁴²— volvió a entristecernos. Era combatiente que permanecía a la retaguardia. De él dice el Che en su Diario: “Hasta ese momento era considerado el mejor hombre de los bolivianos, en la retaguardia, por su serenidad, seriedad y entusiasmo”.

Su muerte fue similar a la de Benjamín. Cruzando el Río Grande en la desembocadura del Ñancahuazú la balsa fue arrastrada por la fuerte corriente. Un remolino lo sacó con violencia, junto a Braulio, y se perdieron en las aguas turbias del río. Braulio se salvó, Carlos fue arrastrado, al parecer inconciente; Joaquín, que había salido más adelante con el resto de la gente de la retaguardia, no lo vio pasar.

El Che conoció esta nueva pérdida luego que Miguel y Tuma, que se habían adelantado para llevar comida a la gente de la retaguardia comandada por Joaquín, regresaron de su misión. Habíamos perdido otro hombre sin entrar en combate. Esta experiencia lamentable también fue aprovechada para sacar conclusiones y

estimular a los compañeros a que siguieran adelante sin vacilaciones. En una de sus frecuentes charlas en este período subrayó: "A la naturaleza hay que vencerla. El hombre siempre triunfará sobre ella. Pero no hay que desafiarla ciegamente. La valentía debe estimularse, siempre que no se convierta en imprudencia".

En esta oportunidad el río venía muy crecido con una corriente violenta. Tal vez se pudo esperar por mejores condiciones. En todo caso, en el futuro debe tenerse en cuenta esta situación.

El 19 de marzo tuvimos el primer presagio de que algo importante ocurriría al ver una avioneta que sobrevolaba en insistente misión de reconocimiento por la zona. Casi al llegar al campamento, Che se encontró con el Negro⁴³ ("el médico" peruano que venía a quedarse con nosotros) y con Benigno⁴⁴, quien se había adelantado para llevarnos comida. Las noticias que nos dieron fueron nutridas. En el campamento principal estaban esperándonos Debray⁴⁵, el Chino, Tania, Bustos⁴⁶ y Guevara, con los nuevos combatientes. El ejército había atacado nuestra finca después que dos hombres habían desertado entregando valiosa información, luego de ser apresados en Camiri.

Es necesario referirse a los desertores con el objeto de transmitir nuestras experiencias a otros revolucionarios latinoamericanos: a la guerrilla se ingresa en muchas ocasiones con escasa preparación ideológica, motivado por las hazañas épicas, episodios heroicos o simplemente por intuición político-militar. Se produce entonces un proceso de idealización falsa de la lucha y de la vida guerrillera, fenómeno que se acentúa más entre los estudiantes universitarios, especialmente. Se tiene la equivocada impresión de que el guerrillero está cómodamente instalado en su campamento, durmiendo en una hamaca, comiendo poco. Desde allí planifica una batalla, se enfrenta con el ejército, alza sus muertos y heridos y regresa al campamento a reponer energías. Por eso cuando llegan y se enfrentan con la realidad sufren un fuerte impacto, eso no es lo que ellos pensaban. La vida extremadamente dura, el constante "gondolero" o tareas de constructor, la carga pesada de la mochila que a veces dobla las piernas, el hambre que a veces se clava en

el estómago como un cuchillo afilado, las caminatas largas por terrenos difíciles y la siempre latente posibilidad de encontrar soldados emboscados, influyen en la mente de esa gente débil ideológicamente. Por eso es necesario tener un criterio muy selectivo en el reclutamiento de hombres para la guerrilla, teniendo siempre en cuenta que ésta es “la vanguardia de la vanguardia”.

Tal cosa ocurrió con algunos hombres. La realidad los asustó y desertaron. Un desertor siempre es un delator en potencia. Cuando llegaron a Camiri el ejército los detuvo presumiendo que venían de la finca donde ellos creían que se fabricaba cocaína. Lo demás es conocido como para abundar en detalles: hablaron, dijeron que había un grupo alzado pero no pudieron dar mayores antecedentes, porque nosotros estábamos en exploración y ellos no nos vieron. Sin embargo, entregaron algunos indicios de que en Ñancahuazú podía estar el Che, pues habían escuchado algunas infidencias. También sabían que habían hombres de otras nacionalidades.

Ramón conversó con el Chino que venía a incorporarse, se juntó con otros tres compañeros peruanos a nuestro grupo guerrillero el día 20 de marzo. El Che me relató más tarde aspectos sobresalientes de esta charla, y profundizó la idea sobre algunas cuestiones tácticas con relación a la continentalidad de la lucha, y la conducta que debía seguirse en ese momento.

El Chino planteó entrenarse con nosotros en forma práctica, participando en algunos combates, para luego alzarse en el Perú. En su Diario, Ramón explica escuetamente:

Hablé preliminarmente con el Chino. Pide cinco mil dólares mensuales durante diez meses y de La Habana le dijeron que discutiera conmigo... Le dije que en un principio sí, sujeto a que en seis meses se alzara. Piensa hacerlo con 15 hombres y él como jefe en la zona de Ayacucho. Convinimos además, en que le recibiría cinco hombres ahora y quince más con algún lapso y los enviaría con sus armas luego de entrenarlos en combate.

Che tampoco quería que la internacionalización de la lucha trascendiera rápidamente los ámbitos bolivianos, y se conociera su presencia allí por razones puramente tácticas. En diversas conversaciones me dijo que si el imperialismo ignora en la primera etapa su presencia, y la composición de la guerrilla, sólo iba a entregar armas y “asesoramiento” al ejército. Sin embargo, si conocía en forma inmediata las perspectivas de la lucha entraría con todas sus fuerzas en forma directa, como lo había hecho en Vietnam, para aplastar al foco en su embrión.

Esto ocurrirá tarde o temprano —decía el Che—, pero mientras más se retrase tanto mejor. Ello nos permitirá foguearnos, adquirir experiencia, endurecer nuestras fuerzas y convertirlas en un núcleo mucho más eficiente. Sabemos que finalmente enfrentaremos en forma directa al ejército imperialista, pero de todas maneras es necesario por ahora, tomar ciertas medidas de tipo táctico. Independientemente de esa cuestión, si es necesario enfrentar ahora al ejército imperialista, lo haremos sin vacilaciones.

Hasta la víspera de nuestro primer combate guerrillero —la emboscada de Ñancahuazú— nuestra columna no tenía nombre. Existía como un ejército diminuto, pero decidido a dar batalla en cualquier instante. Es cierto que todavía se observaban algunas debilidades, pero éstas eran producto de su incipiente formación. Sin embargo, ya habíamos tenido una prueba de fuego durante la marcha de 47 días que endureció a nuestros hombres y afloraron en toda su inmensa realidad las características de la lucha que tendría dimensiones épicas.

Los lineamientos programáticos de nuestro núcleo se habían estudiado suficientemente durante nuestra marcha de exploración, de manera que todos conocíamos por qué peleábamos y cuáles eran nuestras perspectivas futuras. Sin embargo, el Che, en una actitud pedagógica característica en él, decidió dictarnos un manifiesto que se distinguía por carecer de todo tipo de signos gramaticales. Cada vez que se refería a nuestra guerrilla dejaba un espacio en blanco

con el objeto de que nosotros la “bautizáramos”. Su explicación fue la siguiente:

Este manifiesto que les he dedicado tiene dos objetivos: el primero tiene carácter de cultura general (ustedes deben poner la puntuación y corregir la redacción); el segundo tiene carácter político. Es necesario que lean bien, agreguen antecedentes, eliminen lo que crean conveniente, definan qué somos y para qué estamos aquí. Por último, coloquen el nombre que tendrá nuestro ejército.

Durante la exploración continuamos con cierta irregularidad nuestros estudios habituales, pero no fue posible examinar debidamente el documento.

De regreso encontramos que los acontecimientos se precipitaban aceleradamente: llegaron los visitantes, entró el ejército a la Finca, y luego se produjo la primera emboscada netamente exitosa para nosotros. Fue entonces cuando hubo necesidad de divulgar nuestro primer manifiesto, redactado completamente por el Che, y que, por su valor histórico lo reproducimos íntegramente.

D XVII

Comunicado N° 1

AL PUEBLO BOLIVIANO

Frente a la mentira reaccionaria, la verdad revolucionaria

El grupo de gorilas usurpadores, tras asesinar obreros y preparar el terreno para la entrega total de nuestras riquezas al imperialismo norteamericano, se burló del pueblo con una farsa comicial. Cuando llega la hora de la verdad, y el pueblo se alza respondiendo a la usurpación armada con la lucha armada, pretende seguir su torneo de mentiras.

En la madrugada del 23-III, fuerzas de la IV División, con acantonamiento en Camiri, en número aproximado de 35 hombres al mando del mayor Hernán Plata Ríos, se internaron en territorio guerrillero por el cauce del río Ñancahuazú. El grupo íntegro cayó en una emboscada tendida por nuestras fuerzas. Como resultado de la acción quedaron en nuestro poder 25 armas de todo tipo, incluyendo 3 morteros de 60 mm con su dotación de obuses, abundante parque y equipos. Las bajas enemigas fueron siete muertos, entre ellos un teniente, y catorce prisioneros, cinco de los cuales resultaron heridos en el choque, siendo atendidos por nuestros servicios sanitarios con la mayor eficiencia que permiten nuestros medios. Todos los prisioneros fueron puestos en libertad, previa explicación de los ideales de nuestro movimiento.

La lista de bajas enemigas es la siguiente:

Muertos: Pedro Romero, Rubén Amézaga, Juan Alvarado, Cecilio Márquez, Amador Almazán, Santiago Gallardo y el delator y guía del ejército apellidado Vargas.

Prisioneros: Mayor Hernán Plata Ríos, Cap. Eugenio Silva; soldados, Edgar Torrío Panoso, Lido Machicado Toledo, Gabriel Durán Escobar, Armando Martínez Sánchez, Felipe Bravo Siles, Juan Ramón Martínez, Leoncio Espinoza Posada, Miguel Rivero, Eleuterio Sánchez, Adalberto Martínez, Eduardo Rivera y Guido Terceros. Los cinco últimamente nombrados resultaron heridos.

Al hacer pública la primera acción de guerra establecemos lo que será norma de nuestro ejército:

La verdad revolucionaria. Nuestros hechos demostraron la justeza de nuestras palabras. Lamentamos la sangre inocente derramada por los soldados caídos, pero con morteros y ametralladoras no se hacen pacíficos viaductos, como lo afirman los fantoches de uniformes galonados, pretendiendo crearnos la leyenda de vulgares asesinos. Tampoco hubo ni habrá un solo campesino que pueda quejarse de nuestro trato y de la forma de obtener abastecimientos salvo los que, traicionando su clase, se presten a servir de guías o delatores.

Están abiertas las hostilidades. En comunicados futuros fijaremos nítidamente nuestra posición revolucionaria; hoy hacemos un llamado a obreros, campesinos, intelectuales, a todos los que sientan que ha llegado la hora de responder a la violencia con la violencia y de rescatar un país vendido en tajadas a los monopolios yanquis y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo, cada día más hambreado.

EJÉRCITO DE LIBERACIÓN NACIONAL DE BOLIVIA

De acuerdo con los planteamientos tácticos formulados desde un principio por el Che, el documento estaba dirigido “al pueblo boliviano”, denunciaba que el país estaba “vendido en tajadas a los monopolios yanquis” y entregaba una relación estrictamente verdadera de lo ocurrido. Estaba fechada el 23 de marzo de 1967 y lo firmaba el “Ejército de Liberación Nacional de Bolivia”. Más tarde otros comunicados se abreviaron firmando simplemente “ELN”.

Los acontecimientos guerrilleros que conmovieron a la opinión pública durante los ocho meses siguientes popularizaron el nombre “ELN”, su denominación actual.

En los documentos falta nuestra consigna de “¡victoria o muerte!” creada también por el Che. Ella no es una simple frase. Tiene una motivación muy importante que fue desarrollada de esta manera por Ramón:

El pueblo tiene una sola alternativa: la victoria. Nuestros enemigos también tienen una sola alternativa: la muerte. Podemos ser vencidos o nuestra lucha puede sufrir tropiezos, pero independientemente de esas dificultades transitorias, el pueblo vencerá. Esta es una verdad indiscutible. La alternativa de victoria o muerte —ambas— son para nosotros, los guerrilleros. Podemos llegar a ver el triunfo final, o podemos caer en el camino. Pero si morimos, la lucha seguirá adelante sin detenerse.



Los primeros combates

El programa preliminar del Che, descansar varios días para reponer energías mientras se entrenaban los nuevos compañeros, fue bruscamente alterado. El 17 de marzo alrededor de 60 soldados se habían metido por el camino de Algorañaz y se llevaron preso a Salustio⁴⁷, uno de los reclutas que debutaba como mensajero. En el ataque de la casa de Calamina, el Lorito había matado a uno de los guardias. Al conocer la noticia, Marcos ordenó la retirada, porque estimaba que no se debía defender posiciones. En *El Diario del Che* aparece descrito el problema en la siguiente forma:

Rolando había sido enviado para organizar la retirada de todo, un clima de derrota imperaba. Poco después llegó un médico boliviano, recién incorporado, con un mensaje para Rolando en el que se le comunicaba que Marcos y Antonio estaban en la Aguada, que fuera a entrevistarse. Le mandé a decir con el mismo mensajero que la guerra se ganaba a tiros, que se retiraran inmediatamente al campamento y allí me esperaran. Todo da la impresión de un caos terrible, no saben qué hacer.

Más tarde el Che me explicó su decisión.

El criterio de que la guerra no defiende posiciones es correcto, pero hay que tomar en cuenta una serie de factores que se habían acumulado hasta ese momento.

En primer lugar, nosotros no “defendíamos una posición”, puesto que el campamento no tenía ese carácter. Además, en el

trabajo preparatorio de las acciones militares habían quedado demasiadas huellas por la falta de cuadros para realizar una serie de labores preliminares. Eso nos obligó a “quemar” compañeros. La misma casa de Calamina se había convertido en un foco de sospecha y Algaraz incluso nos había enviado un cazador para que nos vigilara constantemente. Retirarse en ese momento, sin dar batalla, cuando la guerrilla había sido detectada por los datos que habían entregado los desertores, significaba simplemente que se iniciaría una persecución contra nosotros por un ejército con energía, fresco, con moral elevada. Por el contrario, combatir significaba foguearnos para afrontar con decisión las futuras batallas. Hay que tener en cuenta que, de todas maneras, tendríamos que combatir en los días subsiguientes por los factores ya mencionados. Otra alternativa aunque parezca extremista, habría sido desaparecer como guerrilla hasta crear las condiciones en la ciudad, tomar contactos nuevamente, reclutar nuevos elementos para recomenzar. Esto era absurdo.

Por otra parte, por las penurias que nos ocasionó la marcha de exploración, veníamos con la moral no muy alta, no con buena disposición combativa. El momento táctico se presentaba ahora con todas sus perspectivas favorables para nosotros. Por eso el Che consideró un grave error retirarse en esos momentos y ordenó a Rolando tender una emboscada río abajo. Enseguida ordenó la defensa en la entrada del campamento y envió a un grupo de compañeros a explorar río abajo.

El día 22 de Marzo fue de tensos preparativos. A las 7 de la mañana del 23, mientras Rolando revisaba las posiciones de los guerrilleros emboscados, se sintió un chapoteo por el río, rápidamente se situó en su lugar y esperó que la tropa fuera avanzando lentamente. Se mantuvieron en silencio hasta que penetró un grupo grande. Rolando, como responsable de esta primera acción nuestra, abrió fuego sorpresivamente. Muchos soldados se desplegaron en posición combativa. Los pocos que hicieron frente fueron abatidos en forma rápida. El resto huyó. El fuego duró aproximadamente

unos seis minutos, según informó Rolando al Che, hasta que las fuerzas enemigas se rindieron.

En estos combates participaron Rolando, Benigno, Coco, Guevara, Pablito⁴⁸, Ernesto, Apolinar⁴⁹ y Walter, los que mataron a siete soldados, hirieron a seis y tomaron once prisioneros. Otros ocho soldados escaparon. Como se puede apreciar, las fuerzas enemigas eran cuatro veces más grandes que la nuestra. Nosotros no tuvimos bajas. Además, quedaron en nuestro poder tres morteros de 60 mm., y ocho cajas de granadas, una ametralladora BZ, dos metralletas UZI, dieciséis Mauser con dos mil cartuchos, dos aparatos de radio y otros elementos.

Coco llegó a las 8 de la mañana hasta nuestras posiciones para dar cuenta del resultado de la batalla. Inmediatamente Che ordenó que Marcos saliera por el camino de maniobras número 1, con el objeto de cortarle la retirada por detrás al ejército si éste avanzaba por el cañón del río tratando de llegar al campamento, y a Braulio lo envió con la retaguardia por el camino número 2 para impedir que saliese del cañón. El centro atacaría desde las posiciones que ya estaban ocupadas. Che me ordenó interrogar a los prisioneros y presentarme como jefe. Esta misión la cumplí durante todo el transcurso de la guerra.

El mayor Plata, jefe de las fuerzas prisioneras, lloriqueó largamente mientras los soldados nos pedían que lo fusiláramos por lo malos tratos y los abusos que cometía. Por encargo del Che le dije que todos los prisioneros quedarían en libertad, que les dábamos plazo hasta el 27 a las 12 del día para retirar a sus muertos. Muy asustado manifestó que se retiraría del ejército. Nos dio una serie de datos importantes sobre las operaciones que se estaban realizando. Por ejemplo, nos dijo que ese ataque estaba programado junto con un bombardeo que se iniciaría al mediodía. Ellos debían dejar señaladas sus posiciones con el objeto de que no sufrieran bajas. La emboscada los hizo perder contacto radial e impidió que la aviación actuara. En realidad, el bombardeo se realizó al día siguiente. El capitán Silva, otro de los prisioneros, también habló mucho informando que había reingresado al ejército por petición

del PCB, que tenía un hermano estudiando en Cuba, y luego dio los nombres de otros dos oficiales que podían ser posibles colaboradores.

Les quitamos toda la ropa a los prisioneros, excepto a los dos oficiales, que conservaron sus uniformes, y les dimos nuestras vestimentas civiles que estaban guardadas en las cuevas.

También curamos a los heridos y les explicamos a los soldados los objetivos de nuestra lucha. Ellos nos contestaron que no sabían por qué los habían mandado a combatirnos, que estaban de acuerdo con lo que nosotros decíamos y nos reiteraban la petición de fusilar al mayor Plata, oficial que tenía una actitud déspota en la unidad pero que ahora, delante de la tropa, se comportaba como un cobarde. Les explicamos que nosotros no matábamos a enemigos desarmados y tratábamos a los prisioneros como seres humanos con dignidad y respeto.

Los días siguientes a la emboscada fueron de euforia, presión y alegría, porque se iniciaba una etapa histórica con una fuerza combativa pequeña, pero con la moral muy alta. Además, el resonante y sorpresivo triunfo revelando la presencia de un foco guerrillero, acaparaba el primer lugar de las noticias que escuchábamos por radio. La presión era producto de la presencia de los dos visitantes: Régis Debray y Ciro Bustos (el Pelao). Tania había sido detectada y forzosamente tenía que quedarse con nosotros hasta esperar una oportunidad adecuada para que saliera con la más absoluta seguridad. El Chino, que también había quedado como visitante, decidió quedarse como combatiente, pero Debray y Bustos debían salir en el menor tiempo posible. En una reunión realizada el 27 de marzo, Che planteó que las tareas inmediatas eran:

1. Sacar a los visitantes por un camino seguro, cercano a la ciudad.
2. Esconder todo el armamento y materiales que habían caído en nuestro poder después de la primera emboscada más algunas cosas nuestras, para lo cual era necesario abrir otra cueva estratégica, labor que estaría a cargo de Moisés Guevara.

3. Enviar diez hombres a buscar maíz a la finca, tarea que debían realizar con mucho cuidado para evitar que el ejército los sorprendiera.

Al día siguiente, cuando nuestros hombres fueron a la finca a buscar el maíz se encontraron con que la cueva táctica había sido revisada por el ejército. Sorpresivamente llegaron también siete funcionarios de la Cruz Roja, varios soldados sin armas y dos médicos. Más tarde apareció un camión lleno de soldados, pero nuestros compañeros les ordenaron retirarse, orden que el ejército cumplió obedientemente.

Estos acontecimientos se producían 24 horas después del plazo que les habíamos dado para que recogieran sus muertos, lo que demuestra la desmoralización que había en sus filas y el respeto a nuestros hombres.

Mientras tanto Debray planteó que para él era un deber moral integrarse a nuestro núcleo guerrillero. El famoso autor de *Revolución en la Revolución*, conocido entre nosotros como Dantón, quería demostrar que no era un simple teórico sino también un hombre de acción.

Che nos explicó que en esas circunstancias el filósofo francés era más necesario fuera que dentro. Dantón podría servir para dirigir un gran movimiento de solidaridad con nuestro foco, obtener declaraciones de intelectuales, reunir dinero, hacerse cargo de la propaganda, etc. Por lo escueto y personal, el *Diario del Che* no refleja la opinión cabal que tenía sobre Debray, hombre al que estimaba mucho y le concedía gran valor intelectual. Che le dijo que en ese momento debería salir y que más tarde tendría suficiente tiempo para realizar su experiencia guerrillera. Con el objeto de sacar a los visitantes y cambiar nuestra zona de operaciones, conforme a los planes trazados previamente por Ramón, nos dirigimos a Gutiérrez, aquí también había tropas, por lo que decidimos regresar a Ñancahuazú, luego de la fuga de uno de los pobladores que, supimos, informaría nuestra presencia al ejército.

En Iripití nos juntamos con la retaguardia que estaba al mando de Rolando y con el personal enfermo en el que estaba Joaquín. Ahí acampamos y se iniciaron las exploraciones para dirigirnos nuevamente a Gutiérrez, lugar que parecía más indicado para evacuar a los visitantes.

Iripití fue el escenario de nuestro segundo combate y la tumba de nuestro primer compañero caído en combate, el Rubio⁵⁰, José Suárez Gayol, un hombre de magníficas condiciones humanas, excelente compañero, con una moral sencilla y valiente; viceministro del Azúcar, dejó todo, familia, honores, para incorporarse a nuestra lucha.

A las 10 de la mañana del 10 de abril, nuestra retaguardia, que estaba emboscada, avistó una patrulla del ejército de varios hombres. La dejó avanzar hasta una distancia prudente. Veinte minutos más tarde comenzaba el combate con un saldo de tres muertos, un herido y siete soldados capturados. En nuestro poder cayeron también seis fusiles garand con una carabina M-1 y cuatro fusiles mauser. Por nuestra parte perdimos al Rubio.

Cuatro soldados escaparon. Por esta razón Che ordenó adelantar la emboscada, esperando que el ejército enviara refuerzos de tropa a investigar lo ocurrido.

Nuevamente me tocó interrogar a los prisioneros. Ellos nos dijeron que formaban parte de una compañía que estaba río arriba en Ñancahuazú, que había atravesado el cañón, recogido sus muertos y tomado el campamento.

Tal como se pensaba, una compañía de aproximadamente ciento veinte hombres al mando del mayor Sánchez entró en nuestra emboscada. A las 17.10 empezó de nuevo el combate con una victoria para nosotros, y un saldo negativo para el enemigo de siete muertos, seis heridos y trece prisioneros, incluyendo al jefe de la columna. Además ocupamos una browning, un mortero, quince granadas, 4 M-3, 3 M-1 y cinco mauser.

Inexplicadamente, esta columna entró confiada a nuestra emboscada sin tomar ninguna medida de seguridad. Cuando se les abrió fuego trataron de buscar protección. Como no encontraron

dónde cubrirse se dispersaron y el resto de la tropa huyó, internándose en el monte. Comenzamos entonces una persecución con tiros esporádicos contra los soldados. En ella Coco apresó al mayor Sánchez⁵¹, al que Rolando, que estaba cerca, conminó a que diera la orden de rendición a su tropa. Sánchez ordenó a su gente que se retirara.

El mayor Sánchez pensó que lo íbamos a fusilar; cuando lo interrogué me pidió por favor que se le permitiera enviar un recado a su esposa con uno de los soldados. Como lo había hecho anteriormente con el cobarde mayor Plata, le dije al mayor Sánchez que era norma nuestra respetar al enemigo vencido, garantizarle su vida, curar a sus heridos y permitirle llevarse a sus muertos juntos con sus efectos personales. Le pregunté enseguida por qué había entrado tan confiado en el cerco, y contestó:

—Veníamos a buscar a nuestros muertos y a investigar lo ocurrido. Como nos han enseñado que el guerrillero da un golpe y se retira no nos imaginamos que ustedes estaban aquí de nuevo esperándonos.

La respuesta del mayor Sánchez es una lección para las fuerzas guerrilleras. No debemos regirnos por esquemas, debemos crear siempre, desconcertar al enemigo.

En la mañana siguiente pusimos en libertad a los prisioneros y les permitimos llevarse a los muertos y heridos de ambas batallas. También les concedimos una tregua de 24 horas.

El interrogatorio hecho a los prisioneros nos había llevado a la conclusión de que las tropas que cerraban el Ñancahuazú arriba, eran las que se habían desplazado hasta la casa de Calamina. Por lo tanto, el camino a Muyupampa estaba expedito. Como ya estábamos detectados en la zona de Iripití, Ramón cambió de itinerario y en lugar de partir hacia Gutiérrez iniciamos la marcha hacia Muyupampa, siempre con el objetivo de sacar con seguridad a Debray y Bustos.

La Muerte de Rubio conmovió a todos. Yo había visto que él ocupaba una mala posición, pues era visible desde el río. Por eso le sugerí que la corriera. Cuando lo fueron a ver luego del tiroteo de la emboscada de la mañana, tenía una bala en la cabeza; murió

a los pocos instantes. Fue su primer y único combate. Che hizo un emotivo acto de recordación resaltando que la primera sangre caída era cubana, por lo que era necesario más que nunca integrarse con afecto a eliminar cualquier tendencia chauvinista.

El 17 de abril nos quedamos esperando que avanzara el ejército, después que un campesino se escapó. No sucedieron acontecimientos guerreros. Ese mismo día “El Pelao” habló con Pombo y le planteó que estaba muy inquieto por sus hijos, que no les había dejado recursos económicos para subsistir y que tenía que cumplir otra serie de misiones en Buenos Aires. Le solicitó también que la salida no se realizara por un lugar donde la guerrilla hubiese operado para no llamar la atención del ejército. Pombo le contestó que no había por qué agitarse y que esperara tranquilo el momento oportuno. Ya se notaban en él los primeros síntomas de desesperación.

En lo sucesivo es necesario mencionar una serie de fechas, pues se producen hechos que tienen una secuela de consecuencias posteriores. Ese mismo día Che dio orden a Joaquín que se quedara con cuatro hombres considerados “resacas” y agregó al grupo a Moisés Guevara, Alejandro y Tania, estos últimos en calidad de enfermos. Moisés había sido afectado por un fuerte cólico hepático y Tania junto con Alejandro tenían el cuerpo hinchado y fiebre que oscilaba entre 38 y 39 grados. Joaquín debía esperar por la zona, maniobrar pero sin chocar frontalmente con el ejército. Como se puede apreciar, se preveían dos cuestiones: nuestro pronto regreso (tres a cinco días) después de evacuar a los visitantes y la posibilidad de reintegrar a la escuadra del centro que mandaba el Che, de cuatro compañeros: los tres enfermos más el médico — Negro — que se había quedado con ellos. Éste fue, sin embargo, el último contacto que tuvimos con la retaguardia por una serie de factores que narraremos más adelante. Debemos destacar que siempre, en toda oportunidad, tratamos de ubicar a estos compañeros: incluso pensamos que Joaquín iría al Rosita, región que habíamos explorado en febrero-marzo y que era uno de los lugares de maniobra que el Che había dado a conocer al jefe de la retaguardia. Nosotros sabíamos

que Joaquín no tenía fuerza combativa con cuatro hombres/resacas, tres enfermos de consideración y sólo diez compañeros que tenían que llevar todo el peso de las operaciones, de manera que nuestro afán por contactar con él fue permanente.

El día 18 fue de caminata y exploración. Además, detuvimos algunos campesinos para que nos vendieran alimento y nos entregaran información. Al día siguiente se produjo otro acontecimiento novedoso: llegó hasta nosotros el periodista anglo-chileno George Andrew Roth⁵², guiado por unos muchachitos del lugar donde se había quedado operando Joaquín. El periodista nos pareció sospechoso. Su pasaporte tenía tachada la profesión de estudiante y cambiado por la de periodista, aunque él decía ser fotógrafo profesional que trabajaba como *freelancer* para algunas publicaciones extranjeras. También tenía documentos como instructor de los Cuerpos de Paz, visa de Puerto Rico. Además, en su libreta de apuntes traía un cuestionario de preguntas que, según él, tenían por objeto confirmar los rumores difundidos por el ejército de que el Che estaba con nosotros con el nombre de Ramón, además de la presencia de Tania y Debray. Estos informes los habían entregado los delatores.

Nuevamente me correspondió interrogar al prisionero. Contó que había estado con el Ejército de nuestro campamento, y que incluso se había encontrado un diario de Braulio, donde se decía que Ramón era el Che. Roth y los muchachitos guías relataron luego que el Ejército estaba en Lagunillas y conocían nuestra presencia.

Le entregué a Roth una entrevista conmigo —el “jefe” de la guerrilla— que había sido redactada por Che y contenía un apretado relato de las acciones que habían ocurrido los días anteriores y los objetivos de nuestra lucha.

Che se quedó con Pombo, Tuma y Urbano, cerca de Muyu-pampa. Al llegar cerca del pueblo dejamos al Pelao, Debray y Roth. Régis me pidió encarecidamente que le dijera al Che que él salía en ese momento solo por no dejar abandonado a Bustos, quien se encontraba muy desesperado y con bastante miedo. A esas alturas el Pelao ya mostraba lo que sucedería en el futuro. Por eso no nos

sorprendió mucho que se convirtiera en eficiente colaborador del Ejército, identificara a los cadáveres de nuestros compañeros muertos e hiciera dibujos de nuestros rostros, además de entregar una serie de datos característicos.

El objetivo nuestro y la petición de los visitantes estaban cumplidos. Esa noche no quisimos tomar Muyupampa, porque nos informaron que el Ejército nos estaba esperando en el pueblo.

El día 20 fue de agitación, “parlamentarismo” y bombardeo. En nuestro viaje de regreso para juntarnos con Joaquín tratamos de conseguir alimentos, que ahora se convertían en un serio objetivo.

Llegamos a la casa de Nemecio Carballo, un hombre que la noche anterior nos había ofrecido café y había tenido una actitud amable con nosotros. Ahora no estaba. Se había ido dejando sólo a unos trabajadores que estaban muy temerosos. Les compramos algunos víveres y organizamos el almuerzo. Pasado el mediodía apareció una camioneta con una bandera blanca en la que venían un sacerdote, un médico y el subprefecto de Muyupampa. El cura era alemán. Nos traían en señal de buena voluntad algunas golosinas y cigarros. La delegación nos ofreció “paz de tipo nacional” y nos rogó que no atacáramos Muyupampa, porque el Ejército estaba atrincherado. “No queremos derramamiento de sangre”, reiteró.

Les contesté que no queríamos una “paz nacional” a menos que nos entregaran el poder, que era el objetivo de nuestra lucha como vanguardia de nuestro pueblo. Les pregunté cómo vivían los campesinos de los alrededores, cómo los explotaban y al médico le exigí datos sobre la mortalidad infantil. Como en toda Bolivia, el cuadro era allí deprimente. Les dije: ¿encuentran justa esta situación?, nosotros estamos peleando para que los pobres no sean más pobres y los ricos más ricos. Nosotros estamos combatiendo por el progreso del pueblo, para que no haya tanta hambre, tanta miseria. Especialmente el cura contestó en forma de crítica que con nosotros estaban participando extranjeros. Le repliqué que los pobres, que los revolucionarios de todos los países, teníamos derecho a unirnos para luchar contra un enemigo común que estaba unido antes que nosotros y que era cruel y fuerte, que esta situación

daba carácter internacional a la lucha y que por eso nuestro Ejército tenía abiertas las puertas a los patriotas de cualquier parte del mundo que quisieran participar con nosotros en la gran empresa de liberar a Bolivia (por instrucciones expresas del Che, yo no debía desmentir categóricamente la presencia de compañeros de otras nacionalidades, aunque tampoco había que confirmarla, pues él sabía que este diálogo sería publicado y difundido internacionalmente).

Finalmente les ofrecí una paz para Mayupampa con la condición de que nos trajeran, antes de las seis de la tarde, una camioneta de víveres y medicinas que necesitábamos. Por los mismos personajes nos informamos que Dantón, Roth y Bustos habían sido detenidos.

La delegación se retiró, pero en lugar de medicinas y alimentos llegaron los aviones a bombardearnos. Tres AT-6 dejaron caer sus cargas mortíferas cerca de la casita donde estábamos ubicados y una esquirla hirió levemente en un pie a Ricardo.

Esa noche salimos rumbo a Tichuca. Desde ese momento tratamos de ubicar a Joaquín y al mismo tiempo proveernos del máximo de alimentos. El día 22 tuvimos un breve choque con el ejército. En la mañana habíamos sorprendido al chofer de una camioneta de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) que estaba examinando nuestras huellas acompañado por un campesino que había delatado nuestra presencia. Los apresamos. Enseguida nos emboscamos para detener los otros vehículos y golpear al ejército si se acercaba hasta nuestras posiciones. Sólo logramos conseguir alguna mercancía y plátano de un camión que cayó más tarde. A las 8 de la noche, cuando estábamos listos para partir, se sintió un breve tiroteo. Era Ricardo que sorprendió a un grupo de soldados y a un guía que llegaban a un firme para enseguida caer sobre nosotros. No supimos si habíamos ocasionado bajas al enemigo. En esa oportunidad se nos perdió el Loro Vásquez.

Nuestros hombres estaban emboscados y Rolando había dado orden de abandonar las posiciones a las 18.30 horas. Después de ese plazo le esperaron un largo rato pero no apareció. Días más

tarde la radio anunció que había sido capturado herido. Luego se difundió su "fuga" del hospital de Camiri. Algunos periodistas han divulgado la idea de que el Che lo envió en una misión solitaria. Esto es absolutamente falso.

Nunca supimos qué había pasado con él. El mismo Ramón explica en su Diario que el saldo es "negativo", entre otros factores, por la "pérdida (aunque espero que transitoria) de un hombre...". Antecedentes que hemos recogido con el tiempo nos permiten conocer, sin embargo, que el Loro murió como un valiente.

Herido, fue bestialmente torturado por los esbirros del presidente Barrientos. Como no le pudieron sacar ni una sola confesión que nos delatara, se lo llevaron en un helicóptero y lo tiraron vivo en medio de la selva. Lorito fue un hombre valiente, audaz, leal. Fue uno de los cuatro que trabajó incansablemente en la preparación previa al foco.

Al día siguiente de ese pequeño choque, Ramón envió a Benigno y Aniceto⁵³ a una misión de cuatro días para buscar a Joaquín. Mientras tanto, nosotros seguimos en los alrededores, esperando el cumplimiento de esa misión. El 25 de abril tuvimos otra pérdida sensible: la de Rolando. Mientras estaba de posta Pombo y Eustaquio descubrieron una columna del ejército de aproximadamente treinta soldados. Luego regresó Eustaquio diciendo que no eran treinta sino sesenta. Che dispuso ocupar posiciones en forma rápida, pero nos vimos obligados a luchar en un lugar no apto para la emboscada. Rolando, que era un hombre de gran coraje, se puso en la posición más difícil a la salida de una cueva y tuvo que enfrentarse directamente con un ametralladorista que le disparó varias ráfagas. Un balazo le partió el fémur y todo el paquete vaso nervioso. A pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvarlo, se desangró rápidamente. Rolando, comisario político, hombre de apenas veinticuatro años de edad tenía un porvenir brillante. Era el más desarrollado política y militarmente de todos los compañeros que allí estábamos.

Esa fue la emboscada que dirigió personalmente el Che y que relata de la siguiente manera:

Al poco rato apareció la vanguardia que, para nuestra sorpresa, estaba integrada por los tres pastores alemanes con su guía. Los animales estaban inquietos pero no me pareció que nos hubieran detectado, sin embargo, siguieron avanzando y tiré sobre el primer perro, errando el tiro, cuando iba a darle al guía se encasquilló el M-2. Miguel mató otro perro, según pude ver sin confirmar, y nadie más entró en la emboscada. Sobre el flanco del ejército comenzó un fuego intermitente. Al producirse un alto mandé a Urbano para que ordenara la retirada pero vino con la noticia de que Rolando estaba herido, lo trajeron al poco rato ya exangüe y murió cuando se empezaba a pasarle el plasma.

La retirada fue lenta; nos preocupamos de salvar todas las cosas y enterrar a Rolando. Por la noche nos encontramos con Benigno y Aniceto que habían perdido las mochilas después de un breve tiroteo con el ejército. Eso determinó una nueva situación. Entre nosotros y Joaquín se interponían ahora los soldados y nuestras salidas naturales estaban bloqueadas. Por lo tanto había que tirarse hacia las montañas abriendo sendas y alejándonos un poco de Joaquín para tratar de llegar hasta su posición por otro lado.

Hasta ese momento el triunfo era neto para nuestras fuerzas. Debíamos lamentar la muerte de Rubio, Rolando y la desaparición del Loro. La moral estaba muy alta y la disposición combativa excelente; sólo se hacían denodados esfuerzos para tomar contacto con Joaquín y con ese propósito estábamos operando.

En mayo hubo tres batallas mientras dábamos vueltas por la zona realizando nuestro trabajo de persuasión campesina y la denodada búsqueda de Joaquín. Todas fueron victorias resonantes para nosotros, a pesar de que las radios y los partes oficiales inventaban "grandes bajas guerrilleras". La primera fue el 8 de mayo. Che había dispuesto una emboscada en Ñancahuazú, en nuestro campamento al que habíamos retomado. Estaba a cargo de Pacho. A las 10.30 de la mañana herimos a dos soldados que se internaron cuidadosamente. Luego de curarles sus heridas los dejamos prisioneros. A las 12 detuvimos a otros dos que venían desarmados

bajando por el Ñancahuazú. Los cuatro eran unos mentirosos redomados. Trataron de desinformarnos diciendo que habían salido a cazar pero a su regreso la compañía había desaparecido. Ahora la andaban buscando. Todo era falso, la compañía estaba situada más arriba.

La emboscada siguió a su puesto hasta que a las 7 de la tarde, cuando ya estaba oscureciendo, el ejército se asomó tomando muchas medidas de seguridad. Llegó hasta la entrada del cañón y se retiró, al parecer probando si se le disparaba o no. En una de estas oportunidades se internaron y cayeron en la trampa. El combate fue breve. En la acción cayó muerto el subteniente Laredo⁵⁴ junto con dos soldados. Tomamos seis prisioneros más, pero el resto del pelotón huyó. El saldo fue: tres muertos, diez prisioneros (dos de ellos heridos), siete M-1, mauser, equipo personal, parque y un poco de comida.

El subteniente Laredo tenía un diario de campaña y una carta de su mujer que nos causó tremenda sorpresa. En el diario, en la fecha marcada 1° de mayo, se refería a los trabajadores como holgazanes y otros adjetivos despectivos. En cuanto a su tropa, hablaba de la falta de moral combativa, mencionando a soldados que lloraban cuando se enteraban de la presencia cercana de guerrilleros. La carta de la esposa refería la preocupación que ella tenía por Laredo; pero luego hacía un agregado en el que más o menos decía lo siguiente: "nuestra amiga te pide que nos traigas una cabellera de guerrillero y yo te pido lo mismo para adornar el living de la casa".

Este episodio nos hace recordar los tristes y siniestros días del nazismo y la profunda brecha que existía entre la conducta o el ánimo del ejército respecto a los guerrilleros, que contrastaba con el trato digno y humano que nosotros dimos a los prisioneros.

La carta y el diario causaron conmoción y repudio entre nosotros.

El respeto del Che por la persona humana, independientemente de la conducta que ésta observara, se puso de manifiesto una vez más al decidir esperar una oportunidad adecuada para devolver el diario del teniente Laredo a la madre de éste, puesto que el oficial

enemigo así lo hacía constar, como un deseo expreso, si llegaba a morir en combate o era capturado por nosotros. El diario de Laredo permaneció en la mochila del Che hasta la emboscada del Yuro el 8 de octubre.

El segundo combate del mes de mayo fue el día 30. Habíamos llegado a la línea del ferrocarril a Santa Cruz buscando el Michuri, siempre con el pensamiento puesto sobre Joaquín que, al parecer, se había movido hacia el norte. En un camino petrolero el Che dejó una emboscada mientras se realizaba una exploración en un jeep que se había requisado a YPF. A las tres de la tarde se produjo el choque. Nuevamente dimos un golpe: tres soldados muertos y uno herido. Al día siguiente cerramos el mes de mayo con otro triunfo, aunque menor de lo que esperábamos: dos camiones del ejército que avanzaban por el camino fueron atacados por nosotros. Uno huyó, pero destruimos otro. Pudimos provocar grandes bajas en sus filas si el Ñato, en su apresuramiento, hubiese disparado una granada con bala de guerra en lugar de hacerlo con bala de salva. Este incidente provocó una gran explosión que asustó a los militares. Afortunadamente el Ñato resultó ileso, aunque destruyó el tromblón del fusil.



La búsqueda de Joaquín

Los tres meses de operación militar significaron para nosotros un avance notable: habíamos ocasionado más de cincuenta bajas al enemigo entre muertos, heridos y prisioneros, incluyendo en la lista a tres oficiales de alta graduación. Habíamos ocupado gran cantidad de armamentos, parque, vestuarios y un poco de alimentos. Sin embargo, el balance más notable era la desmoralización y falta de combatividad de los soldados que contrastaba con la agresividad y temeridad de nuestros guerrilleros. Lamentábamos, sin embargo, la pérdida de Rubio y Rolando, el desaparecimiento del Loro y la falta de contacto con nuestra retaguardia y la ciudad.

En estas circunstancias iniciamos nuestro octavo mes en las montañas de Bolivia y el cuarto de combates sostenidos. Pese a las dificultades, el hambre, las enfermedades, la falta de contacto con la ciudad y el hecho de no encontrar a Joaquín, nuestra moral era alta. La guerrilla era una fuerza agresiva, consciente de su poder y daba golpes tan fuertes al ejército que no le habían permitido reorganizarse, modificar su táctica ni replicarnos con agilidad.

Durante el corto transcurso de la guerra, el Che nos dio lecciones de solidaridad humana que se proyectaban incluso, frecuentemente, a los enemigos. Uno de estos hechos sucedió a principios de julio, precisamente el día 3. Estábamos todavía cerca del camino petrolero, donde habíamos chocado con el ejército. Los días anteriores buscábamos agua y comida y habíamos devorado un puerco que tenía sabor a manjar. Esa mañana, después de caminar por las márgenes de un arroyo, el Che ordenó una emboscada en el camino

mencionado, esperando que pasaran camiones del ejército. Pombo debía avisar con un pañuelo amarillo cuando el vehículo entrara a nuestro radio de fuego. Después de cinco horas y media de espera, pasó un camión militar y Pombo hizo la tan ansiada seña. Inexplicablemente para nosotros, el Che, que debía abrir fuego contra el vehículo para continuar nosotros disparando, no gatilló su M-2.

Más tarde, para que todos escucháramos, dijo: "Era un crimen dispararles a esos soldaditos".

La anécdota está redactada en su *Diario* como si fuera un hecho intrascendente. Dice:

A las 14:30 pasó un camión con chancos que dejamos pasar, a las 16:30 una camioneta con botellas vacías y a las 17 un camión del ejército, el mismo de ayer, con dos soldaditos envueltos en frazadas en la cama del vehículo, no tuve coraje para tirarles y no me funcionó el cerebro lo suficientemente rápido como para detenerlos, lo dejamos pasar.

Cuánta diferencia con los oficiales del ejército boliviano y con los propios soldados que asesinaron al Che y a los otros compañeros que cayeron con él en la Quebrada del Yuro. Tal vez los mismos que el Che consideró un crimen matarlos, fueron los que algunos meses después se retrataron sonrientes junto a su cadáver.

La mayoría de los análisis que se hacen sobre el desarrollo de nuestra guerrilla son superficiales y muchas veces frívolos. No se ha investigado suficientemente su desarrollo o sencillamente se han tomado hechos aislados para combatir la teoría del foco.

A pesar de nuestras limitaciones por la búsqueda constante de Joaquín, lo que nos impedía movilizarnos hacia otras zonas más convenientes para que nosotros operáramos, pudimos confirmar que la convivencia con los campesinos lógicamente tendría que ser favorable para nosotros. Lo pudimos comprobar con Moroco, un pequeño poblado en las márgenes del río. Allí llegamos el 19 de junio y ocurrieron hechos que es necesario examinar con detenimiento,

pues dan un índice de lo que significa la permanencia de las fuerzas guerrilleras entre la población.

Como era natural, al principio la acogida fue fría. Incluso hubo una mezcla entre curiosidad y desconfianza. Ese mismo día llegaron al poblado tres individuos armados con revólveres y fusiles mauser que dijeron ser comerciantes en chanchos. No hicimos reuniones ni el mitin que se acostumbra en estos casos para informar a los pobladores de nuestros principios y pedirles su incorporación o solidaridad. Sencillamente nos dedicamos a charlar con ellos, pedirles datos sobre caminos, trillos, antecedentes sobre otros vecinos, etc. Esta conducta familiar nos permitió captar valiosos amigos y allí se produjo nuestro primer reclutamiento: Paulino⁵⁵, un muchacho campesino que tenía allí su familia y conocía toda la zona. A pesar de su juventud (tenía alrededor de 22 años) estaba afectado por la tuberculosis, producto de la mala alimentación y de la vida miserable que llevaba en esa región.

Al día siguiente se produjo un acontecimiento espectacular: Paulino nos informó que los tres “comerciantes” no eran tales, sino espías que enviaba el ejército para realizar labores de inteligencia. La valiosa información de Paulino, que a su vez la había recibido de su novia, otra muchacha del poblado, nos permitió detenerlos. Fue una colaboración sumamente importante que nos mostraba las ricas perspectivas que existen cuando el contacto con los campesinos es prolongado. Paulino continuó posteriormente con nosotros y fue enviado a Cochabamba llevando algunos mensajes, que no llegaron a su destino porque el ejército detuvo al muchacho.

En ese mismo lugar el Che trabajó como dentista y se sacó el cariñoso apodo de Fernando el Sacamuelas.

Nuevamente empezamos a buscar Río Grande y posteriormente la desembocadura del Rosita para llegar al Samaipata, donde pudiera estar Joaquín, ya que el Che le había comunicado que ésta era una zona probable de operaciones. Sorpresivamente el día 10 una escuadra nuestra compuesta por Coco, Ñato, Pacho y Aniceto, tuvo un choque con el ejército. El acontecimiento se desarrolló así: los cuatro compañeros llevaban la misión de llegar a la casa de un

campesino para buscar alimentos e información, cuando se encontraron inesperadamente con los soldados que avanzaban por las márgenes contrarias del río. Inmediatamente se intercambió un tiroteo nutrido con un inmenso gasto de parque por parte de los nuestros. Posteriormente se retiraron Ñato y Aniceto y luego lo hicieron Coco y Pacho. No tuvimos noticias de bajas en las filas enemigas hasta que dos días después los noticiarios radiales anunciaban que habíamos matado a un soldado y herido a otro.

Aunque no habíamos sufrido ninguna baja, el ejército en sus partes oficiales anunciaba mi muerte y la de otros dos compañeros no identificados. Ésta era una simple maniobra de carácter psicológico para disminuir en parte el impacto de nuestros golpes, el efecto desastroso para ellos que estaba causando en la opinión pública. Por eso, mientras nosotros llegamos al nuevo Río Grande y luego al Rosita en busca de nuestra retaguardia con la cual habíamos perdido contacto desde hacía casi tres meses, el ejército desviaba una parte de sus recursos a las tareas represivas en las minas. Aunque no nos informamos por las emisiones bolivianas, que estaban censuradas, una radio argentina dio la noticia de la masacre de San Juan en las minas del siglo XX con un saldo de 87 víctimas. De esta forma, el gobierno lacayo del gorila Barrientos pretendía acallar el clamor de las peticiones obreras y los signos evidentes de apoyo de este sector hacia nuestra lucha. Esta acción demostraba, indudablemente, la debilidad del régimen. Nosotros adquiríamos más conciencia de que un grupo pequeño de hombres de vanguardia es capaz de destruir los cimientos de una sociedad corrompida en un tiempo infinitamente menor que todo el esfuerzo que emplean los politiqueros en conciliaciones, componendas y reformas sin importancia que frustran finalmente al pueblo.

En esta ocasión el Che hizo un llamado a los mineros (el comunicado N° 5) instándoles a unirse a la lucha guerrillera y explicando las verdaderas tácticas de lucha que debe adoptar el pueblo, ese manifiesto fue conocido sólo después de su muerte.

Dos días más tarde, el 26, chocamos nuevamente con el ejército. Estábamos acampados en Piray en las faldas del río Durán. El Che

había ordenado una emboscada mientras otro grupo de compañeros iba a buscar alimentos al pequeño pueblito de Florida. Alrededor de las cuatro y media de la tarde, envió de relevo a Pombo, Arturo, Antonio, Ñato y Tuma, con el objeto de que descansaran Miguel y la gente de la vanguardia. En los momentos de llegar se sintió un fuerte tiroteo. Tendidos en el área había cuatro soldados, aunque no todos estaban muertos. El ejército estaba desplegado al otro lado del río totalmente seco, ocupando buenas posiciones. El Che llegó a ocupar su posición de combate; se situó al lado de Benigno y dio orden de que los compañeros de relevo, que ahora se convertían en refuerzos, se colocaron en el flanco en que estaba Miguel. Sentimos unos gajos quebrarse, por lo que supimos que el ejército se estaba replegando. Un ruido de camión nos indicó que le llegaban refuerzos al enemigo. Inmediatamente se inició el tiroteo que nos sorprendió en una zona sin buena defensa. Pombo fue herido en un pie con una bala de ametralladora 30. Posteriormente, el Che dio la orden de retirada. Cuando se cumplían estas instrucciones se conoció la noticia de que Tuma había sido herido en el vientre. Rápidamente fue trasladado a una de las casas de Piray, a varios kilómetros de la emboscada. Moro lo anestesió y empezó la operación, pero Tuma o Tumaini, como le decíamos cariñosamente, no alcanzó al término de la intervención. Tenía el hígado destrozado y una serie de perforaciones intestinales.

Ése fue un día de dolor intenso para nosotros. Se perdía uno de los mejores compañeros, el más alegre, un combatiente ejemplar y querido. Sobre él escribió el Che:

Con él se me fue un compañero inseparable de todos los últimos años, de una fidelidad a toda prueba, y cuya ausencia siento desde ahora casi como la de un hijo. Al caer pidió que se me entregara el reloj, y como no lo hicieron al atenderlo se lo quitó y se lo entregó a Arturo. Este gesto revela la voluntad de que fuera entregado al hijo que no conoció, como había hecho yo con los relojes de los compañeros muertos anteriormente. Lo llevaré toda la guerra.

Pombo, que estaba herido, sintió la muerte de Tuma como si fuera el familiar más querido. Se habían prácticamente criado juntos, combatiendo juntos en la guerra de liberación de Cuba, habían participado juntos en el Congo y ahora la muerte los separaba en Piray.

Esa misma tarde se tomó prisioneros a dos nuevos espías, uno de ellos oficial de carabineros; luego de advertirles cuáles eran las normas de la guerra y de amenazarlos con una sanción severa si se les volvía a sorprender en esa actitud, fueron dejados en libertad, pero en calzoncillos. Por una mala interpretación de una orden del Che, en el sentido de que fueran despojados de todo lo que servía, se les quitó la ropa. Cuando el Che conoció esta acción se indignó, llamó a los compañeros que la habían realizado y les dijo que a los seres humanos había que tratarlos con dignidad, que no se les debía ocasionar humillaciones ni vejaciones gratuitas. A su lado estaba el cadáver de Tuma.

El mes de julio estuvo jalonado de acontecimientos guerreros, mientras, la crisis del gobierno del gorila Barrientos era aguda. Al mismo tiempo teníamos las primeras noticias de Joaquín a través de distintas informaciones radiales que anunciaban combates entre fuerzas guerrilleras y el ejército, lejos del lugar en que estábamos situados nosotros. Por esa razón decidimos dirigirnos a Samaipata, lugar que como habíamos anticipado estaba acordado como zona de operaciones con Joaquín. Nuestro plan inmediato era tomar el pueblo, incluido el cuartel de policía y comprar alimentos y medicinas, especialmente las que hacían falta al Che para el asma. Primero pasamos por Peña Colorada, una zona muy poblada que nos recibió con poco entusiasmo, y luego nos reagrupamos en Alto de Palermo. Para llegar a Samaipata decidimos apoderarnos de un vehículo adecuado. Paramos varios, pero uno intentó fugarse por lo que nos vimos obligados a dispararle a las gomas. Posteriormente partieron en un camión a cumplir esta misión Pacho, Coco, Ricardo, Julio, Aniceto y Chino.

Nuestra escuadra llegó primero a una pequeña fuente de soda donde tomamos unos refrescos. Dos carabineros que entraron a ver lo que sucedía fueron tomados presos y desarmados.

Más tarde llegó al lugar un teniente de apellido Vacaflor, que también fue tomado prisionero. Mientras el Chino, Julio y Aniceto se quedaban custodiando a los dos carabineros presos y cumplían el objetivo de buscar medicinas, el resto de la escuadra se dirigió con el teniente al cuartel para tomarlo. El oficial dio la contraseña y la puerta se abrió sin dificultad. Inmediatamente entraron Ricardo, Pacho y Coco capturando a algunos soldados, mientras otros hacían resistencia. Incluso uno disparó sobre Pacho, pero Ricardo que estaba atento lo salvó empujándolo. Este fue el único que presentó combate hasta lo último, por lo que fue necesario dispararle, muriendo inmediatamente.

Nuestro botín fue nueve soldados capturados, uno muerto, una ametralladora BZ-30 y cinco mausers. La acción se realizó en presencia de todo el pueblo y una cantidad de viajeros que se encontraban allí, de manera que tuvo una repercusión enorme. Los presos fueron dejados en la carretera a un kilómetro del pueblo. Además se compraron alimentos y se obtuvieron medicinas, aunque ninguna servía para el asma.

Entre el material que requisamos estaba un mapa con toda nuestra ruta trazada y se preveía una posible salida hacia la carretera. Después de esta operación relámpago nos retiramos. Los días siguientes caminamos en dirección a Florida. En el transcurso de la marcha escuchamos por radio la noticia de dos acciones guerreras: una en el Dorado entre Samaipata y Río Grande y otra en Iquira. En ambas se anunciaba que por parte nuestra habían ocurrido bajas. Inmediatamente nos dimos cuenta de que el grupo que estaba combatiendo era el de Joaquín. Paralelamente las emisiones anunciaban una crisis que afectaba la base de sustentación política del gobierno, con el retiro del PRA y del PSD del llamado "Frente de la Revolución", que sostenía al gorila Barrientos. Al mismo tiempo se escucharon unas lastimeras declaraciones de éste rogando que lo dejaran terminar su período presidencial. Fue en ese momento

cuando el Che dijo, conversando con un grupo de nosotros, que era una lástima que no hubiese cien hombres más en la guerrilla, para acelerar la descomposición del régimen.

Al terminar el mes escuchamos noticias de otras dos acciones militares de Joaquín, y al mismo tiempo chocamos dos veces con el ejército. El 27 estábamos preparándonos para buscar un camino que eludiera a Moroco donde, según las informaciones que nos habían dado campesinos, había gran cantidad de soldados, cuando Willy⁵⁶ anunció que un grupo de soldados estaba entrando en la emboscada que teníamos tendida. En ese lugar se situaron Chapaco⁵⁷, Willy, León⁵⁸, Arturo, Ricardo, Chino, Eustaquio⁵⁹, Aniceto y yo. Los soldados caminaban lentamente y casi con descuido. Hicieron algunas señales y luego dispararon tres tiros de mortero. Como no hubo respuesta siguieron avanzando. Eran solamente ocho porque el resto se había quedado rezagado. Cuando estuvieron cerca disparamos matando a cuatro de ellos. El resto huyó por el monte. Inmediatamente organizamos nuestra retirada sin quitarles las armas ni el equipo porque esto significaba arriesgar innecesariamente a hombres nuestros y seguimos. Dos días más tarde volvimos a chocar, pero en condiciones diferentes. Estábamos en las márgenes del Rosita, a una hora de camino de la desembocadura del Suspiro. Eran aproximadamente las 4:30 de la mañana. El Che no había dormido en toda la noche afectado por el asma. Miguel estaba despierto para hacer el cambio de posta y Moro calentaba café cuando éste último vio la luz de una linterna en la orilla del río. Moro preguntó:

— ¿Oiga, quién es?

Desde la orilla le contestaron:

— Destacamento Trinidad.

Che oyó todo el diálogo, pues estaba en la improvisada cocina. Inmediatamente nuestros compañeros dispararon. A Moro se le encasquilló el M-2, pero Miguel lo protegió con su Garand. El Che ordenó entonces la formación de una línea de defensa. Los soldados estaban ocultos en un pequeño barranco. Benigno les tiró una granada que cayó en el agua. El ruido de la explosión los asustó

de tal manera que corrieron despavoridos. Esto permitió que les disparáramos con facilidad. Miguel, que era hombre audaz, llegó hasta donde estaba uno de los soldados heridos, le quitó su M-1, su canana y lo interrogó logrando obtener valiosa información: eran vintiún hombres que se dirigían hacia Abapó, y en Moroco, el lugar que estábamos eludiendo, estaban apostados cincuenta soldados.

En esta emboscada cometimos varios errores: los caballos que teníamos se cargaron con mucha lentitud. Mas todo fue un exceso de confianza en nuestra capacidad y un desprecio hacia el poder del enemigo.

Un compañero se retrasó, probándose un par de botas nuevas. A otro se le cayó la carga de frijoles. Un caballo se espantó y se perdió con un mortero, algunos fusiles, ropa, etc. Así nos cogió la claridad. Los soldados se repusieron de la sorpresa, recibieron refuerzos de Moroco, se reagruparon y nos persiguieron. Cruzamos por un chaco donde estaba la hermana de uno de los campesinos que nos había ayudado. La mujer, con cariño y mucha serenidad a pesar del tiroteo que era intenso, nos informó que todos los campesinos de Moroco habían sido apresados y conducidos a La Paz. Nos vendió una lata de leche y nos ofreció gallinas. Actuaba con una tranquilidad pasmosa a pesar de que los soldados estaban ya cerca de nosotros y nos disparaban con fuego sostenido.

Al cruzar por uno de los vados, el caballo del Che resbaló y cayó, pero Coco, Julio y Miguel hicieron una línea de defensa para impedir que el ejército concentrara el fuego sobre él. Más tarde resbaló Julio, los soldados gritaban jubilosos:

—Lo tumbamos, lo tumbamos...

Nuestro grupo cruzó a todo galope el vado, pero no lo pudo hacer más tarde una parte de la vanguardia (Pacho, Aniceto y Raúl) y la retaguardia, donde estaba Ricardo.

Al cruzar el vado fue herido Ricardo. Pacho y Raúl se lanzaron al rescate. Raúl cayó muerto con un tiro en la boca y Pacho fue herido con un disparo penetrante en las nalgas que le comprometió levemente los testículos. Pacho se parapetó detrás del cuerpo ya sin vida de Raúl y logró silenciar una ametralladora. Arturo y otros

compañeros rescataron a Ricardo, lo colocaron en una hamaca, pero desgraciadamente el plasma se perdió en la mochila de Willy. A pesar de todos los esfuerzos que hizo el médico, Ricardo murió en la noche.

Dos nuevas bajas:

Raúl era un compañero muy callado, que nunca hacía preguntas, disciplinado, pero en general, no se destacaba del resto. El día del combate sorprendió a todos con su comportamiento temerario y heroico. Su magnífica y necesaria solidaridad con un compañero herido lo llevó a la muerte. El respeto que por él teníamos se acrecentó. Ricardo o Papi, como cariñosamente lo llamábamos todos, fue el hombre que tuvo el peso de la preparación previa del foco guerrillero. Querido por los compañeros bolivianos, respetado por los cubanos y peruanos que estaban combatiendo allí, no podíamos abandonarlo en un momento tan doloroso. Por eso, porque la guerrilla desarrolla hondamente los sentimientos fraternales entre los hombres, hubo actos de arrojo tan maravillosos para salvarlo como los de Raúl, Pacho y otros compañeros.

El mes de agosto fue el mes “malo” para nosotros. Nuevamente volvimos a las márgenes del Río Grande con la esperanza de encontrar a Joaquín. Las emisoras locales anunciaban cada vez con mayor frecuencia encuentros entre guerrilleros, que no éramos nosotros, y soldados. En este período pasamos mucha hambre y una sed torturante a tal extremo que algunos compañeros tomaron sus orines para saciarla. Esta acción les provocó una serie de trastornos intestinales. Para peor, Moro, nuestro médico, enfermó de lumbago, una afección tan dolorosa que prácticamente lo dejó inmovilizado. Por lo tanto hubo que prestarle a él los mayores cuidados.

Por otra parte, afloraron en Camba los primeros síntomas de cobardía y me planteó que quería abandonar la lucha pues “sus condiciones físicas no le permitían seguir”.

Agregó que no le veía mayores perspectivas a la guerrilla. El pretexto de su incapacidad física era falso, pues Camba había demostrado ser un hombre de mucha fortaleza. Simplemente tenía miedo, quería desertar. Las perspectivas negativas de la lucha eran

otro pretexto vergonzoso. Le comuniqué al Che esta situación y él conversó con Camba, advirtiéndole que no podía salir hasta que nuestra pequeña columna concluyera la ruta que ya se había dado a conocer. Camba aceptó.

El 26 tuvimos el único choque con el ejército durante ese mes. Teníamos planificada una emboscada en Río Grande, los soldados, que ya mostraban más preparación, se dividieron en dos grupos y tomaron una serie de precauciones que antes habían desestimado, por ejemplo, en la escuadra de siete hombres, cinco se colocaron río abajo y dos se dispusieron a cruzar frente a nosotros. Antonio, que estaba frente a la emboscada, se precipitó errando en el tiro. Los dos huyeron en busca de refuerzos y los otros cinco corrieron a saltos por la playa. Con Coco le propusimos al Che que nos dejara ir hasta la otra orilla y tratar de tomar prisioneros a los soldados, pero éstos se parapetaron y nos rechazaron.

Hubo días duros, tensos, de relajamiento de la moral, en los que se necesitaba una voluntad fuerte y una conducción política firme y respetada. Sin estas últimas condiciones la desintegración de nuestra columna era factible. Allí surgió una vez más, con toda su grandeza, el espíritu del Che, su carácter de jefe íntegro, indiscutido, seguro en el mando, claro de sus concepciones, rápido en sus decisiones, tajante para liquidar cualquier síntoma de descomposición, y decidido a llegar hasta el final en la defensa de sus ideales.

Nunca como entonces tuvo tanto valor histórico, preciso y categórico el llamado a definirse como hombre revolucionario:

Es uno de los momentos —dijo el 8 de agosto— en que hay que tomar decisiones grandes, este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres, los que no puedan alcanzar ninguno de los dos estadios deben decirlo y dejar la lucha.

Los hombres que continuaron la lucha a su lado no sólo acentuaron su cariño y admiración por este jefe excepcional, sino que además, se comprometieron, cualesquiera que fueran las

circunstancias, a vencer o morir por sus ideales, que en estos momentos catalizan a hombres y mujeres de todo el mundo.

Aunque lo ignorábamos en ese momento y sólo nos dimos cuenta días más tarde, todo el resto del grupo de Joaquín cayó en la emboscada del Vado del Yeso, el 31 de agosto, delatados en forma miserable por el campesino Honorato Rojas. El ejército esperó pacientemente que Rojas lo llevara hasta la trampa y cuando estaban vadeando el río, los asesinaron por la espalda. Allí se extinguió heroicamente la vida de Tania; la mujer, guiada por sus ideales revolucionarios y la admiración que tenía por el Che, trabajó pacientemente dos años en Bolivia preparando el terreno para nuestro trabajo final y luego empuñó el fusil para luchar por la libertad de nuestro pueblo. Tania, con la leyenda de mitos y realidades que mundialmente han tejido en torno a ella, entró en la historia continental como una heroína.

La muerte de Joaquín y de nuestra retaguardia que en sí era sólo una escuadra sin capacidad combativa por la forma en que estaba integrada, con la cual operamos sólo un mes y estuvimos separados cuatro meses, fue un golpe de suerte para el ejército. Uno o dos días antes de la emboscada nosotros, con el Che a la cabeza, llegamos hasta uno de los lugares donde había acampado este compañero; las huellas estaban frescas aún.

Los antecedentes que hemos reunido más tarde nos permiten conocer que Joaquín y su escuadra sufrieron indecibles penurias, hambre, angustia, nos buscaron tanto como nosotros a ellos. Sin embargo, nunca desmayaron, su moral se mantuvo alta, decididos a morir por nuestros ideales antes que entregarse, fieles a la consigna creada por el Che de ¡Victoria o Muerte!

Aunque sólo teníamos veintidos hombres, uno de los cuales —el médico— estaba en malas condiciones, Camba era un desertor que estaba aterrorizado y sólo nos acompañaba por la fuerza de las circunstancias, y León nada nos había dicho de que estaba “rajado”. Nuestro pequeño ejército se hacía respetar, mantenía su actitud agresiva y estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias.

El Che nuevamente reinició con fuerza su educación sobre nuestro grupo, especialmente para mejorar algunas debilidades que se estaban notando. Sus charlas, retos, o “descargas”, como él las llamaba, tenían a veces el carácter de consejo de padre a hijo y en otras era enérgico y duro, como correspondía ante las circunstancias. También sabía ser tierno, especialmente cuando se acordaba de su familia o de los compañeros que formaron parte de su vida militar como Tuma o Rolando. Un día, acordándose de sus hijos, nos contó con un sentimiento de cariño y nostalgia la última conversación que había sostenido con su hija Celita. Próximo a partir definitivamente de Cuba, fue a su casa para ver por última vez a los niños y despedirse de ellos. Como es natural, iba “caracterizado” de Ramón, el hombre maduro con facha de comerciante que recorría buena parte del mundo burlando la vigilancia de la CIA. Su disfraz era tan bueno que no lo reconoció ni la posta que estaba en su casa ni su hija. El Che la tomó en sus brazos, después la sentó en las piernas y le acarició la mano. La niña le dijo a Aleida, su esposa que presenciaba la escena:

— ¡Mamá, este viejucu me quiere enamorar!

El Che no demostraba dolor cuando contaba esta anécdota, aunque su voz denotaba una gran ternura. Nosotros comprendíamos cuánto significaba para él esa frase de su hija querida, a la que ni siquiera le podía dar un adiós como lo hace cualquier padre en una situación similar.

La misma ternura demostraba para los compañeros guerrilleros; éstos retribuían su afecto y admiración sin dobleces como una entrega total. Precisamente por esos días, el Che se había autocastigado como ayudante de cocina, porque se le había mojado el fusil al cruzar un vado. Al cruzar de nuevo el Río Grande se le perdieron los zapatos. Inmediatamente el Ñato, que era hombre que resolvía todos los problemas menudos que se presentaban, le fabricó un par de abarcas⁶⁰ de cuero, enteramente cerradas. Estos zapatos caseros fueron los que despertaron curiosidad y comentarios el día de su muerte en el Yuro y luego en Vallegrande. Así impidió el Ñato que el Che caminara descalzo. Cualquiera de nosotros le habría dado los

zapatos, pero estoy seguro de que el Che habría rechazado violentamente este gesto. A su vez, el Che retribuía este afecto con una serie de actitudes que nosotros valorábamos. Por ejemplo, el 17 de septiembre, en los días que teníamos menos comida y nuestra situación no era buena, ordenó cocinar arroz, un plato de lujo, para celebrar el 22 cumpleaños de Pablito, compañero de gran valor y el más joven de todos los guerrilleros. Igualmente había celebrado el cumpleaños de Benigno el 6 de septiembre.

La emboscada de La Higuera

Septiembre fue mes de combates, de pérdidas humanas valiosas, de largas caminatas y privaciones, de promisorios contactos con los campesinos, de altibajos, en la moral de la tropa y en el que se empezó a vislumbrar la pérdida definitiva de Joaquín y su grupo.

El día 2 [septiembre] fue nuestra primera escaramuza, la cual pudo tener un saldo netamente favorable para nosotros si no ocurre un hecho que relataremos sólo con el objeto de transmitir experiencias que puedan servir en el futuro:

Chino estaba de posta con Pombo cuando vio un soldado a caballo. En lugar de disparar gritó:

— ¡Un soldado!

Naturalmente, el soldado fue alertado y disparó en forma instantánea hacia el lugar de donde había surgido el grito. Mientras Chino manipulaba su arma, Pombo fue más rápido y disparó varias veces, matando al caballo. El soldado huyó.

Al día siguiente una escuadra nuestra integrada por Benigno, Pablito, Coco, Julio, León y yo chocó con unos cuarenta soldados en el Masicurí, en la casa de un latifundista.

El encuentro ocurrió sorpresivamente. Estábamos discutiendo con el encargado de la casa y la mujer de éste cuando aparecieron los soldados. Al vernos se replegaron y tendieron un semicerco. Inmediatamente empezaron a dispararnos. Les replicamos con fuego sostenido y por lo menos vimos caer a uno de ellos. Sin embargo, no pudimos llevar alimentos y nos retiramos.

El día 6 [septiembre] —cumpleaños de Benigno— hubo otra escaramuza. Una patrulla casi nos sorprende por descuido de la vanguardia, pero después de un breve tiroteo no pasó nada y nos fuimos tranquilamente.

Los días siguientes fueron de caminatas constantes en las que observamos con preocupación que la enfermedad de Moro, nuestro médico, se agravaba constantemente y sufría de intensos dolores. El Che lo cuidaba con dedicación y se esmeraba en crearle las mejores condiciones para aliviar, aunque fuera levemente, su mal. Por otra parte, él mismo era aquejado por nuevos ataques de asma y carecía de medicinas para controlarlos.

El 22 de septiembre llegamos a Alto Seco, un velorio de unas cincuenta casas modestas con pésimas condiciones de higiene. Sin embargo, el pueblito tiene cierta importancia. En el centro hay una plazuela, una iglesia y una escuela; también tiene un camino de tierra por el cual pueden llegar algunos vehículos motorizados. Inmediatamente supimos que el corregidor había acudido presuroso a Valle Grande, a dar cuenta al ejército de nuestra presencia.

La reacción de la población fue interesante. Los habitantes no se retiraron del lugar. Lentamente se fueron acercando a nosotros, con gran desconfianza. Su temor, porque existía temor, no era a los guerrilleros propiamente, sino a la perspectiva de que se combatiere en el pueblo o las represalias que pudiera tomar el ejército contra sus habitantes.

Es preciso destacar que por primera vez se realizó un mitin en el local de la escuela, a la que acudieron asombrados campesinos que guardaron silencio y escucharon con atención. El primero en hablar fui yo. Explicué cuáles eran nuestros objetivos, les recalqué sus duras condiciones de vida, el significado de nuestra lucha y su importancia para el pueblo, ya que de nuestro triunfo dependía que la suerte de ellos cambiara positivamente. Por primera vez habló también a los habitantes del lugar el Che, aunque nadie lo reconoció. El Che explicó el abandono en que permanecía el pueblo, la explotación de que eran víctimas los campesinos del lugar, y dio

varios ejemplos. Entre ellos destacó que Alto Seco sólo tenía un pozo antihigiénico para abastecer de agua a los vecinos.

Acuérdense —les dijo— que después de nuestro paso por aquí, recién se acordarán las autoridades de que ustedes existen. Entonces les ofrecerán construir algún policlínico, o mejorar algunos aspectos. Pero ese ofrecimiento se deberá única y exclusivamente a la presencia nuestra en esta zona y, si alguna obra realizan, ustedes sentirán, aunque indirectamente, el efecto beneficioso de nuestra guerrilla.

Éste fue el único mitin que realizamos en toda la guerra; nuestra propaganda en el campo la dieron nuestros exitosos combates; el trato permanente entre guerrilleros y campesinos hizo el resto.

En los días siguientes recorrimos Santa Elena y Loma Larga hasta llegar a Pujío, el 25. Nuevamente la curiosidad y desconfianza al principio, para luego recibir un trato cordial. La gente se nos acercó hasta tomar confianza con nosotros.

Dos hechos caracterizaban nuestra situación: Moro seguía mal y estaba muy débil. Camba estaba francamente “rajado”. En esta oportunidad el Che y yo hablamos con él para decirle que esa misma noche se afeitara, cambiara ropa, para que luego pudiera buscar una salida sin que lo detectara el ejército. Camba dijo que todavía no era necesario, y que seguiría con la columna hasta que cambiara de rumbo con el objeto de que él pudiera llegar con relativa facilidad a Santa Cruz. Esa noche dormimos a la vera del camino.

El camino entre Pujío y Picacho realizado en la madrugada del 26 lo hicimos sin inconvenientes. La población nos trató bastante bien. Incluso dos viejitas campesinas invitaron a Julio y Coco a dormir en la casa y les regalaron varios huevos. Por razones obvias de seguridad, ambos compañeros no aceptaron tan acogedor y generoso ofrecimiento. Estos actos de solidaridad, indudablemente, confortaban. Demuestran también que el campesino no es tan impermeable en su trato con el guerrillero y que con una

labor regularmente sostenida, es fácil captarlo y movilizarlo como auxiliar importante en las tareas hasta su total integración.

Muy temprano llegamos a Picacho. La población estaba de fiesta y nos trató bastante bien. Nos invitaron chicha y algunos bocados; menudearon los abrazos para despedirnos; el Chapaco⁶¹ dijo algunas palabras en un brindis.

Decidimos seguir la marcha. Nuestro próximo punto era La Higuera. Como era de esperarlo, nuestra presencia estaba totalmente detectada. Coco incautó un telegrama que había en casa del telegrafista, donde el subprefecto de Valle Grande comunicaba al corregidor de ese lugar la presencia de fuerzas guerrilleras en la zona. Pocos minutos más tarde se libraría el más negativo de nuestros combates.

Durante los últimos días la enfermedad de Moro había recrudecido. El 26 su salud continuaba siendo mala, y ésta era otra de las preocupaciones más serias del Che. Tal vez era la presión más grave, puesto que las noticias de las emisoras sobre Joaquín, aunque todavía fragmentarias, permitían suponer que el grupo estaba definitivamente perdido. Ello significaba que terminaba la búsqueda en círculo y que la columna se desplazaría hacia otras zonas de operaciones.

A las 13 horas de ese día salió la vanguardia para tratar de llegar a Jagüey. Después de media hora, cuando el centro y la retaguardia se aprestaron para alcanzarlos, se escuchó fuego nutrido a la entrada de La Higuera.

El Che organizó inmediatamente la defensa del poblado para esperar a la vanguardia. Nadie dudó en ese instante que los nuestros habían caído en una emboscada, por eso esperamos nerviosos y tensos las primeras noticias. El primero en regresar fue Benigno, con un hombro atravesado por una bala, la misma que había matado a Coco. Luego lo hicieron Aniceto y Pablito, este último con un pie dislocado. También habían muerto en la emboscada Julio y Miguel.

El combate fue ligero y desigual. El ejército con un gran poder de fuego y un número aplastante de hombres había atacado sorpresivamente a nuestros combatientes en una zona sin ninguna

defensa natural, totalmente desprovista de vegetación; podía dominar, desde el firme en que se encontraba, una vasta extensión de terreno con armas de grueso calibre.

Miguel fue muerto casi instantáneamente, Coco quedó mal herido. El resto de los compañeros peleó heroicamente tratando de rescatarlo, dando una hermosa prueba de solidaridad. Cuando Benigno arrastraba su cuerpo sangrante, una ráfaga de ametralladora lo remató y una de las balas hirió a Benigno; otro rafagazo mató a Julio.

Coco y yo éramos —si así cabe decirlo— más que hermanos. Camaradas inseparables de muchas aventuras, juntos militamos en el Partido Comunista, juntos sentimos el peso de la represión policial en muchas oportunidades y compartimos la cárcel, juntos trabajamos en Tipuani, juntos recorrimos el Mamoré, aprendimos agricultura y pasamos largas jornadas cazando caimanes, juntos ingresamos a la guerrilla. En esta nueva aventura no lo veré a mi lado pero siento su presencia, exigiéndome cada vez más.

Un día, conversando en el monte, a propósito de la muerte de Ricardo que produjo un fuerte impacto en su hermano Arturo, Coco me dijo:

—No quisiera verte muerto, no sé cómo me comportaría. Afortunadamente creo que si alguien muere primero, ése seré yo...

Coco era un hombre muy generoso, capaz de emocionarse y llorar como un hombre por un ser querido, como lo hizo el día que murió Ricardo.

Yo no lo vi morir. Tampoco derramé una lágrima; por una cuestión de carácter me cuesta mucho llorar. Pero no por eso el dolor, el sentimiento y el afecto por un hombre tan querido son menos intensos. Coco, Julio y Miguel, compañeros de jornadas heroicas, alcanzaron el escalón más alto de la especie humana y se graduaron de hombres y de guerrilleros, como lo hicieron antes Joaquín, Tania, Rolando, Marcos, Tuma, Rubio, Aniceto y tantos otros compañeros queridos.

Por eso el Che, que no era partidario de prodigar elogios, dijo de ellos:

—Nuestras bajas han sido muy grandes esta vez; la pérdida más sensible es la de Coco, pero Miguel y Julio eran magníficos luchadores y el valor humano de los tres era imponderable.

El Yuro

La emboscada de La Higuera marcó una nueva etapa, angustiosa y difícil para nosotros. Habíamos perdido tres hombres y, prácticamente, no teníamos vanguardia. El médico seguía mal y la columna estaba reducida a sólo diecisiete guerrilleros desnutridos por la prolongada carencia de proteínas, lo que naturalmente, influía en la capacidad combativa. Definido ya el problema de Joaquín, los próximos pasos del Che se orientaban a buscar otra zona de operaciones donde el terreno nos fuera más favorable. Teníamos necesidad inmediata de contactarnos con la ciudad para solucionar problemas logísticos y recibir refuerzos humanos, puesto que nuestras fuerzas se habían desgastado sin que hubiésemos podido reemplazar a los hombres que habían caído. Sin embargo, era necesario romper dos cercos: uno que estaba rodando casi en nuestras propias narices y el otro que había dispuesto el ejército y que habíamos conocido a través de filtraciones periodísticas dadas a conocer por emisoras argentinas y chilenas. Para nadie era un secreto que nuestra presencia estaba claramente detectada y así lo anunciaban también las informaciones de carácter internacional, aunque las emisoras locales, silenciadas por el régimen, daban solamente una información muy general.

Entre el 27 de septiembre y el 1º de octubre permanecemos ocultos, aunque algunos compañeros realizaban exploraciones para buscar una salida adecuada por los "firmes", que nos permitiera eludir las fuerzas enemigas. Nuestra ración se redujo considerablemente y solo consistía en tres cuartos de una pequeña lata

de sardinas, y una cantimplora de agua para todo el día. Para peor el agua era amarga. Pero no había más y la mandábamos a buscar en la noche o cuando aún estaba oscuro en la madrugada. Dos compañeros cargaban todas las cantimploras, bajaban tomando todo tipo de precauciones y borraban los rastros.

Hasta el día 30 los soldados, en gran cantidad y perfectamente equipados, pasaban frente a nosotros sin detectarnos. El 1° de octubre empezamos a movernos con un poco más de rapidez, y después de varios días de privaciones comimos unas frituras que cocinó Chapaco; y el Che ordenó que se repartiera un poco de charqui frito. Para que el fuego no fuera detectado por los soldados lo protegimos con frazadas.

Las emisoras, por otra parte, empezaron a dar mayores informaciones entre las cuales resaltaban las delaciones de Camba y León que habían desertado el 26 y los cambios de los puestos de avanzada del Estado Mayor del Ejército. Nuestras caminatas se realizaban extremando las precauciones, aunque a veces pasábamos por lugares algo poblados a plena luz del día. Así llegamos al 8 de octubre.

La tarde anterior habíamos cumplido once meses desde que el Che ingresó al monte en Bolivia; hasta ese momento el balance no era precisamente desfavorable a nosotros. El ejército sólo nos había dado un golpe grave, el de La Higuera, que por otra parte, fue casual. Todo lo demás era un saldo positivo, puesto que, a pesar de lo reducido de nuestras fuerzas habíamos capturado cerca de un centenar de soldados, incluyendo oficiales de alta graduación, habíamos puesto fuera de combate a otra gran cantidad de enemigos y habíamos incautado diversas armas y mucho parque.

Era imprescindible, como nueva fase táctica, romper el cerco para llegar a la nueva zona de operaciones, donde podríamos dar combate imponiendo nuestras condiciones al enemigo, y al mismo tiempo, contactarnos con la ciudad, cuestión importante en este período para reforzar nuestra columna.

Cualquiera que lea *El Diario del Che*, aunque éstos solo son apuntes de tipo personal donde se reflejan más los aspectos

negativos con el objeto de analizarlos para corregirlos más tarde, se podrá dar cuenta de que en ningún momento denotaba desesperación o pérdida de fe, a pesar de los muchos momentos angustiosos por los que pasamos. Por eso, al resumir los once meses de operaciones el Che sintetiza su pensamiento diciendo que han pasado “sin complicaciones, bucólicamente”.

La madrugada del 8 de octubre fue fría. Los que teníamos chamarra nos la colocamos. Nuestra marcha era lenta, porque el Chino caminaba muy mal de noche y porque la enfermedad de Moro se acentuaba. A las 2 de la mañana paramos a descansar y reanudamos nuestra caminata a las 4. Éramos diecisiete figuras silenciosas que avanzábamos mimetizándonos en la oscuridad por un cañón angosto llamado El Yuro.

La mañana se descargó con un sol hermoso que nos permitió observar cuidadosamente el terreno. Buscábamos una cresta para dirigirnos luego al río San Lorenzo. Las medidas de seguridad se extremaron, especialmente porque la garganta y los cerros eran semipesados, con arbustos muy bajos, lo que hacía casi imposible ocultarse.

El Che decidió entonces enviar tres parejas de exploradores: una por el cerro hacia la derecha, integrada por Benigno y Pacho; otra por el cerro hacia la izquierda integrada por urbano y otro compañero, y la tercera hacia delante a cargo de Aniceto y Darío⁶². Pronto regresaron Benigno y Pacho; la información no resistía duda: los soldados estaban cerrando el paso. El problema era saber si nos habían detectado o no.

¿Qué perspectiva nos quedaba?

No podíamos volver atrás, el camino que habíamos hecho, muy descubierto, nos convertía en presas fáciles de los soldados. Tampoco podíamos avanzar, porque eso significaba caminar derecho a las posiciones de los soldados. Che tomó la única resolución que cabía en ese momento: dio orden de ocultarse en un pequeño cañón lateral y organizó la toma de posiciones. Eran aproximadamente las 8 y 30 de la mañana. Los diecisiete hombres estábamos sentados al centro y en ambos lados del cañón esperando.

El gran dilema del Che y de nosotros era saber si el ejército había descubierto nuestra presencia o si sus posiciones eran simplemente una maniobra táctica que correspondía al cerco que nos estaba tendiendo desde hacía varios días.

El Che hizo un análisis rápido: si los soldados nos atacaban entre las 10 de la mañana y la 1 de la tarde estaríamos en profunda desventaja y nuestras posibilidades eran mínimas, puesto que era muy difícil resistir un tiempo prolongado. Si nos atacaban entre la 1 y las 3 de la tarde tendríamos más posibilidades de neutralizarlos. Si el combate se producía de las 3 de la tarde hacia adelante las mayores posibilidades eran nuestras puesto que la noche caería pronto y la noche es la compañera y aliada del guerrillero.

A las 11 de la mañana, aproximadamente, fui a reemplazar a Benigno a su posición, pero éste no bajó y se quedó ahí tendido porque la herida en el hombro le había supurado y le dolía mucho. Definitivamente nos quedaríamos allí Benigno, Darío y yo. En el otro extremo de la quebrada estaban Pombo y Urbano y en el centro el Che con el resto de los combatientes.

Aproximadamente a las 13 y 30, el Che envió al Ñato y Aniceto a reemplazar a Pombo y Urbano. Para cruzar hacia esa posición debíamos atravesar un claro que era dominado por el enemigo. El primero en intentarlo fue Aniceto, pero una bala lo mató.

La batalla había comenzado. Teníamos la salida cerrada. Los soldados gritaban:

—Cayó uno, cayó uno...

En la misma garganta estrecha, en una posición que ocupaban los soldados, se escuchaba el tableteo regular de ametralladoras que, al parecer estaban cubriendo el camino por el que habíamos venido la noche anterior.

La posición nuestra quedaba frente a una fracción del ejército y a la misma altura, de manera que podíamos observar sus maniobras sin que ellos nos detectaran. Por eso sólo disparábamos cuando ellos hacían fuego, para no delatarnos. Por su parte, el ejército creía que los disparos nuestros sólo partían desde abajo, o sea, desde la posición en que se encontraba el Che.

La situación más difícil era la de Pombo y Urbano. Ocultos detrás de una roca recibían fuego ininterrumpido. No podían salir de allí porque al cruzar el claro podían liquidarlos con suma facilidad, como lo hicieron con Aniceto. Con el objeto de obligarlos a salir de esa trinchera natural, el enemigo les disparó un granadazo; la explosión levantó una gran polvareda que aprovecharon Pombo y Urbano. Con una velocidad impresionante traspasaron el claro mientras los soldados disparaban al bulto y gritaban agresivamente. Ambos llegaron justamente al lugar en que estaba Ñato esperando.

Los tres intentaron salir por un camino de retirada que nos había indicado previamente el Che para llegar a un lugar de reunión anteriormente acordado. Sin embargo, lograron vernos y captaron nuestras señales de que se quedaran donde estaban.

La batalla continuó sin interrupciones. Disparábamos sólo cuando ellos hacían fuego para no delatarnos y para ahorrar parque. Desde el lugar en que estábamos ubicados dejamos fuera de combate a varios soldados.

Anocheecía cuando bajamos a juntarnos con Pombo, Urbano y Ñato, y a buscar nuestras mochilas. Ya estábamos actuando en nuestro medio. Preguntamos a Pombo:

—¿Y Fernando?

—Nosotros creíamos que estaba con ustedes —nos respondieron.

Cargamos nuestras mochilas y nos dirigimos presurosos al lugar de contacto. En el camino encontramos botados algunos alimentos, entre ellos harina, lo que nos llamó profundamente la atención, porque el Che jamás permitió que se botara alimento; cuando hubo necesidad de hacerlo, la carga se ocultó cuidadosamente. Más adelante encontré el plato del Che, bastante pisoteado. Lo reconocí inmediatamente, porque era una vasija honda de aluminio bastante característica. Lo recogí y lo guardé en mi mochila.

No encontramos a nadie en el lugar de reunión aunque reconocimos las huellas de pisadas de las abarcas del Che, que dejaba una

marca bastante diferente a los demás y por lo mismo era fácilmente identificable. Pero esta huella se perdía más adelante.

Supimos que el Che y el resto de la gente se había dirigido hacia el río San Lorenzo como estaba previsto, con el objeto de ir internándose en el monte, lejos del alcance del ejército, hasta alcanzar la nueva zona de operaciones.

Esa noche caminamos los seis (Pombo, Benigno, Ñato, Darío, Urbano y yo) con una carga más liviana.

En el fondo de la quebrada habíamos botado algunas cosas que nos parecían innecesarias, para aligerarnos y marchar más rápido.

Mi mochila estaba abierta y faltaba la radio, era indudable que el que la sacó fue el Che antes de retirarse y era natural.

Hombre sereno, previsor, jamás organizaba una retirada sin planificar cuidadosamente. Por el contrario, en estos momentos de grandes decisiones, su figura de jefe y conductor militar y político se agigantaba. Por eso es obvio que la radio la sacó para escuchar las noticias ya que la información pasa a constituir un elemento muy importante en el monte.

Marchamos con sigilo. Ninguno ocultaba su inmensa preocupación por la suerte del Che y el resto de los compañeros.

Después de perder el rastro de nuestra gente volvimos a caer en La Higuera, lugar que nos traía recuerdos dolorosos que aún no se habían borrado. Nos sentamos casi al frente de la escuela del lugar. Los perros ladraban con persistencia pero no sabíamos si era delatando nuestra presencia o estimulados por los cantos y gritos de los soldados que esa noche se emborrachaban eufóricos.

Jamás nos imaginamos que a tan corta distancia de nosotros aún estaba allí herido, pero con vida, nuestro querido Comandante.

Con el transcurso del tiempo hemos pensado que, tal vez, si lo hubiésemos sabido, habríamos tratado de hacer una acción desesperada por salvarlo, aun cuando eso nos significase morir en la empresa.

Pero esa noche tensa y angustiada, ignorábamos absolutamente lo que había sucedido, y en voz baja nos preguntábamos si quizás otro compañero, además de Aniceto, había muerto en el combate.

Seguimos caminando, bordeando La Higuera sin alejarnos mucho y al amanecer, con las primeras luces del día, nos ocultamos en un lugar del monte muy poco denso. Habíamos decidido caminar solamente de noche puesto que el día era de vigilancia rigurosa.

El día 9 [octubre] fue tranquilo. Dos veces vimos pasar un helicóptero, el mismo que en esos instantes llevaba el cadáver aún tibio del Che, asesinado cobardemente por orden de la CIA y de los gorilas Barrientos y Ovando, pero nosotros no sabíamos nada.

No teníamos más comunicación con el exterior que un pequeño aparato de radio que era de Coco, pero ahora lo cargaba Benigno. Esa tarde Benigno escuchó una información confusa. Una emisora local anunciaba que el ejército había capturado gravemente herido a un guerrillero, que al parecer, era el Che. Desestimamos inmediatamente esta posibilidad, puesto que si hubiese sido, pensábamos, habrían hecho un gran escándalo. Pensamos que el herido podía ser Pacho y la confusión deriva de algún parecido que podría haber entre ambos.

Esa noche caminamos por quebradas infernales, riscos filudos empinados, que ni las cabras habían escogido. Pero Urbano y Benigno, con su sentido de orientación extraordinario y una decisión inquebrantable nos guiaban, sacándonos lentamente del cerco.

Avanzamos poco. El día 10 nos sorprendió en un lugar aún cercano a La Higuera y comentamos alegremente que el agua que estábamos tomando era la misma que más abajo tomaban los soldados. Otra vez estábamos esperando la noche para alcanzar el Abra del Picacho por donde pensábamos romper el cerco.

Aproximadamente a la una de la tarde Urbano escuchó una noticia que nos dejó helados: las emisoras anunciaban la muerte del Che y daban su descripción física y su indumentaria. No había posibilidad de equivocarse, porque señalaban entre su indumentaria las abarcas que le había hecho el Ñato, una chamarra que era de Tuma y que el Che se ponía para abrigarse en las noches, y otros detalles que nosotros conocíamos perfectamente.

Un dolor profundo nos enmudeció; el Che, nuestro jefe, camarada y amigo, guerrillero heroico, hombre de ideas excepcionales, estaba muerto. La noticia horrenda y lacerante, nos producía angustia.

Permanecimos callados, con los puños apretados, como si temiéramos estallar en llanto ante la primera palabra. Miré a Pombo, por su rostro resbalaban lágrimas.

Cuatro horas más tarde el silencio fue roto. Pombo y yo conversamos brevemente. La misma noche de la emboscada de El Yuro los seis nos habíamos puesto de acuerdo para que él asumiera el mando de nuestro grupo hasta que encontráramos al Che y al resto de nuestros compañeros. Era preciso, en este instante tan especial, tomar una decisión que honrara la memoria de nuestro querido jefe. Intercambiamos algunas opiniones y luego ambos nos dirigimos a nuestros compañeros.

Es difícil reflejar exactamente, en sus menores detalles, un momento saturado de tantas emociones, de sentimientos tan profundos, de dolor intenso y de deseo de gritar a los revolucionarios que todo no estaba perdido, que la muerte del Che no se convertía en panteón de sus ideas, que la guerra no había terminado.

¿Cómo describir cada uno de los rostros? ¿Cómo reproducir fielmente cada una de las palabras, de los gestos, de las reacciones, en aquella soledad impresionante, bajo la amenaza siempre permanente de una fuerza militar canibalesca que nos buscaba para asesinarlos y ofrecía recompensa por nuestra captura “vivos o muertos”?

Sólo recuerdo que con una sinceridad muy grande y unos deseos inmensos de sobrevivir, juramos continuar la lucha, combatir hasta la muerte o hasta salir a la ciudad, donde nuevamente reiniciaríamos la tarea de reestructurar el ejército del Che para regresar a las montañas a seguir combatiendo como guerrilleros.

Con voces firmes pero cargadas de sentimiento, esa tarde surgió nuestro juramento, el mismo que ahora cientos de hombres de muchas partes del mundo han hecho suyo, para plasmar en la realidad el sueño del Che.

Por eso, la tarde del 10 de octubre Ñato, Pombo, Darío, Benigno, Urbano y yo dijimos en la selva boliviana:

“CHE:

TUS IDEAS NO HAN MUERTO. NOSOTROS, LOS QUE COMBATIMOS A TU LADO, JURAMOS CONTINUAR LA LUCHA HASTA LA MUERTE O LA VICTORIA FINAL. TUS BANDERAS, QUE SON LAS NUESTRAS, NO SERÁN ARRIADAS JAMÁS. ¡VICTORIA O MUERTE!”



La ruptura del cerco

¿Por qué sobrevivimos a los cercos que se nos tendieron después del Yuro, con fuerzas inmensamente superiores a nosotros en número y armamento?

Muchos pueden pensar que sólo se debe a ese factor primario que se llama “instinto de conservación” o al ansia de continuar viviendo. Creo sinceramente que no fue sólo eso.

Es cierto que queríamos continuar viviendo, pero eso no era todo. Esencialmente éramos agresivos, estábamos dispuestos a dar combate en cualquier circunstancia, como lo hicimos siempre.

¿Era imposible entonces, romper el apretado cerco enemigo y regresar a la ciudad en busca de contactos para continuar la lucha?

La tarde del 10 de octubre, después que juramos no desertar jamás del proceso revolucionario, planificamos la ruptura del cerco y decidimos buscar al resto de los sobrevivientes. Por la radio nos informamos que el ejército sabía que sólo quedábamos con vida diez guerrilleros: nuestro grupo integrado por los seis ya mencionados y otro, cuya dirección de marcha no conocíamos, pero suponíamos, que era la misma a la de nosotros, integrado por Chapaco, Moro, Eustaquio y Pablito. En la identificación nuestra y en el dato del número exacto de los que quedábamos, colaboraron los desertores Camba y León.

Ya nos habíamos dado cuenta de la forma en que se extendía el cerco enemigo, sus características y la forma en que procedían los soldados. Por eso decidimos romperlo por la parte más abrupta. Infortunadamente el día 11 fueron muertos en la desembocadura

del río Mizque los compañeros Moro, Pablito, Eustaquio y Chapaco. Seguramente habían tomado la misma decisión nuestra, de no entregarse jamás; murieron combatiendo dignamente. Ellos habían escogido un rumbo contrario al nuestro (al sur) seguramente buscando también la ciudad. Sólo quedábamos nosotros.

Estábamos en malas condiciones físicas. Habíamos comido poco y realizado un gran esfuerzo en los días anteriores, al margen de lo que grandes tensiones también habían hecho efecto sobre nuestro organismo.

Volvimos a aligerar la carga. Ñato, que llevaba todo el instrumental médico, lo enterró, pues en el futuro no nos serviría y convirtió en olla la caja metálica que antes servía para esterilizar. La sopa de harina que cocinamos después de tantos días de privaciones sólo sirvió para “engañar a las tripas”, pero no reparó nuestras fuerzas.

Al comenzar la madrugada del 12 de octubre empezamos a marchar en dirección a un sector del cerco. A las 3 de la mañana cruzamos el camino de La Higuera al Abra del Picacho, el mismo que ya antes habíamos andado con el Che. Todo estaba silencioso. Cuando clareó ya estábamos al otro lado del Abra. Caímos cerca de una choza y decidimos llegar hasta allí para preguntar a sus moradores la ubicación exacta del lugar, reorientarnos, tratar de abastecernos de alimentos y continuar. Buscamos a los campesinos, pero no encontramos a nadie. Quedarse en la choza era demasiado peligroso, por lo que estimamos más conveniente ocultarnos en los espinales que rodeaban la casa.

Dos hechos totalmente antagónicos marcaron el transcurso del día. Un muchacho de unos doce años, muy despierto, nos identificó el lugar exacto donde estábamos, nos indicó la dirección del río, nos prestó una olla para cocinar y empezó a ordeñar una vaca para darnos leche. Desgraciadamente un campesino que pasaba por el lugar nos vio y corrió hacia el Abra a denunciarnos ante los soldados que en buen número se encontraban concentrados allí, como parte del cerco estratégico que habían tendido alrededor de nuestra mermada columna. Por nuestra debilidad física no pudimos

darle alcance. Tampoco quisimos dispararle, precisamente porque se trataba de un campesino.

En esta emergencia nos vimos obligados a partir inmediatamente, sin cocinar y sin esperar la leche. Caminábamos bordeando un arroyo muy encajonado que desemboca en el río San Lorenzo, cuando Urbano, que caminaba a la vanguardia, vio a los soldados que ya habían tomado posiciones. Provistos de todos los recursos técnicos se nos habían adelantado, y allí estaban esperándonos.

Urbano, de reflejos rápidos, disparó instantáneamente. Los soldados replicaron al fuego.

Esta fue la última vez que cargamos las mochilas; obligados por las circunstancias a eludir con rapidez al enemigo, sacamos solo la ración de azúcar y nuestras respectivas chamarras. El resto lo botamos.

Subimos por una empinada ladera, muy abrupta y peligrosa, para caer a otro lado del arroyo. Como ésa es una zona que sólo tiene árboles en las quebradas, nos vimos en la obligación de salir de cualquier manera para ubicar un lugar mejor. Nos arrastramos hasta llegar a una especie de “isla” de monte, con una superficie aproximada de 50 metros cuadrados. La situación era relativamente peor que la anterior, porque el pequeño campo estaba rodeado por pampas abiertas donde los soldados podían matarnos fácilmente. Nos ocultamos y guardamos silencio, esperando que no nos hubiesen detectado, hasta que cayera la noche para salir.

Algunos campesinos comenzaron a rondar la zona. El ejército nos empezó a cercar. Aproximadamente a las 16 y 30 horas del día 12 octubre, un círculo compacto de soldados estrechaba sus posiciones en torno a la “isla”. Era la mejor oportunidad para eliminarnos, pero la última palabra no estaba dicha.

Los seis compañeros resolvimos agruparnos en la parte más alta del pequeño bosque y responder al fuego enemigo sólo cuando estuviéramos seguros de dar en el objetivo. Los soldados empezaron a disparar, a insultarnos y a exigirnos la rendición. Nosotros nos manteníamos en silencio, atentos a las maniobras que ellos estaban realizando. Fueron momentos sumamente

difíciles. Pensábamos que había llegado nuestro último momento, de manera que nos preparamos para caer dignamente. En uno de esos instantes propuse enterrar el dinero que nos quedaba y los relojes para que no cayeran en poder de los soldados, pero Pombo con mucha seguridad, afirmó que el cerco se podía romper en la noche. Todos seguimos, entonces, con nuestras respectivas pertenencias.

El silencio desconcertó al ejército. Algunos soldados, reflejando su miedo, gritaban:

—Aquí no hay nadie, vámonos.

Otros nos insultaban.

Pronto se inició una nueva operación. Grupos de soldados empezaron a “peinar” la “islita”, tarea fácil si se consideraba su reducido tamaño. Cuando los tuvimos cerca, disparamos. Tres soldados y un guía cayeron muertos.

Las tropas se replegaron, pero enseguida nos empezaron a tirar rafagazos de ametralladora y granadas, pues ya estábamos ubicados. Pero también varió su tono insolente. Ahora ya no nos insultaban, sino nos gritaban:

—Guerrilleros, ríndanse. Para qué siguen combatiendo si ya murió su jefe...

Como había previsto Pombo, el fuego cesó apenas cayó la noche. Pero para desgracia nuestra apareció una luna hermosa, que derramaba su luz por todos los rincones. Intentar la salida en tales circunstancias era arriesgar demasiado.

Nos quedamos vigilantes. El frío que se descargó, con una inclemencia terrible, traspasaba la ropa y nos llegaba hasta los huesos. Titiritábamos mientras mirábamos el cielo, esperando que se ocultara la luna.

A las tres de la mañana las sombras se descongelaron por todo el sector. Éste era el momento que habíamos esperado con impaciencia. Nos arrastramos lentamente; para sorpresa nuestra los soldados se habían replegado un poco. Al parecer las cuatro bajas que habían sufrido en la tarde anterior los habían obligado a tomar precauciones. Pronto llegamos cerca de las posiciones enemigas.

Los puestos de los soldados estaban situados a una distancia de cinco metros entre ellos. El clima y la espera también los había afectado.

Seguimos avanzando cuando de pronto uno de los soldados, en lugar de dispararnos gritó:

— ¡Alto, quién anda ahí...!

Fue nuestra salvación. Nos lanzamos a una de las trincheras, matamos a dos soldaditos y nos quedamos ahí, reagrupados. Se generalizó un tiroteo intenso que duró aproximadamente quince minutos o más. Cuando terminó empezamos a salir. El cerco más cerrado que nos había tendido el ejército estaba roto.

Nuestra salida del monte ha servido para que escritores y periodistas divulguen historias fantásticas. Algún día, porque ahora no es el momento ya que perjudicaríamos a los campesinos que nos ayudaron, relataremos los detalles de esta acción que de verdad tiene aspectos increíbles y fascinantes. Bástenos sólo afirmar que sin esa solidaridad, nuestra supervivencia habría sido sumamente difícil.

A partir de la madrugada del 13 de octubre caminamos solamente de noche, tratando de eludir el contacto con la población, excepto en las ocasiones en que este contacto era imprescindible para adquirir alimentos o recoger información. Teníamos cierta desconfianza porque algunos campesinos —no todos ni la mayoría—, motivados por la recompensa de diez millones de bolivianos que se ofrecía por nuestras “cabezas”, como lo anunciaba la radio, corrían a denunciarnos a los soldados. Pero hubo muchos que nos ayudaron a salir de la zona neurálgica, nos guiaron hasta Valle Grande, nos proporcionaron alimento, nos dieron valiosa información y guardaron silencio a pesar de los golpes, las amenazas y hasta los robos de que fueron víctimas por parte del ejército.

Durante un mes caminamos buscando la carretera Cochabamba-Santa Cruz. El día 13 de noviembre intentamos nuestra primera salida seria de la ciudad. Ñato y Urbano llegaron hasta Mataral a comprar abarcas y ropas para cambiar nuestros raídos “trajes” y modificar nuestra apariencia patibularia. En la tienda

del lugar ambos recogieron la información de que los soldados habían detectado nuestra presencia y se aprestaban a combatirnos. Inmediatamente regresaron para avisarnos. Por la tarde divisamos varias patrullas que nos buscaban insistentemente. Permanecimos ocultos todo el día. Esa noche empezamos de nuevo a caminar, cruzamos la carretera y tratamos de alejarnos del sector. Sin embargo, el día 14 nos descubrió el ejército y nuevamente sostuvimos un combate desigual. En el alto de la loma, cuando ya estábamos próximos a eludir a la fuerza enemiga, un tiro derribó al Ñato. Formamos una línea de defensa, y lo arrastramos hasta nuestras posiciones. Pero ya estaba muerto.

El Ñato, hombre querido por todos, firme en sus convicciones, valiente, atento a solucionar estos pequeños problemas domésticos, que a veces, si se acumulan, provocan tantas consecuencias desagradables, moría en el último combate, después de afrontar peligros mayores que éste, en el que perdió la vida. Son las sorpresas alternativas de la guerra. Como homenaje sencillo a este prototipo de hombre de pueblo, sólo cabría decir: fue un guerrillero cabal, y un hombre leal con las ideas de liberación.

A partir de Mataral marchamos paralelamente a la carretera, esperando que la gente de la ciudad, que había recibido duros golpes, se diera cuenta de nuestra maniobra y acudiera a ayudarnos para salir del monte. Sin embargo, la fuerte represión había destruido la débil organización que dejamos, y los cuadros que quedaban también se encontraban en una situación difícil, lo que impedía buenas condiciones de operatividad. La maniobra nuestra fue detectada fácilmente por el ejército, ya que inevitablemente íbamos dejando rastros a nuestro paso. Por eso, hasta diciembre sostuvimos muchas otras escaramuzas con los soldados, provocándonos nuevas bajas.

Deliberadamente nunca hemos explicado nuestra salida del monte, porque ella pone en peligro la vida de varios campesinos y sus familiares que se jugaron enteros por nosotros, así como honestos revolucionarios de la ciudad. Ellos comprendieron el sentido de nuestra lucha y arriesgando lo poco que tenían crearon

las condiciones para que pudiéramos iniciar la etapa de reestructuración del ELN. Algún día no lejano habrá que hacerles justicia. Es necesario advertir, sin embargo, que esa actitud solidaria y generosa desmiente categóricamente a quienes pretenden hacer creer que la población rural es impermeable a las ideas revolucionarias y que con ella “no hay nada que hacer”. Afortunadamente, y con orgullo, nosotros podemos decir lo contrario. Además, estamos seguros de que en la próxima etapa de la guerrilla, el campesino, tarde o temprano, estará masivamente con nosotros, pues nuestro ejército representa sus ideales de superación social, económica y política.

Como breve epílogo podemos decir: Urbano y yo fuimos los primeros en salir a la ciudad. Allí tomamos contacto con otros compañeros y organizamos la salida de Pombo, Benigno y Darío.

El resto de la historia es conocida, pero no ha terminado aún. La segunda parte se escribirá pronto y con nuevas acciones guerreras en las selvas bolivianas.



El foco: esperanza de liberación

Desde su aparición, la guerrilla boliviana despertó las esperanzas de América Latina y de otros continentes y se convirtió en el centro de polémicas que aún no se acallan. Se puede decir, sin temor a equivocaciones, que durante más de un año catalizó la política internacional directa o indirectamente. Si en el plano externo obtuvo tal gravitación, es obvio que los sucesos nacionales aún giran en torno al foco, a los acontecimientos guerreros que conmovieron al mundo por la participación del Che, y las proyecciones continentales que tuvo esta gesta. Hoy, con mayor madurez y con una impresión más exacta de lo que sucedió, el pueblo espera anhelante el resurgimiento de un “foco” que sea la continuación del que nació en Ñancahuazú. Su reaparición provocará nuevos fenómenos políticos y remecerá la conciencia de las masas adormecidas de este continente.

A poco más de un año de la muerte del Che en la Quebrada de El Yuro es necesario realizar un balance sereno que permita al pueblo conocer “desde dentro” las verdaderas perspectivas de la lucha armada.

¿Murieron junto con el Che la teoría del foco y las perspectivas de liberación continental?

La respuesta debe ser honrada.

Para los críticos interesados, para los que deseaban el fracaso de esta empresa heroica, en El Yuro quedó sepultada toda perspectiva de hacer triunfar en América un movimiento armado de liberación. Incluso algunos sectores que impudicamente se autodenominan

“vanguardia del pueblo” han calificado la primera etapa de la lucha guerrillera en Bolivia como un “Waterloo”. Es innecesario recalcar lo que se demuestra en uno de los capítulos de este libro: su traición fue un eficaz instrumento de ayuda al imperialismo. No es por casualidad que el general norteamericano Westmoreland, el fracasado estratega de la guerra del Vietnam, los haya ungido en la reunión de la Junta Interamericana de Defensa en Brasil, como una fuerza “colaboracionista” del imperialismo.

Estos sectores son los que se han empeñado con más obstinación en divulgar que la teoría del foco guerrillero no es más que un aventurerismo de izquierda. Lo cierto es que en este continente un solo país se ha liberado realmente y marcha hacia la construcción del socialismo. Y su independencia la logró mediante la lucha armada y el desarrollo de un foco guerrillero. Por el contrario, nadie puede demostrar todavía que mediante otras formas de lucha, conciliaciones con una burguesía inservible y lacaya del imperialismo, el pueblo haya podido conquistar el poder.

¿Es el foco guerrillero un concepto estratégico y táctico equivocado?

¿Qué significación tuvo en Bolivia y qué puede esperarse de él?

Más que conceptos teóricos preferimos mostrar ejemplos y sintetizar la historia de esta experiencia que influirá hondamente en América Latina. Una revolución necesita irradiarse y catalizar al pueblo. Nosotros consideramos nuestro pueblo a toda la población de este continente. Por esta razón, para irradiarse, la revolución necesita de un centro de operaciones político-militar, de un foco que permita extender la lucha armada a las más vastas latitudes. Aspirar a la liberación de una pequeña zona, conformarse con ella y defenderla; pensar que el enemigo actuará débilmente, es caricaturizar la lucha armada.

El foco necesita apoyo universal, aunque es evidente que en la primera etapa de la lucha sólo participa la vanguardia. De un lado está la guerrilla y del otro el ejército lacayo con extraordinario apoyo externo, con la intervención grosera y descarada del imperialismo. La masa se mantiene en el medio expectante a veces a colaborar

con el enemigo mediante el terror planificado que generalmente termina en masacres.

Es necesario que la guerrilla crezca y se desarrolle, que imponga respeto para que la masa se decida a volcarse detrás de esa vanguardia. Pero en el primer momento es imperioso que la guerrilla sobreviva.

En el caso del foco boliviano, las fuerzas guerrilleras no lograron superar la primera etapa por razones distintas a las que se han divulgado distorsionadamente.

En primer lugar, hubo factores ajenos a nuestra voluntad pero que posteriormente fueron cargados a nuestra larga lista de "errores". Tal es el caso de la ciudad. El foco necesita bases de apoyo para solucionar diversos problemas logísticos. En estas circunstancias la ciudad juega un papel importante, aunque no decisivo porque su trabajo, de todas maneras no determina la suerte de la guerra. Sin embargo, es imprescindible contar con el apoyo de la ciudad, no solo para la logística y la información, sino, y como tarea importantísima, para desarrollar la agitación entre las masas urbanas en torno al "foco" y sus acciones, llevar la guerra a todos los confines del país, y que ésta no sólo se desarrolle allí donde se encuentra el "foco", borrar el concepto de retaguardia del enemigo, y convertir el suelo que pisa en arena movediza. Una guerra sin frentes.

En el caso de nuestro "foco" todo este aparato no pudo ser estructurado por las limitaciones de tiempo después que el PC negó este aporte. Era difícil montar un aparato eficiente en vísperas de los primeros combates. Cometimos el error, es cierto, de confiar en quienes se proclamaban revolucionarios pero que, en la práctica, dieron la espalda a la Revolución. Esta lección la hemos aprendido y no se repetirá.

Hubo también presiones inherentes a nuestra columna, que son de nuestra exclusiva responsabilidad. Es justo reconocer que la necesidad de sacar de la zona de operaciones a Debray y Bustos limitó nuestras posibilidades de acción, así como la posterior

búsqueda permanente y absolutamente necesaria de Joaquín y la retaguardia, nos restó libertad de maniobra.

Pero, ¿puede considerarse esta circunstancia un error táctico o estratégico del “foco”?

A pesar de estos factores adversos la guerrilla ejerció una acción catalizadora, puesto que provocó inseguridad en el gobierno, obligó a los partidos de izquierda a solidarizarse con la guerrilla para evitar el desbande de su militancia, y se notó una gran eferescencia en el proletariado minero y justas demandas de mejoramiento económico-social, las que fueron ahogadas en sangre.

Desde marzo de 1967 hasta el presente, toda la política boliviana se desarrolla necesariamente e torno a las actividades del “foco”; las guerrillas se han convertido en una pesadilla constante que provoca el insomnio de los gorilas de esta parte del continente. Para todos está claro que la interrupción de la lucha es simplemente una tregua que será rota en poco tiempo.

Por otra parte, se ha tejido una verdadera mitología en relación con la falta de apoyo campesino. Por las presiones descritas, nuestro paso por las poblaciones campesinas fue fugaz. Prácticamente no tuvimos contacto con ellas, de manera que mal podíamos persuadir las si no existía convivencia. A pesar de ello, en algunos capítulos de este libro se puede apreciar claramente que cada vez que tuvimos oportunidad de permanecer un tiempo relativamente más largo con los campesinos logramos, por lo menos, interesarlos o neutralizarlos y, en casos notables, su valiosa colaboración. Ejemplo vivo es la actitud que observaron en Moroco y posteriormente en el trayecto de Pujío a La Higuera.

No podemos caer en el error de magnimizar esta conducta, pero tampoco debemos despreciarla.

Por otra parte, nosotros no nos hicimos jamás la ilusión de que el apoyo campesino sería instantáneo. Estábamos conscientes de que en un principio el campesinado sería en su mayoría una fuerza expectante e incluso obligado por el terror, a ser colaborador del ejército. Con la acción permanente, la capacidad de vencer que se le muestra al campesino, y la convivencia con él lo neutralizarán

primero, y harán luego que la base fundamental del ejército guerrillero sea campesina.

Estamos convencidos de que el campesinado es una fuerza potencialmente revolucionaria, y que de allí saldrán cuadros valiosos que nutrirán nuestro ejército de liberación.

Por otra parte, el campesino fue totalmente impermeable a la calificación de “extranjeros” que el gobierno aplicó despectivamente a combatientes heroicos de Latinoamérica, que llegaron a luchar por la liberación de Bolivia. Si en algo influyó esta propaganda en la ciudad –efecto que no está absolutamente medido ni probado–, en el campo su acción fue muy pobre.

A poco más de dos años desde la aparición de la guerrilla, consideramos que el pueblo ha avanzado notablemente en su grado de madurez, y su sentimiento de simpatía para los combatientes de otras latitudes, se ha acrecentado. Ésta es también una acción positiva del “foco”, pues ha contribuido a erradicar sentimientos chauvinistas.

Pero eso no es todo. Nuestra guerrilla fue una fuerza agresiva que se hizo respetar en un lapso relativamente breve. Aunque estratégicamente estuvo a la defensiva, tácticamente estuvo a la ofensiva, siempre observando rigurosamente la máxima del Che de que “los combates se ganan o se pierden, pero se dan”.

Estuvo “estratégicamente a la defensiva” porque no siempre escogimos el terreno que nos convenía, por circunstancias transitorias. Hemos explicado suficientemente la situación de la retaguardia dirigida por Joaquín, lo que nos obligó a buscarlo incesantemente. A ello se agrega el problema de los enfermos, y la falta de apoyo de la ciudad, que, en muchas oportunidades nos obligó a caminar por lugares desprovistos de vegetación, inexplorados, donde el ejército podía emboscarnos con relativa facilidad. Siempre estuvimos conscientes de este factor, pero ello no nos acobardó. Como fuerza ofensiva ha llamado, incluso la atención de los estrategas del imperialismo: cómo con una fuerza numéricamente escasa, el Che pudo desmoralizar durante largo tiempo al ejército regular, y lo derrotó

en sucesivas oportunidades. Su ofensiva táctica consistió en que siempre tuvo la iniciativa en los combates.

A nuestro juicio el “foco” guerrillero sigue teniendo vigencia. Su derrota transitoria no significó su desaparición. En el caso boliviano cumplió un papel fundamental, enriqueciendo las condiciones subjetivas, mostrando universalmente las condiciones miserables de vida de la población y desarrollando vertiginosamente la conciencia de una masa que espera ansiosa la hora de combatir. Aún hoy, sin acción armada, el foco sigue teniendo una gravitación fuerte.

El Che: hombre del siglo XXI

El Che fue un hombre del siglo XXI.

Aunque su nombre resplandece en la historia “sólo” como un genio militar, el desarrollo político y social de los pueblos, que brotará como un torrente de la lucha de liberación, lo tendrá que situar como el revolucionario más completo de nuestra época.

Ernesto Guevara y Fidel Castro aparecen en el escenario continental en un momento histórico en que el imperialismo norteamericano ejerce sin contrapeso su dominación sobre nuestros países; ordena masacres en forma sistemática; cambia a gobiernos corrompidos por otros más inmorales; los gobernantes más tradicionales se disputan el triste cetro de quién es más lacayo y servil y se presencia el grotesco espectáculo de veinte manos extendidas pidiendo limosna a Estados Unidos; los pueblos son dirigidos por grupos claudicantes, políticamente petrificados y fatalistas, incapaces de catalizar a esa cantera generosa y rica que es la masa, para iniciar la gran aventura de nuestra independencia definitiva.

Existe desencanto, frustración y desconfianza.

En medio de esa noche negra de coloniaje y opresión, la Revolución cubana, victoriosa sangre de pueblo hecho poder, muestra un camino para sacudir las cadenas. Camino duro, cruel y largo, pero el único real para triunfar: la lucha armada.

Enérgicamente derriba viejos y nuevos mitos creados por fuerzas seudorrevolucionarias que, al enquistarse dentro del sistema, se convierten en parte de él. Cuando más tratan de introducir reformas para perfeccionarlo, en la práctica se olvidan de

que el imperialismo es nuestro principal enemigo y que hay que combatirlo hasta extirparlo de raíz.

América oprimida, patria con líderes sin vigencia, se nuclea entonces esperanzada tras la bandera de los nuevos conductores: Che y Fidel. El Che se identifica con el pueblo y se funde con él para emerger más enriquecido ideológicamente, más puro. A su vez, el pueblo se identifica con el Che y trata de formarse en su ejemplo. Y esa revolución considerada como fenómeno “excepcional” remece a las masas adormecidas por principios ideológicos, monstruosamente deformados.

El Che rescata la ideología revolucionaria, la coloca en su justo lugar, le da interpretaciones correctas y la enriquece con aportes teóricos que tendrán vigencia mientras exista opresión imperialista. Después entraremos de lleno al mundo del hombre nuevo, el que él se empeñó en formar, tipificó y representó con su ejemplo; el heroísmo que ahora motoriza a juventudes de todos los continentes. La huella de su humanismo está impresa en sus actos. Constructor de vanguardia de la sociedad socialista cubana, destruyó implacablemente el falso concepto de *excepcionalidad* que se le otorgó a esta revolución. Porque no creía en esta supuesta excepcionalidad, sistematiza el pensamiento bolivariano de que “la patria es América”, impulsando a nuestros pueblos a convertir este continente oprimido en un escenario de la guerra antiimperialista tan importante como el heroico Vietnam.

El Che no dudó jamás de que en América Latina son más fuertes los factores que nos unen que los que nos separan; tenemos un lenguaje común, excepto en Brasil; tradiciones, costumbres y situación socio-económica similares. Somos explotados brutalmente por el imperialismo. La democracia es una simple ficción. Estamos gobernados por tiranos, y los países que tenían débiles rasgos de democracia burguesa los ha trocado en masacres horribles, hambre y cárcel para el pueblo.

Heredamos de los españoles colonialistas las formas feudales de la explotación de la tierra. El desarrollo del capitalismo crea nuevas situaciones y los patrones latifundistas se alían con el

imperialismo para crear el capital financiero y monopolista cuyo radio de acción es mundial. Se pasa a la etapa del colonialismo económico generosamente calificado de “subdesarrollo” por los economistas domésticos.

El subdesarrollo no es otra cosa que la explotación, el saqueo de nuestras riquezas por la potencia imperial, el subempleo, la cesantía, el hambre y la miseria. En todos los países latinoamericanos, excepto Cuba, el panorama es idéntico.

Las condiciones objetivas, entonces, para la liberación continental están dadas por los factores enumerados, por la represión brutal y desmedida, por el odio que se acumula cada vez con más fuerza en el pueblo. Como valor subjetivo sólo falta la conciencia (elemento tan indispensable en cada análisis que se haga sobre el Che) de que la victoria sobre el imperialismo mediante la lucha armada llegará tarde o temprano, que es el único camino posible para alcanzar la libertad.

La excepcionalidad no existe. Sólo ha cambiado la “calidad” de la lucha. Ahora será más sangrienta, sin tregua, más dura, como se demostró ya en las montañas de Ñancahuazú. El imperialismo aprendió su lección. No está desprevenido.

Por eso el Che escoge a Bolivia como foco inicial de la gesta libertadora continental. Sus misérrimas condiciones de vida son producto de la fría explotación imperialista en complicidad con los gobernantes lacayos. Aquí está todo por hacer: desde una revolución agraria que cree formas de vida modernas y satisfaga las necesidades del pueblo, hasta un desarrollo industrial sólido, que lo independice de la importación de productos manufacturados esenciales, vendidos a precio de usura y en condiciones humillantes.

Hombre de fina percepción, el Che comprende que es inhumano que una población de cuatro millones de habitantes consuma apenas 1.800 calorías diarias por persona, cuando el consumo necesario para subsistir en condiciones adecuadas es de 3.000 calorías; que se consuman 30 litros de leche o productos lácteos por persona al año, cuando en los países desarrollados el consumo es de 300 litros; que el 10% de la población no tenga casa donde vivir y que

las que existen, incluyendo las de los oligarcas y corrompidos del régimen sean malas, no reúnan condiciones de salubridad, porque el 86% de ellas no están dotadas de instalaciones de agua en su interior, y que el 42% de la población muera de desnutrición o por enfermedades parasitarias. Ésta es otra de las causas principales de sus viajes a Bolivia.

La grandeza del Che resalta con más nitidez cuando interpreta a Marx, “monumento de la inteligencia humana” como acostumbraba definirlo, para normar todos sus actos y para desarrollar dentro de la sociedad cubana y, por qué no decirlo, en una masa tan heterogénea como es la europea, la asiática y la americana, una conciencia que permita al hombre obtener una verdadera liberación en toda su extensión. Y eso es el comunismo. Porque a la luz de los hechos nadie podrá discutir ya que el Che fue un verdadero comunista, el mejor de todos, en una época en que la lucha ideológica lleva al mundo a sucesivas guerras (Cuba, Corea, Argelia y Vietnam).

De esta conciencia decantada o, en términos no exagerados, purificada, derivan conceptos económicos que colocan a Marx no en calidad de fetiche, de ideas que pierden su sentido original, sino en posición de pensamiento vivo y activo. Lo mismo hace con Lenin.

Ejemplos son la NEP, la teoría del valor y la planificación socialista. ¡Cuántos economistas famosos, cuya palabra era considerada ley, caen pulverizados por los disparos conceptuales del Che!

Con rigurosa seriedad científica demuestra que la NEP (o nueva política económica de la URSS) es un concepto leninista transitorio para desarrollar las bases de la sociedad soviética. Es un repliegue táctico en un momento especial de la historia del primer país socialista del mundo. Sin embargo, en forma dogmática y ligera muchos economistas y dirigentes de la política económica de varios países socialistas, la aplicaron o la aplican otorgándole validez universal permanente. Consecuencia de ese falso análisis son los retrasos y altibajos económicos que surgen más tarde en los países socialistas. Por eso defiende con firmeza la dirección política-económica partiendo de que “el comunismo es una meta de la humanidad que se alza conscientemente”.

De la aplicación mecánica de la NEP nacen graves contradicciones que el Che no vacila en atacar, una vez que las ha detectado, sin temor a que los teóricos equivocados lo combatan despiadadamente. Así, es posible presenciar discusiones de elevado nivel en las que el Che planta una bandera que para nosotros tendrá una vigencia permanente cuando dice:

Si el estímulo material se opone al desarrollo de la conciencia, pero es una gran palanca para obtener logros en la producción, ¿debe entenderse que la atención preferente al desarrollo de la conciencia retarda la producción? En términos comparativos, en una época dada es posible, aunque nadie ha hecho los cálculos pertinentes; nosotros afirmamos que en tiempo relativamente corto el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material, y lo hacemos basados en la proyección general del desarrollo de la sociedad para entrar al comunismo, lo que presupone que el trabajo deja de ser una penosa necesidad para convertirse en un agradable imperativo.

Ante los ojos asombrados del mundo crece y desarrolla ahora una nueva sociedad socialista, la de Cuba, mejorada, heroica, solidaria con todas las luchas de liberación, que practica activamente el internacionalismo proletario, que vence las dificultades porque tiene una conciencia desarrollada: la que el Che, Fidel y los demás esclarecidos dirigentes le dieron en el exacto momento histórico.

Por esta razón no hablamos del Che como una cosa muerta: sus ideas están vigentes. Al hablar del Che no podemos dejar de mencionar a Fidel, ni al hablar de Fidel podemos dejar de mencionar al Che.

La influencia que ha ejercido el Che en la juventud de varios continentes, su magnetismo personal y su grandeza se acrecentaron hasta convertirse en una leyenda apasionante que movilizó al imperialismo a presionar a través de sus medios publicitarios para que se anunciara dónde estaba.

Paralelamente se inició una campaña publicitaria fabulosamente orquestada y sostenida durante largo tiempo, con el objetivo de tratar de disminuir su figura y neutralizar, aunque fuera levemente, el impacto político, militar y emocional que provocaría su aparición dirigiendo la lucha de la liberación en algún lugar del mundo. Con este objeto se inventaron rencillas entre el Che y Fidel, discrepancias entre el Che y la Revolución Cubana (que era parte de él mismo) presentándolo como un hombre "herido en su amor propio", "despreciado, atacado por sus ex amigos". En esta forma el gesto grandioso del Che, su responsabilidad dirigiendo un foco guerrillero, podría aparecer mezquino, personalista y hasta resentido.

Este problema preocupó al imperialismo desde el año 1965, y desde entonces hasta ahora, a poco más de un año de su muerte, la CIA ha empleado diversos agentes y medios para desarrollar esta labor. El más notorio de estos agentes, por los medios de difusión que se pusieron a su alcance, es el abogado de nacionalidad argentina Ricardo Rojo, autor de un folleto titulado *Mi amigo el Che*.

Es infantil presumir que el Che pudiese haber sido amigo de Ricardo Rojo. Es indudable que un revolucionario sólo considera amigos a sus camaradas de lucha. Y en este sentido, el Che fue siempre categórico para delimitar dónde empezaba y dónde terminaba la amistad. Ejemplos notorios se pueden encontrar en todos sus escritos, partiendo de los episodios guerreros de la Sierra Maestra, hasta su diario en Bolivia. El Che era un hombre capaz de emocionarse y en su vida de guerrillero y conductor de pueblos siempre tuvo un gesto sentido, una palabra cariñosa para sus amigos. Y amigo del Che fue "Patojo", el revolucionario guatemalteco que murió combatiendo por la libertad de su patria. Amigo del Che era Camilo, el legendario guerrillero de la Sierra Maestra. A otros hombres los quiso en un sentido diferente, como quiere un padre a sus hijos. Es el caso de Tuma y Rolando.

Frente a figuras tan limpias y heroicas ¿pudo el Che alguna vez considerar "su amigo" a un individuo de una línea política tan zigzagueante y tortuosa como Ricardo Rojo, que es el mismo que

comerci6 con la vida y memoria de los guerrilleros de Salta, que esper6 la muerte de la madre del Che para inventar di6logos y conversaciones con ella y su hijo?

No me hubiese referido a las calumnias de Rojo contra el Che y las supuestas divergencias con la Revoluci6n Cubana, pues ellas ni siquiera son novedosas, si no fuera porque alguna gente de buena fe pudiese considerar que el relato mal intencionado de Rojo estuviese escrito por un amigo y porque algunos p6rrafos presentados, para que aparezcan veros6miles, no pueden ser desmentidos por sus protagonistas porque ya est6n muertos.

Afortunadamente por la misma fuerza moral del Che, que guiaba todos sus actos, y por su conducta heroica, demostrada en muchas batallas, ninguna leyenda tortuosa urdida por la CIA o por sus agentes, algunos de los cuales con audacia y descaro se autotitulan "amigos", podr6 empa6nar su querida figura o manchar su paso revolucionario por Cuba, donde dej6 un pueblo que lo ama.

La identificaci6n entre el Che y Fidel, el respeto y cari6o mutuo, eran indestructibles. No es casual que el Che, hombre que odiaba los halagos personales o para otros, haya escrito para Fidel:

Tiene las caracter6sticas de gran conductor que, sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza y valor, y a su extraordinario af6n de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad de asimilar los conocimientos y experiencias para comprender todo el conjunto de una situaci6n dada, sin perder de vista los detalles y su inmensa fe en el futuro, y su amplitud de visi6n para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre m6s lejos y mejor que sus compa6eros. Con estas grandes cualidades cardinales, con su capacidad de aglutinar, de unir, oponi6ndose a la divisi6n que debilita; su capacidad de dirigir a la cabeza de todos la acci6n del pueblo; su amor infinito por 6l; su fe en el futuro y capacidad de preverlo, Fidel Castro hizo m6s que nadie en Cuba para construir de la nada el aparato hoy formidable de la Revoluci6n Cubana.

¡Cuánta sinceridad hay en este juicio! Para nosotros que convivimos con el Che hasta la batalla final, que aprendimos a conocerlo como ser humano integral, como soldado, comandante y camarada insuperable, las obligaciones de la Revolución Cubana —vanguardia de nuestra Patria Americana— son más grandes. Así también la identificación de Fidel con el Che, del pueblo cubano con el Che, son absolutas. Nadie mejor que Fidel para sintetizar el dolor que causó su muerte:

... Nos duele no sólo que se ha perdido como hombre de acción, nos duele lo que se ha perdido como hombre virtuoso, nos duele lo que se ha perdido como hombre de exquisita sensibilidad humana, y nos duele la inteligencia que se ha perdido. Nos duele pensar que tenía sólo 39 años en el momento de su muerte, nos duele pensar cuántos frutos de esa inteligencia y de esa experiencia que se desarrollaba cada vez más, hemos perdido la oportunidad de percibir. Desde el punto de vista revolucionario, desde el punto de vista de nuestro pueblo, ¿cómo debemos mirar nosotros el ejemplo del Che? ¿Acaso pensamos que lo hemos perdido? Ciertamente es que no volveremos a ver nuevos escritos, cierto es que no volveremos a escuchar de nuevo su voz. Pero el Che le ha dejado al mundo un patrimonio, un gran patrimonio, nosotros —que lo conocimos tan cerca— podemos ser en grado considerable herederos suyos.

Nosotros, guerrilleros del ELN, queremos aspirar también a ese honor. Y ningún camino más puro, más honesto, que reiniciar la lucha continental en el escenario que lo dejó impreso en el sitio más alto de la historia: Bolivia.

¡VICTORIA O MUERTE!

BOLIVIA, 1969.

Notas

- 1 El río Ñancahuazú es un río amazónico, afluente directo del río Grande, ubicado en la zona sudeste de Bolivia. La Guerrilla de Ñancahuazú es el nombre con que es habitual referirse al grupo guerrillero comandado por Ernesto Che Guevara en Bolivia entre 1966 y 1967. También es el nombre de una finca cuyo propietario era Don Roberto Villa quien después la vende a Roberto Peredo o "Coco".
- 2 Ernesto "Che" Guevara De La Serna (1928-1967) (Mongo, Ramón, Fernando). Médico indomesticable. Conoce en México a Fidel y Raúl Castro; sumándose al movimiento guerrillero para derrocar al dictador Fulgencio Batista en Cuba. Comandante del Ejército Rebelde, es quien dirige la toma de la ciudad de Santa Clara, hecho definitivo en la lucha final de la guerra. Presidente del Banco de Cuba y Ministro de Industria, hasta el año 1965 cuando renuncia a todos sus cargos y grados para irse clandestinamente al Congo para apoyar la lucha anticolonialista. En noviembre de 1966 se traslada a Bolivia, al frente del movimiento guerrillero hasta el 8 de octubre de 1967, cuando es capturado, herido, por el Ejército en la Quebrada del Yuro. Fue asesinado al día siguiente, en la comunidad de La Higuera, cercana a Vallegrande. Sus restos regresaron a Cuba en julio de 1997; entrando en la inmortalidad y en la memoria de todos los pueblos que luchan por su dignidad y su liberación.
- 3 Guido Peredo Leigue. Nació en la ciudad de Cochabamba Bolivia, el 30 de abril de 1938. Militó en el PCB desde muy joven y se distinguió por ser uno de sus cuadros más abnegados y valientes. Fue primer secretario del Comité Regional de La Paz y miembro del Comité Central de ese partido, electo en su II Congreso Nacional, en 1964. Al igual que su hermano Coco, participó en tareas de apoyo a la guerrilla peruana del ELN y a la organización del EGP de Argentina. En Ñancahuazú fue uno de los guerrilleros más sobresalientes como comisario político y jefe militar. Después de Quebrada del Yuro eludió con los sobrevivientes el tenaz cerco militar y logró la protección campesina, gracias a lo cual salvó su vida y logró organizar la salida de los tres guerrilleros restantes. Establecido clandestinamente en la ciudad, reorganizó el

- ELN y, cuando se aprestaba a volver a las montañas, fue muerto por las fuerzas represivas, en La Paz, el 9 de septiembre de 1969.
- 4 Harry Villegas Tamayo. Nació en Yara, Cuba, provincia de Granma. Veterano de la Sierra Maestra y el Congo. Llegó a Bolivia en julio de 1966 y estuvo a cargo de los preparativos finales de la guerrilla. Hizo el recorrido con el Che, en dos jeeps, desde La Paz a Ñancahuazú, junto a Turna, Pacho y Loro, entre el 4 y el 6 de noviembre de ese año. Formó parte del grupo del centro y, después del combate en la Quebrada del Yuro, Inti, Darío, Benigno, Urbano y él, lograron romper el cerco, obtuvieron refugio entre los campesinos y, con la ayuda del PCB, salieron primero a Cochabamba y luego, desde Oruro, los tres cubanos sobrevivientes ganaron la frontera con Chile y llegaron a Cuba el 6 de marzo de 1968.
 - 5 Carlos Coello. Conocido también como Tuma. Nació cerca de la ciudad de Manzanillo, Cuba, en 1940. Se incorporó a la guerrilla de la Sierra Maestra antes de cumplir los 17 años, siendo un campesino casi analfabeto. Compañero inseparable del Che desde ese momento, era miembro de su escolta personal. Combatió también en El Congo y tenía el grado de teniente. Llegó a La Paz en julio de 1966 e hizo el viaje a Ñancahuazú, precediendo el ingreso del Che. Cayó el 26 de junio de 1967 en la zona de Piray, provincia de Florida, en el departamento de Santa Cruz.
 - 6 Es de esos lugares imposibles de obviar en la historia contemporánea de América. Fue esa la choza erigida en la finca que Roberto y Guido Peredo Leigue compraron para el primer asentamiento de la fuerza revolucionaria.
 - 7 Juan Vitalio Acuña Núñez. Conocido también como Vilo. Nació en la Sierra Maestra, Cuba, en 1925. Fue uno de los primeros campesinos reclutados por el Ejército Rebelde, al que se incorporó en abril de 1957. Por sus acciones en campaña obtuvo el grado de comandante. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, llegó a Ñancahuazú a fines de noviembre de 1966. Comandaba la fracción de la retaguardia; a raíz de que ésta se aproximara a Muyupampa para posibilitar la salida de Ciro Bustos y Régis Debray. Sin haber logrado reunirse con el Che, Joaquín cayó con todo su grupo, el 31 de agosto de 1967, en la emboscada del Vado de Puerto Mauricio, sobre el Río Grande. Vado del Yeso es el nombre con el que esta acción ha pasado a la historia.
 - 8 Israel Reyes Zaya. Nació en la Sierra Maestra, Cuba, 1933, se incorporó a la lucha en la Sierra Maestra siendo un campesino analfabeto y alcanzó el grado de teniente. Integró la escolta de Raúl Castro, fue oficial de enlace y estuvo con el Che en El Congo. Antes de viajar a Bolivia, a fines de noviembre de 1966, formaba parte del grupo de retaguardia, al mando de Joaquín. Fue el primero en caer en la emboscada de Vado del Yeso, el 31 de agosto de 1967.

- 9 José María Martínez Tamayo. También conocido como Papi, Chinchu, Mbili o Taco. Nació en Mayarí, Cuba, en 1937. Participó en la lucha clandestina del Movimiento 26 de Julio y luego se incorporó al Ejército Rebelde para combatir en el Segundo Frente Oriental, durante la guerra contra Batista. Terminó la campaña como sargento, fue tanquista y estuvo entre los fundadores del Ministerio del Interior. Alcanzó el grado de capitán en las Fuerzas Armadas. Cumplió varias misiones fuera de Cuba y llegó a Bolivia por vez primera en julio de 1963, para coordinar, junto con el PCB, el apoyo al Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), en Argentina. Fue combatiente en El Congo y volvió a La Paz, en marzo de 1966, para preparar la llegada del Che. Perteneció al grupo del centro. Cayó gravemente herido el 30 de julio de 1967 en el combate del río Rosita y falleció poco después en manos de sus compañeros.
- 10 Leonardo Tamayo Núñez. Nació en Bayazo, Cuba, en 1941. Combatió en la Sierra Maestra alcanzando el grado de capitán. Llegó a Ñancahuazú a fines de noviembre de 1966 y pasó a formar parte del grupo del centro. Sobrevivió al combate de la Quebrada del Yuro, y junto a Pombo y Benigno logró salir de Bolivia hacia Chile, en febrero de 1968, retornando a Cuba el 6 de marzo de ese año.
- 11 Manuel Hernández Osorio. También conocido como Miguel. Nació en el barrio de Santa Rita, provincia de Granma, Cuba, en 1931. Veterano de la Sierra Maestra, alcanzó el grado de capitán del Ejército Rebelde bajo las órdenes del Che. Se incorporó a la guerrilla a fines de noviembre de 1966 y fue designado jefe del grupo de la vanguardia, en sustitución de Marcos. Cayó en la Quebrada del Batán, en las cercanías de La Higuera, el 26 de septiembre de 1967.
- 12 Freddy Maemura Hurtado. También conocido como Ernesto o el Médico. Nació en Trinidad, departamento del Beni, Bolivia, el 18 de octubre de 1941. Militante del PCB. Graduado de médico en Cuba, se incorporó a la guerrilla en noviembre de 1966. Fue apresado con vida en la emboscada de Vado del Yeso y, por negarse a colaborar, fue asesinado por sus captores el 31 de agosto de 1967.
- 13 Roberto Peredo Leigue. Nació en Cochabamba, Bolivia, el 23 de mayo de 1939. Era uno de los cuatro militantes del PCB asignados por Mario Monje al trabajo con los enlaces cubanos. Estuvo en todos los preparativos de la organización guerrillera desde sus inicios y aparecía como el propietario de la finca de Ñancahuazú. Formó parte del grupo de la vanguardia y cayó en la emboscada de El Batán, cerca de La Higuera, junto a Miguel y Julio.
- 14 Julio Méndez Korne. Nació en Trinidad, departamento del Alto Beni, Bolivia, el 23 de febrero de 1937. Militante del PCB. Antes de incorporarse a Ñancahuazú estuvo a cargo de la granja de Alto Beni, la que consideraban el Che y los oficiales cubanos como una alternativa para el inicio de las acciones. Se desempeñó como jefe de abastecimientos

- y armamentos. Sobrevivió al combate de Quebrada del Yuro, pero cuando el cerco había sido roto, cayó en la última acción militar, el 15 de noviembre de 1967.
- 15 Jorge Vázquez Viaña. También conocido Bigotes o Jorge. Nació en La Paz, Bolivia, en 1939. Militó activamente en el PCB. Aparecía con Coco Peredo como encargado de la finca de Ñancahuazú. A tiempo de revelar-le su identidad, el Che le solicitó su incorporación a la guerrilla (anotación del 7 de noviembre en el *Diario*). Luego de la acción de la hacienda Coripote, cerca de Taperillas, el 22 de abril, quedó solo y extraviado. Chocó con el Ejército, le hizo dos bajas y, finalmente, fue herido y capturado el día 29. Llevado al hospital de Camiri, fue interrogado por altos jefes militares y agentes de la CIA. Un mes después se anunció que se había fugado y se le incriminó “en rebeldía” en el juicio junto con Régis Debray y Ciro Bustos; sin embargo, ya circulaban rumores de que lo habían asesinado.
- 16 Rodolfo Saldaña. Nació en Sucre, Bolivia, en 1932. Ex militante del PCB, estuvo entre los primeros en recibir entrenamiento militar en Cuba y fue uno de los cuatro inicialmente asignados por Mario Monje al trabajo con los enlaces cubanos. Participó activamente en los preparativos y se entrevistó con el Che en Ñancahuazú, el 20 de noviembre. Inicialmente se le encomendó el trabajo urbano, pero en su anotación del 26 de enero, el Che dice que debía incorporarse a la guerrilla en 15 días, lo que no sucedió. Fue apresado en 1968 y salió en libertad en 1970, a cambio de los rehenes alemanes capturados en la guerrilla de Teoponte.
- 17 Es la denominación que las primeras expediciones españolas de 1538, en tierra de Charcas, utilizaron para designar las ricas tierras que en el período incaico conformaban la región del Collasuyo o Kollasuyu, como a veces se escribe, del quechua Qulla Suyu, ‘país colla’. Fue el suyu más austral del Imperio Inca, el mayor de sus territorios. Inti Peredo quiere dejar en claro que el movimiento guerrillero tenía o tiene como misión lograr la independencia del Alto Perú que quedó inconclusa, pues la separación con el imperio español no fue una independencia real, solo hubo un cambio de poderes o de colonizadores y el pueblo siguió oprimido por la oligarquía o clase dominante de Bolivia.
- 18 Precursores de la independencia boliviana.
- 19 Siglas en francés.
- 20 Sede del Poder Ejecutivo, Casa Presidencial boliviana.
- 21 René Barrientos Ortuño: Presidente de facto de Bolivia. Período comprendido entre el 5 de noviembre de 1964 al 26 de mayo 1965. Segundo período de facto: 26 de mayo de 1965 al 2 de enero de 1966. Tercer período: 6 de agosto de 1966 al 27 de abril de 1969.

- 22 Siglas en inglés North Atlantic Treaty Organization, en español OTAN; Organización del Tratado del Atlántico Norte.
- 23 Juan Pablo Chang Navarro, Lévano Peruano. Dirigente del ELN del Perú. Se entrevistó con el Che en diciembre de 1966. Retornó con Eustaquio y Negro, en marzo de 1967. El desarrollo de los acontecimientos lo obligó a quedarse incorporado en la guerrilla. Aparentemente sobrevivió al combate de Quebrada del Yuro. Aseguran que fue capturado vivo (estaba casi ciego), llevado a La Higuera y asesinado al igual que Simeón Cuba y el Che.
- 24 Mario Monje Molina. También conocido como Monje, Mario o el Negro. Boliviano, de profesión maestro, desde muy joven se dedicó a la actividad política, llegando a ser el Primer Secretario del Partido Comunista Boliviano, cargo que ostentó hasta su renuncia en enero de 1968. El 31 de diciembre de 1966 se entrevistó con el Che, en Ñancahuazú, a quien le planteó, entre otras cosas, que la dirección política de la lucha le correspondía a él mientras la Revolución tuviera un ámbito boliviano, lo cual no fue aceptado por el Che. A partir de entonces se produjo una ruptura entre el PCB y la guerrilla.
- 25 Haydée Tamara Bunke Bider. Nació en Argentina en 1937; hija de padres alemanes. En 1961 viajó a Cuba como traductora. Fue a Bolivia como combatiente clandestina con la misión de infiltrarse en las altas esferas del gobierno, en lo cual avanzó notablemente hasta que tiene que permanecer en la guerrilla, luego de haber contactado a Debray y Bustos y ser detectada por el enemigo. Incorporada a la retaguardia, cayó en la emboscada de Vado del Yeso, el 31 de agosto de 1967.
- 26 Nacido en la ciudad de La Paz el 17 de septiembre de 1757. Patriota del Alto Perú, considerado precursor de la independencia de Bolivia. Muere en la horca el 29 de enero de 1810.
- 27 Fue un comandante militar soviético, Ministro de Defensa entre 1957 y 1967 y Mariscal de la Unión Soviética. Jugó un papel central en la Segunda Guerra Mundial, incluida la gran derrota de la Alemania nazi durante la Batalla de Stalingrado; durante la época de posguerra realizó una gran contribución al fortalecimiento de la Unión Soviética como superpotencia militar.
- 28 Moisés Guevara Rodríguez. Nació en Cataricagua, Bolivia, el 25 de diciembre de 1939. Trabajaba en la mina de Huanuni y fue expulsado en 1965 del centro de trabajo por la represión del gobierno del general Barrientos. Militó en el PCB y luego en el PCML. Se incorporó a la guerrilla en marzo de 1967, luego de un primer encuentro con el Che en enero, en el que se comprometió a reclutar un grupo de combatientes. Pertenecía al grupo del centro, pero por problemas de salud se quedó en la retaguardia, comandada por Joaquín. Cayó en la emboscada de Vado del Yeso, el 31 de agosto de 1967.

- 29 La población minera de Huanuni, también conocida como Villa Huanuni, es la capital de la Primera Sección Municipal de la Provincia Pantaleón Dalence del Departamento de Oruro- Bolivia. Se encuentra ubicada al Sudeste de la ciudad de Oruro, a 42 Km.
- 30 Loyola Guzmán Lara. Boliviana. Miembro del Comité Ejecutivo de la Juventud Comunista Boliviana, hasta febrero de 1967 en que fue separada de su cargo. En enero de ese año se entrevistó con el Che, quien le encomendó el manejo de las finanzas en el aparato urbano. Fue detenida en septiembre de 1967 a raíz de unas fotografías halladas en los depósitos del Ñancahuazú y liberada, en 1970, a cambio de los rehenes alemanes capturados en la guerrilla de Teoponte. Volvió a la lucha clandestina del ELN durante la dictadura de Hugo Bánzer, y fue detenida nuevamente en 1972, cuando entraba clandestina desde Chile, junto a su esposo desaparecido.
- 31 Antonio Sánchez Díaz. También conocido como Pinares. Nació en Pinar del Río, Cuba, en 1927. De familia campesina, fue durante muchos años obrero de la construcción. Combatió en la Sierra Maestra hasta llegar al grado de comandante. Ocupó altos cargos militares y era miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Llegó a Ñancahuazú el 20 de noviembre de 1966 y fue nombrado por el Che, inicialmente, jefe de la vanguardia. Amonestado severamente por sus errores, pasó después a formar parte de la retaguardia, como soldado raso. Cuando el Che lo amenazó con expulsarlo de la guerrilla, éste le contestó: "¡Antes fusilado!". Cayó en una emboscada, el 2 de junio de 1967, en la zona de Bella Vista, cuando cumplía una misión de aprovisionamiento del grupo comandado por Joaquín.
- 32 Gustavo Machín Hoed de Beche. Nació en La Habana en 1937. Participó en la lucha contra Batista en las filas del Directorio Estudiantil Revolucionario, llegando al grado de comandante. Fue viceministro de Industria del Gobierno cubano y alto jefe militar en la provincia de Matanzas. Se incorporó a la guerrilla en noviembre de 1966 y fue designado por el Che como jefe de operaciones. Pertenecía al grupo del centro, pero por problemas de salud se quedó en la retaguardia. Cayó en Vado del Yeso, el 31 de agosto de 1967.
- 33 Eliseo Reyes Rodríguez. Conocido también como capitán San Luis. Nació en la localidad de San Luis, provincia de Santiago de Cuba en 1940. Obtuvo el grado de capitán, siendo uno de los combatientes más jóvenes de la Sierra Maestra, donde actuó bajo las órdenes del Che. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, llegó a Ñancahuazú en noviembre de 1966 y formó parte del grupo del centro. Fue designado por el Che en el cargo de comisario político. Cayó el 25 de abril de 1967, en el combate de El Mesón, entre la población de Ticucha y el río Iquira.
- 34 René Martínez Tamayo. Hermano de José María, nació en Mayarí, provincia de Holguín, Cuba, en 1941. Combatiente de la Sierra Maestra,

- después del triunfo de la Revolución trabajó en el Ministerio del Interior y en el departamento de investigaciones del Ejército Rebelde. Llegó a Ñancahuazú en diciembre de 1966 y fue incorporado al grupo del centro, con la responsabilidad de las comunicaciones radiales. Cayó en el combate de la Quebrada del Yuro, el 8 de octubre de 1967.
- 35 Orlando Jiménez Bazán. Nació en Riberalta, departamento del Beni, Bolivia, el 27 de junio de 1934. Dirigente campesino y militante del PCB. Trabajó inicialmente como peón en la granja de Alto Beni, zona en la que se proyectaba iniciar la acción guerrillera. En diciembre de 1966 fue trasladado a Ñancahuazú e incorporado al grupo de la vanguardia. Había pedido su baja de la guerrilla; cuando desertaba fue apresado el 27 de septiembre de 1967, cerca de La Higuera. Fue llevado al Tribunal Militar de Camirí, como testigo de cargo contra Debray y Bustos. Luego de ser liberado, en 1970, obtuvo asilo político en Suecia, donde falleció en 1994.
- 36 Orlando Fantoja Tamayo. Conocido también como Olo. Nació en Maffo, Santiago de Cuba, en 1933. Fue combatiente del Movimiento 26 de Julio, en la clandestinidad, incorporándose posteriormente a la lucha en la Sierra Maestra. Tenía el grado de capitán de las Fuerzas Armadas de Cuba. Llegó a Ñancahuazú el 19 de diciembre de 1966 y formó parte del grupo del centro. Cayó en la Quebrada del Yuro, el 8 de octubre de 1967.
- 37 Campesino pobre. Residía con su profusa familia a orillas del Río Grande. Conoció a los guerrilleros durante la expedición de febrero y colaboró con ellos. Posteriormente, a fines de agosto, sintiéndose entre dos fuegos, intentó huir con su familia, pero el entonces mayor Mario Vargas Salinas lo obligó a colaborar con el Ejército y traicionar a los guerrilleros. Guió la columna de Joaquín directamente a la emboscada del Vado de Puerto Mauricio (Vado del Yeso), lo cual le valió para ser destinado al Regimiento Manchego, donde, además, se le obsequió un terreno. El 14 de julio de 1969, un comando del ELN lo ultimó con dos disparos de revólver.
- 38 Octavio de la Concepción de la Pedraja. Conocido también como Morogoro, Muganga, el Médico o Tavito. Nació en La Habana en 1935. Combatió en el Segundo Frente Oriental, en la Sierra Maestra, y obtuvo el grado de teniente. Llegó a Ñancahuazú el 11 de diciembre de 1966, como médico y combatiente. En el último período de la guerrilla estuvo seriamente enfermo. Por eso, al comenzar el combate de Quebrada del Yuro, el Che lo encomienda, junto con Eustaquio y Chapaco, al cuidado de Pablito. El grupo llegó hasta Cajones, en la confluencia de los ríos Mizque y Grande, donde fue ultimado el 14 de octubre de 1967.
- 39 Alberto Fernández Montes De Oca. También conocido como Pachungo. Nació en las cercanías de Santiago de Cuba en 1935. Terminó la campaña de la Sierra Maestra con el grado de capitán. Ocupó diversas funciones en el Gobierno cubano, en 1963 fue nombrado Director de

- la Empresa de Minería. Llegó a La Paz el 3 de septiembre de 1966 con instrucciones del Che para trasladar los operativos hacia la granja de Alto Beni. Fue ultimado el 9 de octubre, cuando opuso resistencia en la misma Quebrada del Yuro, matando, incluso, a un soldado. En 1997 se encontraron sus restos enterrados en la misma fosa común con el Che Guevara y otros cinco guerrilleros.
- 40 Benjamín Coronado Córdoba. Nació en la ciudad de Potosí, Bolivia, el 30 de enero de 1941. Militante del PCB, se incorporó a la guerrilla el 21 de enero de 1967. Destinado a la columna de vanguardia, participó en la expedición de exploración. Se ahogó al cruzar el Río Grande, el 26 de febrero de ese año.
- 41 Forma en que llamaban los guerrilleros a las guardias o vigilancias para cuidar al regimiento mientras éste descansaba.
- 42 Lorgio Vaca Marchetti. Nació en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, en 1934. Militante del PCB, participó en actividades sindicales. Decidió incorporarse a la guerrilla mientras estudiaba en Cuba y a su llegada a Ñancahuazú, el 11 de diciembre de 1966, fue incorporado al grupo de la retaguardia. Murió ahogado el 16 de marzo de 1967, mientras cruzaba el Río Grande, cuando regresaba de una expedición de reconocimiento.
- 43 Restituto José Cabrera Flores. Llamado también "el médico" por sus compañeros. Nació en Callao, Perú, en 1931. Miembro del ELN del Perú. Se incorporó a la guerrilla en la primera quincena de marzo, junto con el Chino y Eustaquio, en el grupo de la retaguardia. El 31 de agosto, en la emboscada de Vado del Yeso, huyó por el río, pero fue capturado y brutalmente asesinado, el 3 de septiembre, en el río Palmarito.
- 44 Dariel Alarcón Ramírez. Nació en Manzanillo, Cuba, en 1939. Veterano de la Sierra Maestra, tenía el grado de capitán del Ejército Rebelde. Llegó a Ñancahuazú el 11 de diciembre de 1966 y formó parte del grupo de la vanguardia. Sobrevivió al combate de Quebrada del Yuro. Salió de Bolivia a través de Chile, junto con Urbano y Pombo, llegando a Cuba el 6 de marzo de 1968. En 1995 publicó su libro *Los sobrevivientes*. Desertó de la Revolución cubana en 1996.
- 45 Jules Régis Debray. Conocido como El Francés, Dantón o Debré. Intelectual francés de izquierda. Participó en los preparativos de la guerrilla. Se entrevistó con el Che en marzo de 1967, quien le encomendó varias misiones en el exterior. Fue apresado (20 de abril de 1967) en Muyupampa, junto con Bustos y Roth, y condenado a 30 años por el tribunal militar que sesionó en Camiri. Con posterioridad, fue liberado por el gobierno de Juan José Torres, en 1970.

- 46 Ciro Bustos. Sus otros apodos fueron Mauricio, el Pelao, Pelado o Carlos. Argentino a quien el Che le confió la tarea de explorar el norte argentino y enviar combatientes para ser entrenados en la guerrilla. Fue apresado junto con Debray y el fotógrafo Andrew Roth, en Muyupampa, y recibió una condena de 30 años de cárcel por el tribunal militar que funcionó en Camiri. Fue liberado en 1970 por el gobierno de Juan José Torres.
- 47 Salustio Choque Choque. Boliviano. Ingresó a la guerrilla con el grupo de Moisés y fue detenido el 17 de marzo de 1967. Sobrescrido en el juicio de Camiri, continuó detenido por mucho tiempo.
- 48 Francisco Huanca Flores. Su otro apodo era Pablo. No se conoce la fecha exacta de su nacimiento, que fue en 1945, en el departamento de Oruro, Bolivia, o en la población de Laja. Se incorporó al grupo de Moisés y fue destinado a la vanguardia. Era el más joven de la guerrilla. Luego de la acción de la Quebrada del Yuro, se dirigió con un grupo de sobrevivientes a la confluencia de los ríos Mizque y Grande, donde cayó el 14 de octubre de 1967.
- 49 Apolinar Aquino Quispe. Conocido también como Apolinario o Polo. Nació en Viacha, provincia de Ingavi, en el departamento de La Paz, Bolivia, en 1935. Dirigente sindical de la fábrica Figliozzi, de La Paz. Militante del PCB, se incorporó a la guerrilla como combatiente en diciembre de 1966, pero desde varios meses antes actuaba como peón en la finca Ñancahuazú, comprada por Coco Peredo. Cayó en la emboscada de Vado del Yeso, el 31 de agosto de 1967.
- 50 Jesús Suarez Gayol. Conocido también como Félix. Nació en La Habana en 1936. Participó activamente en la lucha clandestina y luego en el Ejército Rebelde, alcanzando el grado de capitán. Ocupó altas responsabilidades en el gobierno revolucionario y era miembro del Comité Central del PCC. Llegó a Ñancahuazú el 19 de diciembre de 1966 y se integró a la retaguardia. Cayó el 10 de abril de 1967, en una acción en Iripití, en la que el Ejército Boliviano tuvo 11 bajas. Fue el primer guerrillero caído en combate.
- 51 Rubén Sánchez Valdivia. Tenía el grado de mayor cuando fue capturado por la guerrilla en la emboscada de Iripití. Años después admitió haber sido quien entregó a la prensa el Comunicado No. 1 del ELN, el único que llegó a hacerse público. Tuvo que salir al exilio, donde afianzó su relación con los sectores de izquierda. Con posterioridad, se reincorporó a las Fuerzas Armadas. Luego de su salida del servicio activo, se convirtió en dirigente regional del Movimiento Bolivia Libre (MBL), en Cochabamba.
- 52 Fotógrafo anglo-chileno. Con autorización especial del Ejército circuló por la zona guerrillera, y el 19 de abril logró hacer contacto y fue capturado por la guerrilla en las proximidades de Lagunillas. Al día siguiente, abandonó ésta, en compañía de Debray y Bustos, siendo

- apresados por el Ejército el 20 de abril de 1967, y liberado él 80 días más tarde. Se consideró la posibilidad de que se trataba de un agente de la CIA.
- 53 Aniceto Reinaga Gordillo. Nació en Colquechaca, norte de Potosí, Bolivia, el 26 de julio de 1940. Militó en la JCB donde integró el Comité Ejecutivo Nacional hasta febrero de 1967. Se incorporó a la guerrilla a comienzos de diciembre de 1966 y formó parte del grupo de la vanguardia. Cayó en el combate de la Quebrada del Yuro, el 8 de octubre de 1967.
 - 54 Henry Laredo. Subteniente del Ejército Boliviano, muerto en combate. Se le ocupó una carta de su esposa, en la que ésta le pedía que le llevara una cabellera de guerrillero para adornar el living de la casa.
 - 55 Paulino Baigorria. Campesino de aproximadamente 20 años de edad, que sirvió de enlace a la guerrilla y solicitó integrarse a la misma. Cuando cumplía la misión encomendada por el Che, fue detenido en Comarapa, incomunicado y torturado.
 - 56 Simeón Cuba Sanabria. Nació en Cochabamba, en Itapaya Bolivia, el 5 de enero de 1935. Trabajador minero de Huanuni y compañero de Moisés, con quien se incorporó a la guerrilla en marzo de 1967. Integraba la columna del centro. Fue capturado en la Quebrada del Yuro, el 8 de octubre, cuando intentaba poner a salvo al Che, que estaba herido en una pierna y tenía su arma inutilizada. Fue ejecutado el 9 de octubre de 1967, en la escuela de La Higuera, al igual que el Che.
 - 57 Raúl Quispaya Choque. Nació en la ciudad de Oruro Bolivia, el 31 de diciembre de 1939. Militó en la JCB y fue miembro de su Comité Nacional. En 1965 pasó a militar en el PCML. Se incorporó a la guerrilla en el grupo de Moisés, y formó parte de la vanguardia. Cayó en el combate del río Rosita, el 30 de julio de 1967, cuando intentaba ayudar a Ricardo.
 - 58 Antonio Domínguez Flores. De procedencia campesina, boliviano, militante del PCB. Fungía, inicialmente, en funciones de peón en la granja y luego se integró como combatiente. Desertó el 26 de septiembre de 1967, en La Higuera, entregándose a las autoridades y brindando toda la información posible sobre el destacamento guerrillero. Testificó en contra de Régis Debray y Ciro Bustos, en el juicio de Camiri, a pesar de lo cual no lo pusieron en libertad. Fue liberado en 1970 por el gobierno de Juan José Torres.
 - 59 Lucio Edilberto Galván Hidalgo. Nació en la ciudad de Huancayo, Perú, en 1937. Miembro del ELN peruano. Ingresó a la guerrilla con el Negro y el Chino, en marzo de 1967. Cayó en Cajones, en la confluencia de los ríos Grande y Mizque, el 14 de octubre de 1967.

- 60 Calzado de cuero crudo que cubre sólo la planta de los pies, con reborde en torno, y se asegura con cuerdas o correas sobre el empeine y el tobillo. Se hace también de caucho.
- 61 Jaime Arana Campero. Nació en Tarija, Bolivia, el 31 de octubre de 1938. Militó en la juventud del MNR. Estudiaba en Cuba cuando decidió integrarse a la guerrilla. Llegó a Ñancahuazú en marzo de 1967 y formaba parte del grupo del centro. En el combate de la Quebrada del Yuro logró salir del cerco, con un grupo de sobrevivientes hasta Cajones, donde fue abatido el 14 de octubre de 1967.
- 62 David Adriazola Veizaga. Nació en Oruro, Bolivia en 1939. Ingresó a la guerrilla con el grupo de Moisés y formó parte de la vanguardia. Sobrevivió al combate de la Quebrada del Yuro y salió de la zona guerrillera, en el grupo comandado por Inti. Junto a éste, participó en la reorganización clandestina del ELN. Fue abatido por fuerzas policiales en La Paz, el 31 de diciembre de 1969.



Índice

NOTA EDITORIAL	7
PRESENTACIÓN	11
EL CHE EN ÑANCAHUAZÚ	17
BOLIVIA: PAÍS DE VANGUARDIA	19
HACIA UN NUEVO VIETNAM	25
LA DESERCIÓN DEL PC	27
EL MONTE: ESCUELA PARA EL HOMBRE NUEVO	43
EL NACIMIENTO DEL ELN	47
LOS PRIMEROS COMBATES	61
LA BÚSQUEDA DE JOAQUÍN	77
LA EMBOSCADA DE LA HIGUERA	91
EL YURO	97
LA RUPTURA DEL CERCO	107

EL FOCO: ESPERANZA DE LIBERACIÓN	115
EL CHE: HOMBRE DEL SIGLO XXI	121
NOTAS	129



Edición digital
Octubre de 2017
Caracas - Venezuela



Con el triunfo de la revolución cubana el comandante Ernesto Che Guevara fortalece aún más el ideal de propagar la revolución al resto del continente americano, una revolución liberadora del dominio imperial estadounidense. La Guerrilla de Nancahuazú, y luego Ejército de Liberación Nacional (ELN) son los nombres con que es habitual referirse al grupo guerrillero comandado por el Che Guevara en Bolivia entre 1966 y 1967.

Esta obra es el testimonio de uno de los guerrilleros que acompañó al Che en su campaña liberadora. Inti Peredo, boliviano sobreviviente al ataque en que se apresó al Comandante Guevara; Militante del Partido Comunista Boliviano desde muy joven, se une al grupo guerrillero en noviembre de 1966.

Testimonio fundamental, con un lenguaje sencillo pero con una profundidad política importante cuenta cómo el grupo guerrillero padece las traiciones, las delaciones y algunas imprecisiones tácticas que devienen en este proceso de traición, frustrando el intento de toma del poder por el movimiento armado.

El imperio norteamericano, algunos miembros de partidos políticos latinoamericanos y la idea peligrosa, tergiversada, de que el Che parte a Bolivia por un espíritu aventurero, han querido acallar esta hazaña, esta guerra continental como la definió el Che.

Pero el libro de Inti Peredo transcribe hechos importantes y definitivos en el desarrollo de la lucha armada en Bolivia: la traición de Monge, la delación de Regis Debray y Ciro Bustos, la masacre al grupo de retaguardia encabezado por Joaquín -uno de los guerrilleros-; en fin, asistimos al más claro análisis político de lo que fue el ELN. Así como también se dan las mayores muestras de solidaridad entre los guerrilleros, los combates y las batallas que van forjando el carácter y la lealtad de los revolucionarios.

